



ENTENDER EL
Sufrimiento

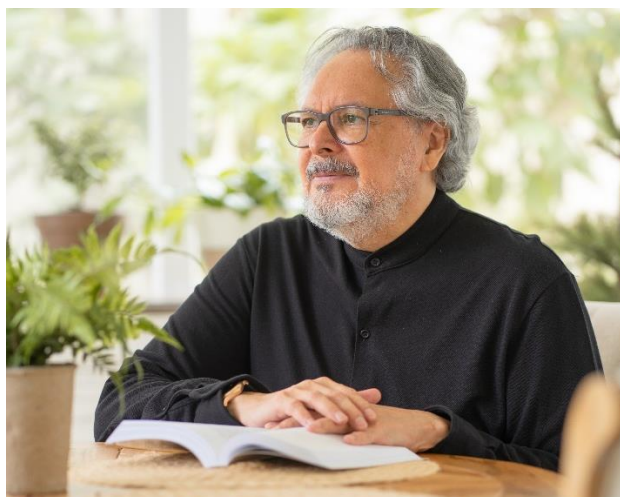


• RENÉ PEÑALBA •

ENTENDER EL SUFRIMIENTO

René Peñalba

ENTENDER EL SUFRIMIENTO



René Peñalba

Es presidente fundador de la Red Misionera Global CCI, organización que aglutina más de 620 iglesias y acciones misioneras en 31 países de América, Europa, Asia y África. Cuenta con una reconocida y exitosa trayectoria como pastor, autor y mentor por más de 40 años.

ENTENDER EL SUFRIMIENTO

© 2020 René Peñalba

Primera edición, 2010. Impresa
Segunda edición, 2020. Electrónica

Las citas bíblicas, excepto las indicadas,
fueron tomadas de la
Nueva Versión Internacional, NVI.

CCI Publicaciones

Tegucigalpa, Honduras

Edición: María Sánchez Alvarado
Diagramación: Danilo Espinal
Diseño de portada: Armando Ponce y César Román Murillo
VideoGrafo del autor: David Cuellar

PRESENTACIÓN

Entender el Sufrimiento. De cierta manera es un extraño título para un libro, por razón de nuestra tendencia a ver el dolor humano como algo inexplicable que nos hunde en la perplejidad, sobre todo cuando se trata de hacerle frente. Sin embargo, sí es posible entender el sufrimiento; y el propósito de este libro va justo en esa dirección, pues conlleva la deliberada intención por parte del autor, de proveer los criterios y argumentos bíblicos para penetrar con verdadero acierto en el laberinto y enrejado de la experiencia humana con el quebranto y el dolor.

En este libro, René Peñalba le ayudará a escudriñar interrogantes como: ¿Por qué un Dios bueno permite el sufrimiento?, ¿Por qué sufren los buenos?, ¿Acaso es posible gozarse en el sufrimiento? Estas y otras preguntas angustiosas se convierten en el hilo central del desarrollo de esta temática.

Interesantemente, las reflexiones y enseñanzas recogidas en cada capítulo, además del cuidadoso estudio de los pasajes bíblicos pertinentes, usados de manera práctica y sustancial, añaden la invaluable riqueza de la experiencia del autor, tanto en su vida personal como en su labor de consejería pastoral por más de treinta años. De allí que se tornen en herramientas de gran potencial, capaces de producir cambios extraordinarios con relación a la manera de afrontar el sufrimiento correcta y constructivamente.

Estamos seguros que la lectura de este libro, no solo le ubicará en la perspectiva y enfoque del correcto entendimiento del dolor, sino también le ayudará a encontrar razones y propósitos de Dios para su vida, cuando le toque transitar por la penosa ruta del sufrimiento. Y si lo anterior no fuera suficiente, *Entender el Sufrimiento* le proveerá de guías prácticas, fáciles de seguir y recordar, y sobre todo fundamentadas en la Palabra de Dios; ellas le ayudarán a caminar confiado al cuidado maravilloso del Señor, saber qué hacer en la hora del dolor, y cómo experimentar el indescriptible gozo en medio del quebranto.

Que la lectura de este libro, cuidadosamente preparado y escrito con la necesaria sensibilidad para con el que sufre, le sea de significativa ayuda y compañía solidaria en la etapa de vida y situación en que usted se encuentre.

CONTENIDO

PRESENTACIÓN	3
CONTENIDO	4
INTRODUCCIÓN	10
Capítulo 1 ¿POR QUÉ UN DIOS BUENO PERMITE EL SUFRIMIENTO?	11
Para despertar nuestras conciencias y poder evaluar el rumbo de nuestra vida	12
Para que nos volvamos en dependencia saludable a Él.....	13
Para conducirnos a la confesión de nuestras faltas, para perdón y liberación	14
Para producir fruto de justicia y madurez en nuestra vida.....	16
Capítulo 2 TEODICEA, ¿POR QUÉ SUFREN LOS BUENOS?	18
Para que se compruebe por qué honran a Dios	20
Para que aprendan a adorar y bendecir a Dios en la prueba	22
Para que puedan descubrir el valor real de las cosas y las personas	24
Para que puedan descubrir la soberanía divina para su propio bien.....	27
Para que puedan vencer la tentación de culpar a Dios por las adversidades de la vida	28
Capítulo 3 EN MEDIO DE LA PRUEBA.....	30
¿Me está castigando Dios por algo malo que hice?	30
¿Por qué me está pasando esto?.....	32
¿Debo hacer frente a esta prueba o debo rendirme?.....	34
¿Debo luchar o simplemente aceptar lo que me pasa? ...	35
¿Me irá a rescatar el Señor de este sufrimiento?	37

Capítulo 4 ¿PERO ACASO HAY RAZONES PARA EXPLICAR EL SUFRIMIENTO HUMANO?	39
RAZONES PARA EL SUFRIMIENTO HUMANO	40
A causa de un mal intrínseco: El corazón humano	40
Por causa de la rebelión del ser humano contra Dios	41
Como resultado de la mala administración del libre albedrío.....	42
Por el mal uso de nuestros cuerpos.....	43
Como resultado de la poca capacidad para la convivencia humana	44
Provocado por un estilo de vida y una moralidad opuestos a Dios.....	46
Por haber dado la espalda a las leyes naturales que gobiernan la creación y el universo	46
Por causa de la actividad supernatural de un ser llamado Satanás.....	47
 Capítulo 5 RESPUESTA AL SUFRIMIENTO DESDE LAS PERSPECTIVAS NATURAL Y CRISTIANA	49
RESPUESTA NATURAL AL SUFRIMIENTO	50
Responder con rebeldía	50
Responder con ansiedad	50
Responder con aislamiento	51
Responder con culpabilidad.....	51
Responder con auto-compasión	52
RESPUESTA CRISTIANA AL SUFRIMIENTO.....	53
No importa lo que cueste, ¡hay que estar de pie!	53
Hay que expresar el dolor, no hay que reprimirlo.....	54
Ante lo absurdo e inexplicable, ¡hay que adorar a Dios!	55
Hay que reconocer y aceptar cuando llega la hora de la fragilidad	56
Hay que poner lo vivido en la perspectiva eterna: ¡Vinimos sin nada a este mundo, y sin nada hemos de partir de él!	56
Hay que reconocer la soberanía divina: ¡Dios da y Dios quita!	57
No hay que altercar con dios, ni atribuir despropósito alguno al sufrimiento.....	58

Capítulo 6 EL GETSEMANÍ PERSONAL: EL ENCUENTRO CON EL DOLOR Y LA LUCHA ESPIRITUAL	60
¿QUÉ SUCEDE EN EL GETSEMANÍ PERSONAL?.....	61
Es el lugar donde se exponen y se drenan nuestras emociones	61
Es también el lugar de encuentro con la soledad.....	62
Es el lugar de quebranto de nuestra voluntad.....	63
Es también el lugar de encuentro con la tentación....	64
Es el lugar de revelación de nuestra debilidad	65
¿CÓMO RESPONDER EN EL GETSEMANÍ PERSONAL?	66
No lo evada	66
No busque culpables	67
Dependa de Dios, no de los demás	67
Renuncie a su propia voluntad.....	68
Esté alerta y ore	68
 Capítulo 7 LA LUCHA CON LO QUE NO PODEMOS CAMBIAR: ¡LE ROGUÉ AL SEÑOR QUE ME LA QUITARA!	70
¿QUÉ NOS ENSEÑAN LAS COSAS QUE NO PODEMOS CAMBIAR?	71
Nos enseñan de qué estamos hechos. Por consiguiente, ¡a conocernos mejor!.....	71
Nos revelan la transitoriedad de la vida y el valor relativo de las cosas... ¡y aun de las relaciones!	73
Nos enseñan a responder con carácter ante la adversidad.....	74
¿QUÉ HACER CON LO QUE NO PODEMOS CAMBIAR?	76
Adoptemos una actitud humilde, porque es un trato de Dios a nuestro ego.....	77
No somos víctimas de una conspiración o una tragedia.....	77
Procuremos oír la voz de Dios	78
Descubramos la suficiente gracia divina.....	78
Enfoquemos las debilidades y dolores en la mejor perspectiva	79
 Capítulo 8 UNA ESPINA CLAVADA EN EL CUERPO	80
¿CON QUÉ PROPÓSITOS PERMITE DIOS UNA ESPINA CLAVADA EN NOSOTROS?	80
Para tratar con nuestro ego	80
Para que tengamos un encuentro íntimo y revelador con nuestras flaquezas	81

Para inducirnos a la búsqueda profunda de Dios	82
Para que conozcamos la gracia de Dios.....	83
Para atraer el poder de Dios sobre nosotros	84
Para cambiar nuestra perspectiva de la vida.....	85
Para que encontremos victoria en la debilidad	86
Capítulo 9 UN VASO QUEBRADO: EL QUEBRANTO EN LA VIDA HUMANA	87
LO QUE DICE LA BIBLIA SOBRE EL QUEBRANTO HUMANO	88
El quebranto es una preciosa ofrenda a los ojos de Dios.....	88
El quebranto humano atrae la presencia de Dios y su salvación	90
¿CÓMO VIENE EL QUEBRANTO A NOSOTROS?.....	91
Por el rompimiento de nuestra suficiencia	91
Por la confrontación con nuestra imperfección y pecaminosidad	92
Por la revelación de la grandeza de Dios, que hace contrastar nuestra pequeñez.....	93
Es resultado del trato de Dios al ego inflamado por el orgullo	95
Capítulo 10 FORMAS DE SUFRIMIENTO INÚTIL	97
FORMAS DE SUFRIMIENTO INÚTIL.....	98
Sufrir por lo que consideramos injusticias de la vida.	98
Sufrir por los errores ajenos.....	99
Sufrir por las decisiones ajenas	100
Sufrir por lo que se perdió	101
Sufrir por lo que otros alcanzan.....	102
RESULTADOS DEL SUFRIMIENTO INÚTIL	103
Aislamiento, marginación.....	103
Protesta, resentimiento	103
Rebeldía	104
Juicio y rechazo.....	104
Amargura	105
FUENTES DEL SUFRIMIENTO INÚTIL	105
Egocentrismo	106
Actitud posesiva	107
Auto-compasión	107
Comparaciones.....	108
Envidia	109

Capítulo 11 TRISTEZA SIN PROVECHO	110
FORMAS DE TRISTEZA SIN PROVECHO.....	111
Tristeza, producto del auto-abandono	111
Tristeza, no por el pecado, sino solo por sus malos resultados.....	113
Tristeza por una mala cosecha, producto de una mala siembra	115
Tristeza que resulta de tomar con ligereza la gracia de Dios	117
 Capítulo 12 FALSAS RUTAS DE ESCAPE ANTE EL SUFRIMIENTO	120
FALSAS RUTAS DE ESCAPE ANTE EL SUFRIMIENTO.....	121
El silencio	121
La auto-compasión	122
La depresión	125
La auto-complacencia.....	126
El enojo.....	128
La culpa	130
 Capítulo 13 DOLORES QUE NOS ACERCAN A DIOS	132
REACCIONES COMUNES AL DOLOR.....	132
¿Qué estaré pagando?.....	133
Se trata de una maldición	136
La vida es injusta.....	138
APRENDAMOS DEL EJEMPLO DE SAN PABLO: Los dolores pueden acercarnos a Dios.....	139
EL CAMINO QUE NOS LLEVA DEL DOLOR A LA GRACIA DE DIOS.....	140
Rogar con insistencia	140
Descubrir la gracia de Dios	141
Descubrir que el poder de Dios se perfecciona en nuestra debilidad.....	142
Descubrir el gozo en la debilidad	143
Encontrar la revelación redentora: cuando soy débil, entonces soy fuerte	143

Capítulo 14 ¿CÓMO SOSTENERNOS EN LA ADVERSIDAD?	145
Aprender a entresacar lo precioso de entre lo vil.....	146
Aprender de la adversidad acontecida	147
No apresurarse a etiquetar como 'mala suerte' las circunstancias adversas de la vida	147
Esperar el propósito divino final en los acontecimientos	149
Dar gloria a Dios por lo que no entendemos.....	150
Capítulo 15 GOZO EN EL QUEBRANTO	152
¿CÓMO ES POSIBLE EXPERIMENTAR GOZO EN EL QUEBRANTO?.....	153
Cuando aceptamos que el dolor es parte integral del proceso de cosechar buen fruto.....	153
Cuando hay expectación por lo bueno que vendrá después.....	154
Cuando entendemos que nos sensibiliza para obedecer los estatutos de Dios.....	155
Cuando entendemos que es Dios quien se encuentra detrás de la aflicción	156
Cuando entendemos que la aflicción es escuela de madurez para nosotros.....	158

INTRODUCCIÓN

Entender el sufrimiento. Algo difícil en verdad. Esto, debido a que el sufrimiento es parte no solo del drama humano, sino también del misterio que entraña la existencia misma de la humanidad. En otras palabras, adentrarse en el laberinto del sufrimiento, es casi como introducirse en un sinuoso y estrecho sendero, contando con poca luz para llegar a conocerlo y saber lo que allí se encuentra.

No obstante, la Biblia, como Palabra de Dios, resulta ser la herramienta indiscutible para allegarse al alma humana en sus trances más oscuros y adversos, logrando con su maravillosa asistencia, que podamos ver lo que parece invisible, comprender lo incomprendible, y posibilitar lo imposible.

Entonces, con la singular ayuda de la Palabra de Dios, haremos enfoques sobre el dolor y el sufrimiento desde diversos ángulos, que van desde presentar las preguntas esenciales que nos hacemos al experimentar sufrimiento, puntualizar cómo se desarrollan los procesos de angustia y dolor, pasando por las formas de sufrimiento inútil y de poco provecho, hasta asegurarnos haber conocido y comprendido lo necesario para lidiar correctamente con ese hemisferio de la experiencia humana que es el sufrimiento.

Por consiguiente, sea usted bienvenido al estudio de este importante y necesario tema. Mi deseo es que a medida en que avanza en esa ruta, pueda encontrar pautas y claves valiosas para entender la vida desde esa perspectiva.

Que Dios ilumine su mente, corazón y discernimiento. Que usted pueda superar lo que no ha podido hasta ahora; que pueda ayudar y asistir con sabiduría a sus amados que están atrapados en el sufrimiento; y que logre leer e interpretar correctamente lo que se esconde tras esa misteriosa palabra: Sufrimiento.

O dicho simple y llanamente, que usted pueda ENTENDER EL SUFRIMIENTO.

Capítulo 1

¿POR QUÉ UN DIOS BUENO PERMITE EL SUFRIMIENTO?

La pregunta suprema en medio del dolor

Hace cuatro mil años, una víctima de serios y dramáticos reveses personales, familiares y económicos, lanzó agonizante esta angustiada pregunta a los Cielos. Curiosamente, a través de las muchas generaciones desde ese entonces, los humanos continuamos haciéndonos la misma interrogante y con el mismo sentido de urgencia.

La pregunta y clamor del desesperado, en sus propias palabras fue:

"Le he dicho a Dios: No me condenes. Dime qué es lo que tienes contra mí.

¿Te parece bien el oprimirme y despreciar la obra de tus manos mientras te muestras complaciente ante los planes del malvado?"

Job 10:2-3

Es evidente que el dolor nos pone en conflicto con lo divino. Y estando en medio del sufrimiento, cuestionamos a Dios, como si Él manejara hilos caprichosos, matizados con cierta morbosidad, por la manera en que permite que cosas malas nos sucedan. Ello nos lleva a contender y preguntar envueltos en resentimiento y confusión.

Pero tratemos de legitimar esa pregunta; que se hace no por simple rebeldía para con Dios y la vida, sino por arder en la desesperanza, tratando de hallar sentido y significado al sufrimiento.

¿Por qué un Dios bueno permite el sufrimiento? Como primera respuesta, a Biblia abierta, propongo lo siguiente:

Para despertar nuestras conciencias y poder evaluar el rumbo de nuestra vida

Hay un suceso en la Biblia que nos ayudará a comprender esta afirmación. Se trata de un muchacho que, decidiendo con demasiada anticipación, saltó por el trampolín de las decisiones mezquinas y egoístas, catapultando su vida por crueles circunstancias que le llevaron a la soledad más triste y al fracaso más sonado. Ello le condujo de la mano al despertar de su conciencia y a evaluar sus motivos, decisiones y rumbo de conducta. El relato textual es el siguiente:

"Poco después el hijo menor juntó todo lo que tenía y se fue a un país lejano; allí vivió desenfrenadamente y derrochó su herencia. Cuando ya lo había gastado todo, sobrevino una escasez en la región, y él comenzó a pasar necesidad. Así que fue y consiguió empleo con un ciudadano de aquél país, quien lo mandó a sus campos a cuidar cerdos. Tanta hambre tenía que hubiera querido llenarse el estómago con la comida que daba a los cerdos, pero aun así nadie le daba nada. Por fin recapacitó y se dijo: "¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen comida de sobra, y yo aquí me muero de hambre! Tengo que volver a mi padre y decirle: "Papá, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no merezco que se me llame tu hijo; trátame como si fuera uno de tus jornaleros." Así que emprendió el viaje y se fue a su padre."

Lucas 15:13-20

Vale la pena destacar de la lectura, la frase: "*Por fin recapacitó*". Esta decisión, reflejada en la corta pero significativa frase, nos recuerda la importancia del tener que reevaluar lo sucedido, a fin de volver a un mejor estado de conciencia que permita enmendar el camino y reorientar la ruta conductual.

Por fin recapacitar, no es cosa fácil de lograr. Tiene un elemento dramático consigo; y seguramente resulta de la lucha con uno mismo, tratando de descifrar los errores y equivocaciones de vida que nos han llevado a la bancarrota y pérdida total, como es el caso del muchacho de la historia.

Y es Dios, precisamente, quien permite que la pasemos mal y que experimentemos pérdida y sufrimiento, a veces como único

medio para que podamos percibir la verdad sobre nuestras actitudes, escogencias y actuaciones.

¡Con cuánta frecuencia nos mentimos! ¡Con cuánta frecuencia nos decimos una cosa por otra, mintiéndonos cada uno a sí mismo! ¡Con cuánta regularidad abrazamos interpretaciones y versiones erróneas acerca de quiénes somos, cómo somos y qué hacemos!

El joven del relato tuvo que desenredar la madeja de sus ideas erróneas. Tuvo que luchar con sus falsos argumentos que le decían que la culpa no era suya, que los culpables eran los demás, los que lo habían dejado solo y lo habían engañado, etc., etc.

El relato nos dice que: *"Por fin recapacitó y se dijo..."* ¡Qué importante y crucial es lo que uno se "diga" a sí mismo! Porque dependiendo lo que uno se dice respecto a lo que sucede, así será el resultado y producto final.

Amigo(a), ¿Qué se dice usted, respecto a lo que le ha pasado? ¿Cómo interpreta usted los sucesos enmarcados en su historia? ¿Qué versión ha creado usted sobre los acontecimientos que marcan su vida? ¿Es una versión real, conforme a los hechos? ¿O será que usted se ha mentido y creído una falsedad?

Insisto, como los humanos somos proclives al engaño, entonces Dios interviene en nuestra vida y circunstancias hasta colocarnos en tal situación que podamos por fin, como cuenta esta historia, recapacitar y comenzar a percibir la verdad y a hablarnos con la verdad, no importa cuánto cueste o duela. Esto, aunque resulta difícil de aceptar y asimilar en principio, nos conduce a evaluar el curso de nuestra vida, aplicando los correctivos necesarios.

Otra razón de porqué un Dios bueno permite el sufrimiento, es la siguiente:

Para que nos volvamos en dependencia saludable a Él

San Pablo escribió a este respecto en una de sus cartas. Sus palabras fueron:

"Hermanos, no queremos que desconozcan las aflicciones que sufrimos en la provincia de Asia. Estábamos tan agobiados bajo tanta presión, que

hasta perdimos la esperanza de salir con vida: nos sentíamos como sentenciados a muerte. Pero eso sucedió para que no confiáramos en nosotros mismos sino en Dios, que resucita a los muertos.”
2 Corintios 1:8-9

Con precisión asombrosa, San Pablo explica que las presiones de la vida, los peligros enraizados en los acontecimientos humanos y el estar agobiados bajo circunstancias adversas, todo ello sirve para hacernos renunciar a nuestras capacidades, a fin de entrar en una bienaventurada experiencia de dependencia en Dios.

Depender en Dios. Suena bonito, suena espiritual, suena emocionante. Pero, depender en Dios, es una de las lecciones más duras de aprender para el humano. Esto, por lo mucho que nos cuesta abandonarnos en los brazos de la fe. Y tenemos que pasar por situaciones de verdad desagradables, para que podamos ver a Dios y encontrar sus cuidados y protección, que siempre están allí a nuestra disposición, pero que por lo corto y torpe de nuestro discernimiento nos cuesta ver y apreciar.

Pero, entonces, démonos cuenta que es un acto de bondad de parte de Dios, el permitir ciertas dosis de sufrimiento, en aras de que nos volvamos en dependencia a Él; no porque Dios lo necesite para sí mismo, sino más bien, pensando en nuestro bien, seguridad y bendición.

Un Dios bueno también permite el sufrimiento:

Para conducirnos a la confesión de nuestras faltas, para perdón y liberación

El pecado inconfeso, el pecado no resuelto o resuelto solo a medias, es causal primordial de fracasos y tragedias. Por esa razón, Dios nos impele a pasar por la difícil situación de tener que humillarnos y aceptar delante de Él nuestros yerros y pecados. Es sencillamente, una manera de hacernos bien.

Uno de los personajes más admirados en la Biblia, el salmista David, descubrió el valor y validez de la confesión arrepentida, y lo comparte con nosotros, cuando expresa:

"Mientras guardé silencio, mis huesos se fueron consumiendo por mi gemir de todo el día. Mi fuerza se

fue debilitando, como el calor del verano, porque día y noche tu mano pesaba sobre mí.

Pero te confesé mi pecado, y no te oculté mi maldad. Me dije: «Voy a confesar mis transgresiones al Señor, y tú perdonaste mi maldad y mi pecado.»

Por eso los fieles te invocan en momentos de angustia; caudalosas aguas podrán desbordarse, pero a ellos no los alcanzarán.

Tú eres mi refugio; tú me protegerás del peligro y me rodearás con cánticos de liberación.”

Salmos 32:3-7

Como puede notarse en este pasaje, la confesión en arrepentimiento conduce a la liberación. No obstante, no es fácil llegar a ese punto; y como por lo general no llegamos a ese momento por escogencia propia, es Dios quien toma la iniciativa; y para librarnos de los efectos finales de nuestros pecados, deja que suframos un poco, para que procedamos al arrepentimiento que limpia y libera.

San Juan, uno de los apóstoles lo precisó en una de sus cartas, cuando dijo:

“Si afirmamos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y no tenemos la verdad. Si confesamos nuestros pecados, Dios que es fiel y justo, nos los perdonará y nos limpiará de toda maldad.”

1 Juan 1:8-9

Entonces, tener que sufrir para ser liberado. Esto tiene que ver con un sufrimiento con propósito y sentido. Cuando estemos pasando por el horno, al tener que descubrir pecados ocultos o mal resueltos en nosotros, no desesperemos; démonos cuenta que es Dios el autor de ese mal momento, llevándonos a la confesión de nuestras faltas, para liberación y bienestar total.

Otra razón de porqué un Dios bueno permite en nosotros el sufrimiento:

Para producir fruto de justicia y madurez en nuestra vida

Se lee en la Carta a los Hebreos, en el Nuevo Testamento:

"Hijo mío, no tomes a la ligera la disciplina del Señor, ni te desanimes cuando te reprenda, porque el Señor disciplina a los que ama, y azota a todo el que recibe como hijo. Lo que soportan es para su disciplina, pues Dios los está tratando como a hijos. ¿Qué hijo hay a quien su padre no disciplina?"

Hebreos 12:6-7

Parece no ser compatible con el raciocinio humano el pensar que la disciplina y el sufrimiento puedan producir frutos en nosotros. Pero, aunque no lo creamos así, es verdad. Y esa disciplina tiene que ver con cosas y situaciones aflitivas que Dios ordena en nuestra vida. Circunstancias que ninguno promovería ni provocaría en el propio escenario de vida, pero que con la sabiduría y pericia divina resultan en madurez y justicia.

Santiago, en su carta universal, reitera esta idea, cuando escribe:

"Hermanos míos, considérense muy dichosos cuando tengan que enfrentarse con diversas pruebas, pues ya saben que la prueba de su fe produce constancia. Y la constancia debe llevar a feliz término la obra, para que sean perfectos e íntegros, sin que les falte nada."

Santiago 1:2-4

Perfectos, íntegros, cabales. Esa es la meta divina con todo lo desagradable que nos toca pasar y tener que aceptar. No obstante, bajo la iniciativa y autoría divinas logramos la madurez y perfección, que de otra manera jamás podríamos alcanzar. ¿Puede verlo querido(a) amigo(a)?

De esta manera hemos respondido —a Biblia abierta— la inquietante pregunta: ¿Por qué un Dios bueno permite el sufrimiento? Probablemente haya más respuestas a ella, y es así debido a la multiforme experiencia humana que nos hace conocer el sufrimiento de tantas y variadas maneras. Eso asegura que siempre habrá alguien todavía insatisfecho, reclamando con todas sus fuerzas respuestas a esta interrogante.

Por otro lado, no creo que la pregunta en cuestión pueda extinguirse algún día. Mientras los humanos sigamos poblando la tierra, y mientras continuemos en el peregrinar desde la vida humana hasta la eternidad, siempre nuestras luchas con lo adverso nos llevarán al mismo reclamo que ha dibujado esta reacción humana a las tribulaciones de la vida.

Capítulo 2

TEODICEA, ¿POR QUÉ SUFREN LOS BUENOS?

Este tema y esta interrogante tienen importancia capital en el contexto de todo el libro. La razón es también fundamental porque tiene que ver con lo que bien podemos denominar: La justicia de Dios en las tribulaciones y circunstancias adversas humanas.

Teodicea, como término, se deriva de los vocablos griegos "theo", que significa *Dios*; y "díke", que se traduce como *justicia*. Por consiguiente, la teodicea es el estudio de la justicia divina en las circunstancias humanas.

A continuación, leamos un pasaje de las Sagradas Escrituras que pone de manifiesto este profundo y necesario tema. El pasaje se lee así:

*"Dios me ha entregado en manos de gente inicua;
Me ha arrojado en las manos de los malvados.
Yo vivía tranquilo, pero él me destrozó;
Me agarró por el cuello y me hizo pedazos;
¡Me hizo blanco de sus ataques! Sus arqueros me
rodearon.
Sin piedad me perforaron los riñones, y mi hígado
se derramó por el suelo.
Abriéndome herida tras herida, se lanzó contra
mí como un guerrero.
El luto es parte de mi cuerpo; en el polvo tengo
enterrada la frente.
De tanto llorar tengo enrojecida la cara, Profundas
ojeras tengo en torno a los ojos; Pero mis manos
están libres de violencia, Y es pura mi oración."*
Job 16:11-17

Aquí se representa la angustiada y oscura interrogante que alguna vez, todos nos hacemos: ¿Por qué sufren los buenos?

El hombre de la historia, el dueño de este clamor, proclama su rectitud e integridad; y declara que el mal le ha sobrevenido

no obstante ser justo y recto. Y es aquí, precisamente, en donde nace y germina la dificultad de la pregunta.

No es solo difícil entender el sufrimiento como tal; se hace peor y mucho más conflictivo tener que hacerlo en el contexto de la gente buena que se pregunta una y mil veces: ¿Por qué a mí?

Suelo decir en mis mensajes de iglesia, la siguiente frase: Cosas malas, pasan a gente buena. Y si hay algo que tenemos que aprender a aceptar, es este acertijo del porqué toca sufrir a gente que parece no merecerlo y no habérselo buscado.

Pues bien, pasemos a continuación, a responder con ayuda de la Biblia, esta difícil interrogante: **¿Por qué sufren los buenos?**

Para responderla no necesitaremos ir muy lejos en las Sagradas Escrituras. Bastará un solo capítulo para hallar suficientes respuestas, y todas de peso.

Cinco respuestas en un solo capítulo

Es el libro de Job, en su primer capítulo, el que nos proporciona la primera respuesta:

"¿Te has puesto a pensar en mi siervo Job? Volvió a preguntarle el Señor.

No hay en la tierra nadie como él; es un hombre recto e intachable, que me honra y vive apartado del mal.

Satanás replicó: ¿Y acaso Job te honra sin recibir nada a cambio? ¿Acaso no están bajo tu protección él y su familia y todas sus posesiones? De tal modo has bendecido la obra de sus manos que sus rebaños y ganados llenan toda la tierra. Pero extiende la mano y quítale todo lo que posee, ¡a ver si no te maldice en tu propia cara!"

Job 1:8-11

Aquí encontramos la primera respuesta a la interrogante. Es la siguiente:

Sufren los buenos, Para que se compruebe por qué honran a Dios

El contexto del pasaje leído es una conversación en las altas esferas de la corte celestial. Seres angelicales se han presentado ante el trono de Dios para dar cuenta de sus acciones y movimientos. Satanás no fue la excepción, y relata al Señor, cómo anduvo rondando la tierra, reconociéndola de un extremo a otro (Job 1:6-7). Dios, le habla y testifica con satisfacción acerca de su siervo Job, a quién califica como "recto, intachable, que honra a Dios y vive apartado del mal".

Pero, a continuación, aparece un argumento acompañado de una pregunta, la que de allí en adelante tendrá que ser respondida por cada individuo en su propia historia, circunstancias y actitud de vida, y es: ¿Por qué causa, por qué razón y con qué interés se acerca el hombre a Dios?

Es relativamente fácil decir que se ama y alaba a Dios, cuando todo sale como lo tenemos planeado y como lo queremos. No es nada difícil decir expresiones colmadas de fe y gratitud cuando la vida pinta como la queremos. Pero, ¿y qué tal si todo lo bueno cambiara y nos fuera arrebatado de súbito?

No sé si habrá notado usted, querido lector(a), que en el pasaje leído es a partir de la insinuación de Satanás que se activará toda una serie de tribulaciones y adversidades en la vida Job. Y efectivamente, al quedar planteada la pregunta Dios activa lo que hemos dado en llamar "la voluntad permisiva del Señor"; y acto seguido, Dios autoriza que los reveses comiencen a golpear a Job, implacablemente.

Puede ser amigo(a), que usted no quede satisfecho con la idea de que Dios quiera permitir situaciones frustrantes y dolorosas en la vida de sus hijos, solo para responder a la pregunta de ¿por qué causa, por qué razón y con qué interés se acerca el hombre a Dios? No obstante, es así. Y cada uno de nosotros tendremos que dar razón de porqué decimos que amamos, honramos y bendecimos a Dios.

No debe ser por costumbre, no debe ser porque eso manda el patrón religioso, no debe ser para sentirnos bien y calmar de algún modo la conciencia. ¿Por qué debe haber gratitud y actitud de adoración en nosotros, para con Dios? Pues sencillamente, tendremos que hurgar y revolver en nuestro corazón, hasta hallar la respuesta.

El profeta Jeremías, dijo que esa tarea y esa misión no son nada fácil de cumplir. Su diagnóstico respecto al corazón es el siguiente:

"Nada hay tan engañoso como el corazón. No tiene remedio. ¿Quién puede comprenderlo?"

Yo, el Señor, sondeo el corazón y examino los pensamientos, para darle a cada uno según sus acciones y según el fruto de sus obras."

Jeremías 17:9-10

Como habremos notado, nadie puede darse con éxito a la tarea de examinar y conocer su propio corazón. Para ello hace falta la asistencia divina. ¿Y de qué se puede valer Dios para que podamos llegar a ese punto crucial en la revelación de quiénes y cómo somos en verdad? Sencillamente, Dios se vale de la adversidad.

He dicho y repetido a lo largo de los años de mi ejercicio pastoral, que la forma más segura de conocer a una persona, es observándole cómo actúa y reacciona en medio de la prueba. Es en la tribulación y en las situaciones extremas y dificultosas, en donde con bastante facilidad se logrará ver y conocer cómo es cada cual.

Esto, entonces, responde con certeza al dilema de porqué sufren los buenos; ya que de forma contundente denota que es: Para que se compruebe por qué se honra y alaba a Dios.

Job, en el mismo capítulo de su libro, añade una respuesta más a esta intrincada pregunta. Leamos a continuación lo que nos dice en su relato:

"Llegó el día en que los hijos y las hijas de Job celebraban un banquete en casa de su hermano mayor. Entonces un mensajero llegó a decirle a Job:

"Mientras los bueyes araban y los asnos pastaban por allí cerca, nos atacaron los sabeanos y se los llevaron. A los criados los mataron a filo de espada. ¡Solo yo pude escapar, y ahora vengo a contárselo a usted!"

No había terminado de hablar este mensajero cuando uno más llegó y dijo: "Del cielo cayó un rayo que calcinó a las ovejas y a los criados. ¡Solo yo pude escapar para venir a contárselo!"

No había terminado de hablar este mensajero cuando otro más llegó y dijo: "Unos salteadores caldeos

vinieron y, dividiéndose en tres grupos, se apoderaron de los camellos y se los llevaron. A los criados los mataron a filo de espada. ¡Solo yo pude escapar, y ahora vengo a contárselo!

No había terminado de hablar este mensajero cuando todavía otro llegó y dijo: "Los hijos y las hijas de usted estaban celebrando un banquete en casa del mayor de todos ellos, cuando, de pronto, un fuerte viento del desierto dio contra la casa y derribó sus cuatro esquinas. ¡Y la casa cayó sobre los jóvenes, y todos murieron! ¡Solo yo pude escapar, y ahora vengo a contárselo!" Al llegar a este punto, Job se levantó, se rasgó las vestiduras, se rasuró la cabeza, y luego se dejó caer al suelo en actitud de adoración."

Job 1:13-20

Este pasaje, nos ofrece una razón más de porqué sufren los buenos; y es la siguiente:

Sufren los buenos, Para que aprendan a adorar y bendecir a Dios en la prueba

Job fue molido a golpes, al recibir mala noticia tras mala noticia. Cada tragedia sucedida, fue rompiendo las corazas de su seguridad personal y confianza. Y de pronto, quedó reducido a un montón de escombros moral y espiritual, al ver perdido todo lo que constituye la dicha de un mortal: El fruto de su esfuerzo de vida y sus seres queridos.

¿Qué hacer cuando lo has perdido todo? ¿Qué responderte y proponerte, cuando has visto el torbellino de acontecimientos negativos arrasarlo lo más valioso que posees?

Esto me hace recordar una experiencia de pérdida y fracaso que viví hace poco menos de una década. Fue cuando sufrí, lo que puedo considerar el mayor fracaso y la más grande frustración vivida. De hecho, no encuentro con qué comparar esos acontecimientos en términos de destrucción y pérdida.

Sucedió que después de muchos años de éxitos ministeriales, experimenté una de esas luchas eclesíásticas y

denominacionales, por las que no pocos han pasado, y de las que todos seguramente habremos escuchado. En ese capítulo dramático de mi vida, experimenté las pérdidas y decepciones mayores que recuerdo. Perdí amistades, vi mi prestigio ministerial seriamente amenazado, y tuve que empezar de cero, solo, y sin apoyo de ningún lado, excepto el de mi dedicada esposa y un pequeño grupo de fieles colaboradores.

Y lo que quiero compartir es exactamente lo que estoy proponiendo en este punto: Que hay un momento en el que todo individuo debe decidir adorar y bendecir a Dios, a pesar de lo malo que esté pasando.

Recuerdo haber tenido que hilvanar en medio del dolor una oración que, a partir de esos hechos, he venido enseñando a quienes sufren lo inexplicable: "Dios, no entiendo lo que me pasa; pero, aunque no puedo entender, puedo confiar".

Creo sinceramente, que no se necesita haber encarnado la historia de Job, con la intensidad en pérdida y en drama que él vivió y sufrió, para tener que aprender esta lección: Adorar a Dios y bendecir Su Nombre, a pesar de todos los pesares.

Quizás a esto se refería San Pedro cuando escribió:

"Pero si alguien sufre por ser cristiano, que no se avergüence, sino que alabe a Dios por llevar el nombre de Cristo".

1 Pedro 4:16

Esto debe llevarle a la pregunta: ¿Con qué actitud enfrento la prueba? De Job hemos leído, que *"se dejó caer al suelo en actitud de adoración"*. Muchos, se dejan caer en actitud de resentimiento, de pleito, de amargura y de total rencor. Otros, se dejan caer en el plano de las dudas, y se atreven a cuestionar aun a Dios mismo.

Pero, resolver esta compleja ecuación y concluir una etapa de prueba en actitud de adoración, equivale a haberse graduado con honores, en la escuela de la tribulación.

Es por ello que el bueno —el recto y el justo— vive situaciones adversas, precisamente con este propósito divino: Que aprenda esta preciosa lección. Quien así lo hace, habrá alcanzado uno de los estadios más grandes en lo que a madurez y carácter cristiano se refiere.

Job añade otra razón más de porqué el bueno sufre en esta vida:

Sufren los buenos, Para que puedan descubrir el valor real de las cosas y las personas

En el pasaje se lee:

*"Entonces dijo: «Desnudo salí del vientre de mi madre,
Y desnudo he de partir.*

El Señor ha dado; el Señor ha quitado.

¡Bendito sea el nombre del Señor!»"

Job 1:21

Volvamos a las terribles noticias que, como golpes certeros de mazo, Job fue recibiendo a medida que llegaban los mensajeros con su dramática carga noticiosa.

Este hombre perdió de golpe y de súbito quinientas yuntas de bueyes y quinientas asnas; luego un rayo del cielo calcinó a siete mil ovejas; acto seguido una banda de forajidos le robó tres mil camellos; además, sus criados le fueron asesinados en medio de esas duras tribulaciones.

Las primeras noticias, seguramente fueron lo que él pensó eran las más terribles; pero cuando le dieron la noticia final, que hablaba de la muerte de sus diez hijos, entonces todo lo ocurrido adquirió otra perspectiva.

¿Cree usted, amigo(a) lector(a), que a esas alturas Job estaba preocupado pensando en bueyes, asnas, ovejas y camellos? Seguramente que no; porque ante la pérdida de vidas humanas, cualquier otra clase de pérdida resulta menor. Bien se dice que "lo material se recupera". Y es así. Ante una pérdida financiera, laboral o empresarial, siempre existe la posibilidad de volver a recuperarlo; y con perseverancia y tesón se puede volver a tener lo que se perdió. Pero ante la pérdida de seres amados y relaciones significativas, ¿qué se puede hacer? Sencillamente, nada.

Esto es lo que debieran pensar todos aquellos que con la mejor intención se dedican a "sacrificarse" trabajando y empeñándose, a más no poder, por el bienestar de su familia, para descubrir al final que fue "perder lo más por lo menos". ¿A qué me refiero con esto? A que, efectivamente, quizás se logró alcanzar bienestar material, una buena casa en un buen vecindario, autos del año, buenas escuelas y buenas marcas en

el vestir; pero a final de cuentas, se dejó de disfrutar las relaciones, y se dejó pasar el tiempo y los años más preciosos sin mucho disfrute de las relaciones familiares, por estar afanados en obtener más y más lo material.

Querido(a) amigo(a), procure usted que la vida no se le pase consiguiendo solamente bienes y estatus, porque al final usted podría lamentar no haber disfrutado a su familia y a aquellos a quienes ama.

Mire usted cómo Job terminó expresando: *"Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo he de partir"*. Y es que hay un momento en el cual nos toca descubrir el valor real de las cosas y las personas; y por lo general, no es el valor que les hemos asignando de manera errónea. Mi mejor deseo para usted, es que no tenga que descubrir dicho valor, cuando sea demasiado tarde.

Hace algunos días atendí en consejería a una pareja que sufrió un serio revés de la vida, al recibir un severo diagnóstico con relación al estado de salud de la esposa. Curiosamente, habíamos venido en pláticas pastorales sobre el tema de los bienes materiales de ellos, decisiones sobre cuestiones monetarias, y temas de esa índole. Pero lo que me contaron, ya en los días de la tribulación, por el terrible diagnóstico que les hizo ir corriendo a los Estados Unidos de América, en busca de atención médica especializada, y comprometer dineros que no tenían a mano en ese momento, fue extraordinario para mí. Me dijeron que esa dura prueba, les puso en otra perspectiva frente a la vida; y que se reencontraron en una dimensión que, en cierta forma, consideraban perdida en su relación como pareja.

Lo anterior nos muestra con toda claridad que sufren los buenos, precisamente, para reencontrarse con la percepción correcta y real sobre el verdadero valor, tanto de las cosas materiales, como de las personas y relaciones significativas. Esto resulta a su vez, en una mejor perspectiva de vida.

Hay una aleccionadora parábola de Jesús en los evangelios, que me parece vale la pena traer a colación en este punto de nuestras reflexiones. Se encuentra en el Evangelio según San Lucas. Leemos:

"Entonces les contó esta parábola:

El terreno de un hombre rico le produjo una buena cosecha. Así que se puso a pensar: «¿Qué voy a hacer? No tengo donde almacenar mi cosecha.»

Por fin dijo: «Ya sé lo que voy a hacer: derribaré mis graneros y construiré otros más grandes, donde pueda almacenar todo mi grano y mis bienes. Y diré: Alma mía, ya tiene bastantes cosas buenas guardadas para muchos años. Descansa, come, bebe y goza de la vida.»

Pero Dios le dijo: «¡Necio! esta misma noche te van a reclamar la vida. ¿Y quién se quedará con lo que has acumulado?» Así le sucede al que acumula riquezas para sí mismo en vez de ser rico delante de Dios.»

Lucas 12:16-21

Una forma corta y segura de resumir esta parábola es: ¡Se equivocó al valorar las cosas! Se equivocó asignando a los bienes materiales un valor más allá de su valor real.

Y no es que lo material no cuente, claro que sí. El mismo Jesucristo nos enseñó a orar por lo material en el Padre Nuestro ("*Danos hoy nuestro pan de cada día*"); pero de eso, a creer que lo material es todo, y a creer que hacer provisión material es lo que en exclusiva garantiza una vida dichosa y feliz, es haber cometido un gravísimo error. Siempre, quien tal hace, termina lamentándolo, como el hombre de la historia.

Por ello, Dios nos hace un favor que no pedimos y tampoco buscamos: Permite que experimentemos alguna prueba o tribulación, para que por ella aprendamos a descubrir el valor real de las cosas y las relaciones.

¿Por qué sufren los buenos? He aquí otra respuesta en el mismo pasaje en el libro de Job:

*"Entonces dijo: "Desnudo salí del vientre de mi madre,
Y desnudo he de partir.*

El Señor ha dado; el Señor ha quitado.

¡Bendito sea el nombre del Señor!"

Job 1:21

En la primera exclamación, Job parece haber descubierto que lo material no es lo que más importa. Lo descubrió, no solo con la pérdida de bienes, sino también con la pérdida de algo más valioso e irrecuperable, como lo fueron sus hijos.

La siguiente exclamación de Job, nos proporciona una respuesta más ante la pregunta de ¿por qué sufren los buenos?

Las palabras de Job: *"El Señor ha dado; El Señor ha quitado. ¡Bendito sea el nombre del Señor!"*, nos enseñan que:

Sufren los buenos, Para que puedan descubrir la soberanía divina para su propio bien

El Padre Nuestro, como modelo de oración, nos enseña preciosas lecciones acerca de la vida humana y la relación del ser humano con Dios. Parte de esa oración, reza de la siguiente manera: *"Venga tu reino, hágase tu voluntad."* (Mateo 6:10)

La persona humana no se caracteriza por buscar la voluntad divina. Al contrario, los humanos vivimos esforzándonos a toda costa para que se haga nuestra voluntad, y no la voluntad de Dios. Nuestra plegaria y oración constante es que Dios nos dé esto o aquello; que nos resuelva un problema u otro; y que la vida sea como nosotros la queremos y la hemos planeado.

Debemos descubrir, cuán redentor y liberador es aprender a decir en paz: *"Que se haga la voluntad de Dios y no la mía."* Una oración así parece amenazante, ¿no es cierto? Una oración así, parece un tanto pesimista, conformista y patética, ¿no le parece?

Pero no es así. Por el contrario, descansar en la convicción y confianza de que Dios tiene un propósito seguro para nosotros; y que todo lo que sucede puede obrar para nuestro bien, en lugar de ser un pensamiento amenazante, es liberador, e infunde confianza y paz.

El profeta Jeremías, lo expresó así, a nombre del Señor:
*"Porque yo sé muy bien los planes que tengo para ustedes —afirma el Señor—, planes de bienestar y no de calamidad, a fin de darles un futuro y una esperanza."
Jeremías 29:11*

Por tanto, en vez de hacer de nuestra relación con Dios un constante y continuo forcejeo, aprendamos, por lo que nos esté pasando, que Dios es soberano; que podemos confiar en Él; que lo que Él permite y deja pasar en nuestro escenario de vida, siempre será para nuestro bien. Aferrémonos todo el tiempo a la Palabra en la Carta a los Romanos:

"Ahora bien, sabemos que Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman, los que han sido llamados de acuerdo con su propósito."
Romanos 8:28

Finalmente, una razón más de por qué sufren los buenos:

Sufren los buenos, Para que puedan vencer la tentación de culpar a Dios por las adversidades de la vida

El pasaje final con el que cierra este primer capítulo de Job, nos ofrece una respuesta más a la interrogante que da origen a este capítulo titulado ¿POR QUÉ SUFREN LOS BUENOS? El pasaje concluye expresando:

"A pesar de todo esto, Job no pecó ni le echó la culpa a Dios."
(Job 1:22)

Contrariamente a lo que aquí se lee, una inmensa mayoría de gente, aun tratándose de creyentes y gente de iglesia, en el momento de la crisis, desmoronan su confianza, fe y convicción, al optar por resentirse con Dios, cosa por demás absurda.

La tendencia en el género humano, por lo visto, es entrar en conflicto con Dios, ante la prueba y la adversidad, lo cual, de paso, viene a evidenciar una frágil estructura teológica y pensante alrededor de la fe. Digo esto, debido a cómo se ha venido exacerbando la idea y mensaje de que "si todo va bien, es que Dios está con nosotros; y si todo va mal, es que, estamos de alguna manera pecando, o es que el diablo nos está atacando".

Ojalá fuese así de simple el mundo espiritual. Sería relativamente fácil comprender los fenómenos de la vida cristiana, el caminar con Dios y los asuntos de la fe, si todo fuese blanco o negro. Pero es todo lo contrario. Muchos hombres de Dios, en la historia bíblica, tuvieron que soportar pruebas y tragedias superlativas, y aun así fueron verdaderos héroes y campeones de la fe. Otros, tuvieron situaciones envidiables en lo

humano, y no obstante, se alejaron de Dios, cayendo en la vileza y en una vida apóstata.

Por las reflexiones anteriores, es mejor tratar de encontrarnos con la gratitud, a pesar de los fracasos y las tribulaciones. Es mejor cumplir con lo que San Pablo escribió en sus cartas, y que deberíamos tomar al pie de la letra, en términos de actitud y conducta:

"Estén siempre alegres, oren sin cesar, den gracias a Dios en toda situación, porque esta es su voluntad para ustedes en Cristo Jesús."

1 Tesalonicenses 5:16-18

Lo mejor que podemos hacer de una vez por todas, es romper con la tendencia y tentación de echar culpa y responsabilidad a otros por lo que nos acontece.

Suelo decir a mis feligreses todo el tiempo, que no se desconsuelen ante lo inexplicable y conflictivo, que recuerden que todo lo que nos acontece, sencillamente, "se llama vida". Y como dijo San Pedro, no debemos extrañarnos como si alguna cosa extraña nos aconteciera al momento de vivir tribulación, sino debemos aprender a gozarnos, ¡por fe!, en los padecimientos (1 Pedro 4:12-13).

El mismo Jesucristo nos lo advirtió, cuando dijo:

"...En este mundo afrontarán aflicciones, pero ¡anímense! Yo he vencido al mundo."

Juan 16:33

Por tanto, en el tiempo de la aflicción, aprendamos la lección que Dios quiere enseñarnos: Que sepamos dar gracias en todo, y vencamos la tentación de culpar al Cielo por lo que nos acontece.

Capítulo 3

EN MEDIO DE LA PRUEBA

La prueba y la adversidad tienen poder sobre nuestra estructura emocional, y pueden debilitar las convicciones y la fe que hemos sostenido por largo tiempo. De allí que, ante la prueba y el dolor, nos hagamos preguntas que pueden rayar con lo amenazante y desestabilizador en cuanto a la Fe.

Algunas de estas preguntas, precisamente, serán abordadas en este capítulo. De inmediato pasemos a la primera.

PREGUNTAS DIFÍCILES QUE NOS HACEMOS EN EL SUFRIMIENTO

¿Me está castigando Dios por algo malo que hice?

Esta interrogante es tan antigua como la misma humanidad. Y tiene incluso algún ribete de superstición, al considerar a Dios, como uno de esos caprichosos dioses mitológicos, dedicados a jugar morbosamente con la fragilidad humana.

La Biblia es contundente, y no da espacio para verlo de otra manera, cuando en forma inobjetable aclara en el libro de los Salmos, diciendo:

"Él perdona todos tus pecados y sana todas tus dolencias."

Salmos 103:3

Aquí se vincula algo que a todos nosotros los humanos preocupa en gran manera: Las dolencias físicas y corporales con nuestra pecaminosidad. Algo dentro de nosotros nos grita, que en la medida en que hacemos cosas malas y deformamos nuestra conducta, en esa misma medida cosas malas tienen que acontecernos. Y probablemente merezcamos sufrir por causa de nuestros pecados.

San Pablo dijo tajantemente que la paga del pecado es la muerte, lo cual es cierto; pero a la vez añadió diciendo que la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús:

"Porque la paga del pecado es muerte, mientras que la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, nuestro Señor."

Romanos 6:23

En otra ocasión expresó que por nuestros pecados estamos privados de la gloria de Dios; pero a continuación también escribió que:

"...Por su gracia son justificados gratuitamente mediante la redención que Cristo Jesús efectuó."

Romanos 3:24

En ambos casos citados, se viene a comprobar lo que el Salmo 103 nos está diciendo: Que Dios nos libera y redime de todas aquellas aflicciones que son resultado de nuestros pecados.

El profeta Isaías lo enfatiza de manera imperativa. Dice él, textualmente, refiriéndose a Cristo:

"Él fue traspasado por nuestras rebeliones, Y molido por nuestras iniquidades; sobre él recayó el castigo, precio de nuestra paz, y gracias a sus heridas fuimos sanados. Todos andábamos perdidos, como ovejas; cada uno seguía su propio camino, pero el Señor hizo recaer sobre él la iniquidad de todos nosotros."

Isaías 53:5-6

Queda claramente establecido en esta declaración profética, que Jesucristo, como agente vicario y mediador ante Dios por nuestros pecados, ha roto la conexión entre nuestra condición de pecado y las enfermedades, tanto del cuerpo como del alma. Este pasaje bíblico es una de las más grandes afirmaciones acerca de nuestra redención.

De esta manera, entonces, queda sobradamente probado y comprobado, que no debemos preguntarnos con angustia qué estamos "pagando", al estar en el fuego de la prueba y el sufrimiento. Cristo pagó y purgó todo lo necesario por nosotros. De allí en adelante, será otro tipo de explicaciones las que tendremos que darnos acerca del dolor y el sufrimiento.

Como afirmación de soporte a lo anterior, el mismo Salmo 103, añade, refiriéndose a Dios:

"No nos trata conforme a nuestros pecados ni nos paga según nuestras maldades.

Tan grande es su amor con los que le temen como alto es el cielo sobre la tierra.

Tan lejos de nosotros echó nuestras transgresiones Como lejos del oriente está el occidente.

Tan compasivo es el Señor con los que le temen

Como lo es un padre con sus hijos. El conoce nuestra condición;

Sabe que somos de barro."

Salmos 103:10-14

¿Por qué me está pasando esto?

Esta es otra constante e inquietante pregunta que también nos hacemos en el fragor de la batalla contra lo adverso. Y reclamamos diciendo: ¿Por qué a mí? ¿Por qué no al hijo del vecino? ¿Por qué no a otros, que son malos, y quizás sí lo merezcan?

La Biblia, de nuevo, nos ofrece su respuesta ante esta interrogante:

"Para todos hay un mismo final: Para el justo y el injusto, para el bueno y el malo, para el puro y el impuro, para el que ofrece sacrificios y para el que no los ofrece; para el que hace juramentos y para el que no los hace."

Eclesiastés 9:2

¿Qué nos está diciendo la sabiduría de Eclesiastés? Que ante los acontecimientos negativos de la vida no se trata de ser justo o injusto, bueno o malo, santo o pecador, sino que a todos los humanos sin excepción nos pasan las mismas cosas, y tenemos que pasar a través de los mismos acontecimientos.

En pocas palabras, se nos está describiendo sencillamente, lo que se llama vida. Y se nos explica que en la vida humana transcurren prácticamente las mismas cosas a todos; y que solo es asunto de que le llegue el turno a cada cual.

Para acabar de darle forma a esta crucial idea, a continuación, la sabiduría bíblica añade lo siguiente:

"Me fijé que en esta vida la carrera no la ganan los más veloces, ni ganan la batalla los más valientes; que tampoco los sabios tienen qué comer, ni los inteligentes abundan en dinero, ni los instruidos gozan de simpatía, sino que a todos les llegan buenos y malos tiempos. Vi además que nadie sabe cuándo le llegará su hora. Así como los peces caen en la red maligna y las aves caen en la trampa, también los hombres se ven atrapados en una desgracia que de pronto les sobreviene."

Eclesiastés 9:11-12

Más elocuente no puede ser esta porción bíblica. Considere usted: Entre las personas que se mencionan están los veloces, los valientes, los sabios, los inteligentes, los instruidos. Interesantemente, estas son las condiciones con las que solemos asociar el bienestar y la dicha.

Pero el pasaje bíblico nos afirma que, aun contando con las mejores condiciones para alcanzar plenitud y felicidad, los humanos no podemos garantizar esa realización y dicha. ¿Por qué? Pues porque, misteriosamente, y sin que lo provoquemos en manera alguna, la tragedia y el fracaso pueden alcanzarnos en el momento menos esperado.

Lo anterior debe, entonces, convencernos de que en la vida humana suceden cosas inexplicables, que pasan sin que podamos evitarlas. Por consiguiente, es imprescindible tener que aprender a lidiar y a enfrentar en tono constructivo y objetivo las vicisitudes de la vida, con lo doloroso que suelen traer consigo.

Amigo(a), ¿Cómo está usted a este respecto? ¿Acepta que todo esto es parte íntegra de la misma vida? ¿Entiende que por mucho que planeemos y nos preparemos para una existencia placentera, no podemos garantizarla?

Pero, ¿qué estoy diciendo? ¿Acaso, que debemos adoptar una actitud fatalista, señalando: "Bueno, como no podemos evitar el sufrimiento, dejemos que su corriente nos arrastre"? ¡En ninguna manera! Lo que estoy proponiendo, es que debemos aceptar que en esta vida no tenemos el control de todo lo que sucede; y que debemos aceptar lo que no podemos cambiar. Aceptar esto, es

parte de alcanzar la mejor y más saludable actitud frente a la vida misma.

Es el momento oportuno, para traer a colación la siguiente pregunta, que resulta vinculante con la que acabamos de abordar.

¿Debo hacer frente a esta prueba o debo rendirme?

El mismo autor del libro de Eclesiastés, nos da su opinión al respecto:

"Y todo lo que te venga a la mano, hazlo con todo empeño."

Eclesiastés 9:10

¿Cómo podemos aplicar este consejo en el contexto de las pruebas y adversidades de la vida? Bueno, en toda situación difícil siempre hay opciones que se van presentando; y siempre debemos estar comprometidos con no ceder ante la pasividad, la cual se convierte en una verdadera tentación en la hora del dolor.

Lo que estoy diciendo, es que resulta fácil y aparentemente barato también, caer en los brazos de la pasividad con actitud fatalista, cuando estamos atribulados y afligidos. De hecho, la pasividad se asocia con la evasión de quien está triste y acongojado, y de quien no sabe qué hacer en las batallas de la vida.

No saber qué hacer, es algo que nos pasa a todos en circunstancias de apremio y alta conflictividad. Pero en nombre de ello, renunciar a seguir buscando salidas y opciones, no es actitud responsable, y nos hunde más en la desesperanza y el estancamiento.

Por eso lo oportuno de este breve texto bíblico: Todo lo que le venga a la mano, como opción, pues tómelo en serio, y comprométase con ello. Esto no significa, por supuesto, hacer "lo que sea" en aras de salir de la situación adversa. Las opciones a considerar, siempre deberán estar enmarcadas en lo ético, lo moral y lo concerniente a la sana espiritualidad y la pauta cristiana que nos ofrece la Palabra de Dios.

Lo anterior, de alguna manera le anima a tratar de cambiar y mejorar, lo que realmente pueda cambiar y mejorar. Esa actitud de vida le mantendrá fortalecido y vital; y le evitará, como ya

antes dije, caer presa de la pasividad que le estará rondando en medio del dolor y el sufrimiento.

A continuación, otra pregunta asociada con la anterior, y que le añade profundidad y dimensión a la que acabamos de considerar:

¿Debo luchar o simplemente aceptar lo que me pasa?

Esta, más que una tentación, es una pregunta seria y necesaria que es menester hacernos, mientras tratamos de descifrar los propósitos y significados de lo que estamos viviendo.

¿Y cuál sería la respuesta ante la interrogante? La Biblia nos ofrece un relato de los evangelios, que creo nos servirá en mucho para responder a esta pregunta. Se lee:

"Había allí, junto a la puerta de las Ovejas, un estanque rodeado de cinco pórticos, cuyo nombre en arameo es Betzatá. En esos pórticos se hallaban tendidos muchos enfermos, ciegos, cojos y paralíticos. Entre ellos se encontraba un hombre inválido que llevaba enfermo treinta y ocho años. Cuando Jesús lo vio allí, tirado en el suelo, y se enteró que ya tenía mucho tiempo de estar así, le preguntó: ¿Quieres quedar sano? -Señor -respondió-, no tengo a nadie que me meta en el estanque mientras se agita el agua, y cuando trato de hacerlo, otro se mete antes."
Juan 5:2-7

Este hombre, retrata cabalmente la actitud y condición de la persona que ha entregado y rendido su voluntad; la persona que ya no espera nada más, y que tampoco quiere comprometerse en el mínimo esfuerzo por mejorar su situación de vida.

Pero no nos apresuremos a juzgar la actitud de este hombre, recordemos que lleva ya treinta y ocho años postrado en su invalidez, y sucede que el sufrimiento conduce a cierta postración del alma y la voluntad. A tal grado puede ser este tipo de parálisis, que la persona renuncia a sus sueños y a la necesidad de sobrevivir dignamente a sus tragedias y fracasos.

Como podemos notar por el relato, lo único de lo que este hombre está consciente, es de lo que le falta, de lo que no tiene, de cuántos le han dado la espalda y le han negado ayuda, así como de cuántos se han quedado con su oportunidad y derecho a ser feliz.

De veras que la prueba puede convencernos de que no hay nada más ni nada bueno esperando por nosotros. Y ciertamente, lo he podido verificar en mi actividad como consejero pastoral. Cuando la gente sufre, por lo general llega al convencimiento de que la vida se acabó para ellos y que no hay ningún nuevo capítulo adelante. Quien siente, piensa y habla de esta manera, no se da cuenta que se ha convertido en cómplice de sus tragedias.

La respuesta de Jesús en el pasaje leído resulta interesante. Cualquiera de nosotros, acto seguido de la queja y el lamento que acaba de salir en tono fatalista y patético de labios de este hombre, hubiera corrido a pedirle nos contara más acerca de sus malas experiencias en la triste historia acumulada en treinta y ocho años de constante frustración y sufrimiento.

Pero Jesús no hizo así. Al contrario. Y como si con ello estuviera diciéndole que le acompañaba en su situación, pero no en su auto-compasión, simplemente le dijo:

"Levántate, recoge tu camilla y anda."

Juan 5:8

En otras palabras, ¡Jesús no quiso continuar una conversación contaminada por la amargura y el fatalismo! ¡Jesús no quiso pasar la mano por la lástima de sí mismo que este hombre padecía!

Lo anterior nos indica la actitud que Dios tiene respecto a la auto-compasión que nace de las malas experiencias de vida. Y el pasaje nos hace notar que Dios está listo y dispuesto a sanar nuestros dolores y a hacer milagros a favor de nuevas oportunidades para nosotros; y que Dios puede sanar males sin número en nuestra vida, excepto el mal de la auto-commiseración. Con ese mal, Jesús no quiere tener comunión.

Este suceso nos debe dejar una gran lección: Que no debemos abandonarnos en lo malo que nos está aconteciendo; que debemos continuar esperando y buscando respuestas a los más intrincados males que nos hayan sobrevenido; que, aunque haya

pasado —según nosotros— mucho tiempo, no debemos aceptar la idea de que ya no hay esperanza.

¡Siempre habrá esperanza!, y siempre tenemos que estar dispuestos a saltar todo obstáculo y a levantarnos de toda caída, sin importar cuánto nos cueste; con tal de hacer la parte que nos corresponde para la redención de nuestra vida y la liberación de nuestros males.

Jesús dijo sí a los males físicos de este hombre; pero no quiso decir sí a su lástima propia. ¿Le suena como para usted esta palabra? Si es así, entonces, deje de tenerse compasión malsana, y atreva a pensar, creer, decir y actuar, como si de verdad espera algo más y algo mejor para su vida.

¿Me irá a rescatar el Señor de este sufrimiento?

Esta es otra pregunta que nos hacemos, cuando nos vemos agobiados por un sufrimiento que parece inacabable.

Como respuesta, la Carta a los Hebreos, nos alienta con sus palabras:

"Así que acerquémonos confiadamente al trono de la gracia para recibir misericordia y hallar la gracia que nos ayude en el momento que más la necesitemos."
Hebreos 4:16

Alentador, ¿no es cierto? Se nos dice: que podemos acercarnos a Dios; que no debemos tenerle miedo y huir de Su presencia. Esto fue precisamente lo que hizo Adán después de haber pecado y desobedecido a Dios; pero no debe ser una conducta imitable por nuestra parte. Podemos acercarnos a Dios, no importa cómo estemos o qué haya pasado. Esto es esencial, si queremos recibir ayuda del Cielo.

También nos dice el pasaje, que ayuda, misericordia y gracia, es lo que podemos encontrar en el trono de Dios; no es juicio, severidad, rechazo ni reproche. Y esta verdad tan alentadora, ¡cómo levanta el ánimo y la voluntad rendida! ¿No es verdad?

Por consiguiente, debemos hacer a un lado la culpa y los sentimientos negativos respecto a nuestras faltas e imperfecciones, y atrevernos a acercarnos al Padre celestial, para recibir de Él la ayuda, como se lee en el pasaje: "en el momento en que más la necesitemos".

La misma Carta a los Hebreos también tiene el cuidado de exhortarnos a adoptar la actitud bíblica y correcta ante nuestra necesidad de ayuda divina. A ese respecto, nos dice así:

"En realidad, sin fe es imposible agradar a Dios, ya que cualquiera que se acerca a Dios tiene que creer que él existe y que recompensa a quienes lo buscan."
Hebreos 11:6

¿Qué nos está diciendo? Que Dios puede hacer milagros y grandes obras en nuestra vida; pero que de nosotros se espera como contraparte, que creamos que Dios es galardonador de los que Le buscan porque creen en Él.

Parece obvio y hasta innecesario decirlo; pero, créame, he visto a muchas personas necesitar con urgencia la intervención divina, y adoptar actitudes de: "Ah, yo no sé si Dios existe", "Yo no sé si Dios quiera ayudarme". Y con ello, estas personas, y cualquier otra que responda así a las pruebas, se cierran las puertas de la oportunidad.

Fue Jesucristo, quien a este respecto nos exhortó, diciendo:
"Pidan, y se les dará; busquen, y encontrarán; llamen, y se les abrirá. Porque todo el que pide, recibe; el que busca, encuentra; y al que llama, se le abre."
Mateo 7:7

Esto significa que, en efecto, hay una parte asignada a quienes necesitamos algo de Dios; hay una responsabilidad que debemos asumir los que creemos y esperamos por la mano de Dios. San Pablo lo llamó ser colaboradores de Dios; yo lo simplifiqué diciendo: Hacer lo que toca hacer.

Si está dispuesto(a) a acorazarse con esta actitud y disposición, verá que Dios hará también su parte y le rescatará de lo malo que esté pasando. Por tanto, no vale la pena estarse preguntando si Dios le irá a rescatar del dolor y el sufrimiento que está experimentando, porque sencillamente ¡Él lo hará... si usted hace también lo que le toca!

Capítulo 4

¿PERO ACASO HAY RAZONES PARA EXPLICAR EL SUFRIMIENTO HUMANO?

Parece una pregunta existencial solamente, pero no lo es. Es el grito desesperado que se levanta en nombre de todo aquel que ha sido traspasado por los dolores y sufrimientos de esta vida.

El hecho de no encontrar respuesta ante la intrigante pregunta de ¿por qué el sufrimiento humano?, en muchos casos lleva a responsabilizar a Dios por ello.

Job, uno de los personajes más antiguos de la historia sagrada, ante lo inexplicable y doloroso en grado extremo, lanzó al Cielo la siguiente acusación:

"Sepan que es Dios quien me ha hecho daño, quien me ha atrapado en su red. Dios me ha cerrado el camino, y no puedo pasar; ha cubierto de oscuridad mis senderos. Me ha despojado de toda honra; de la cabeza me ha quitado la corona. Por todos lados me destroza, como a un árbol; me aniquila, y me arranca de raíz mi esperanza. Su enojo se ha encendido contra mí; me cuenta entre sus enemigos. Sus tropas avanzan en tropel; levantan una rampa para asediarme; iacampan alrededor de mi carpa!"
Job 19:6, 8-12

No obstante, el acorralamiento que Job experimentó –y que pudiera sentir cualquier ser humano en medio del dolor- hay respuestas y razones suficientes en La Biblia, para dar luz y revelación ante la pregunta de ¿por qué el sufrimiento humano? A continuación, algunas razones bíblicas.

RAZONES PARA EL SUFRIMIENTO HUMANO

Hay sufrimiento,

A causa de un mal intrínseco: El corazón humano

Fue Jesucristo quien nos invitó a echar una mirada introspectiva, hacia dentro del corazón humano, cuando expresó:

"...Lo que sale de la persona es lo que la contamina. Porque de adentro del corazón humano, salen los malos pensamientos, la inmoralidad sexual, los robos, los homicidios, los adulterios, la avaricia, la maldad, el engaño, el libertinaje, la envidia, la calumnia, la arrogancia y la necedad. Todos estos males vienen de adentro y contaminan a la persona."

Marcos 7:20-23

Note usted la progresión en los términos utilizados por Jesús. Comienza llamándolos "factores contaminantes", y concluye denominándolos "males". Y todas las condiciones abarcadas en los términos usados por Él, son variadas y con alto poder destructivo.

¿Qué está diciéndonos, entonces? Que el corazón humano es la fuente de mucho sufrimiento humano. Que no es Dios el autor de tanta desdicha, sino el hombre mismo. Que no debemos alzar la mirada fuera de nosotros, sino que debemos, si es que vamos a sindicar a alguien como responsable por la infelicidad humana, ver al ser humano mismo.

Es fácil echar la culpa y la responsabilidad por tanta desgracia y frustración, a otros, y en especial a Dios; pero en el mejor de los análisis tenemos que disponernos a asumir con honestidad, que nuestras malas motivaciones se convierten en pésimas semillas que sembramos para nuestro sufrimiento y aflicción.

Las palabras de Jesucristo, entonces, resultan contundentes como diagnóstico divino a la condición humana. Ante tal certera y lapidaria afirmación, solo queda inclinar el rostro con humildad y actitud arrepentida.

Hay sufrimiento, Por causa de la rebelión del ser humano contra Dios

Que la actitud de provocación y rebeldía humana para con Dios trae malas consecuencias, es un hecho bíblicamente inobjetable.

San Pablo, en una de sus epístolas más destacadas del Nuevo Testamento, lo expresó así:

"Porque desde la creación del mundo las cualidades invisibles de Dios, es decir, su eterno poder y su naturaleza divina, se perciben claramente a través de lo que él creó, de modo que nadie tiene excusa. A pesar de haber conocido a Dios, no lo glorificaron como Dios ni le dieron gracias, sino que se extraviaron en sus inútiles razonamientos, y se les oscureció su insensato corazón. Aunque afirmaban ser sabios, se volvieron necios y cambiaron la gloria del Dios inmortal por imágenes que eran réplicas del hombre mortal, de las aves, de los cuadrúpedos y de los reptiles.

Por eso Dios los entregó a los malos deseos de sus corazones, que conducen a la impureza sexual, de modo que degradaron sus cuerpos los unos con los otros. Cambiaron la verdad de Dios por la mentira, adorando y sirviendo a los seres creados antes que al creador, quien es bendito por siempre. Amén.

Por tanto, Dios los entregó a pasiones vergonzosas. En efecto, las mujeres cambiaron las relaciones naturales por las que van contra la naturaleza. Así mismo los hombres dejaron las relaciones naturales con la mujer y se encendieron en pasiones lujuriosas los unos con los otros. Hombres con hombres cometieron actos indecentes, y en sí mismos recibieron el castigo que merecía su perversión. Además, como estimaron que no valía la pena tomar en cuenta el conocimiento de Dios, él a su vez los entregó a la depravación mental, para que hicieran lo que no debían hacer."

Romanos 1:20-28

Como podemos notar, las palabras de San Pablo son alarmantes y cargadas de dramatismo. Toda esa avalancha de

depravación conductual tiene un solo punto de partida: Haber dado la espalda a Dios con rebeldía.

El libro de los Salmos, tiene su propia versión de lo que San Pablo explicaba en el pasaje anterior. Dice textualmente el Salmo 2:

"¿Por qué se sublevan las naciones, y en vano conspiran los pueblos? Los reyes de la tierra se rebelan; los gobernantes se confabulan contra el Señor y contra su ungido. Y dicen: "¡Hagamos pedazos sus cadenas! ¡Librémonos de su yugo!" el Señor de los cielos se ríe; el Señor se burla de ellos. En su enojo los reprende, en su furor los intimida y dice: "He establecido a mi rey...

Ustedes, los reyes, sean prudentes; déjense enseñar, gobernantes de la tierra. Sirvan al Señor con temor; con temblor ríndanle alabanza. Bésenle los pies, no sea que se enoje y sean ustedes destruidos en el camino, pues su ira se inflama de repente."
Salmos 2:1-6, 10-12

Más imperativa no puede ser esta respuesta bíblica a la rebeldía humana; y esta invitación a vivir bajo el temor de Dios, no puede ser más rígida e inflexible. Como vemos, el Dios de la Biblia no es un viejecillo de lento andar y blanca barba; al contrario, Él es el Rey y Juez, que reclama el respeto y temor por parte de la humanidad que ha creado.

Entonces, es fácil ver con la guía de las Sagradas Escrituras, que en gran medida el sufrimiento humano es resultado de la indiferencia y la rebeldía del ser creado —el hombre y la mujer— para con el Dios Creador al que deben sumisión y respeto.

Hay sufrimiento, Como resultado de la mala administración del libre albedrío

El libre albedrío. Término teológico para referirse a la libertad de elección y actuación que Dios concedió al ser humano.

Ese libre albedrío no era con el fin de que el humano se volviera pérfido, rebelde y destructivo. Era más bien con la finalidad de que el humano viviera en comunión y obediencia a Dios por su propia escogencia.

Pero el hombre tornó la libertad en libertinaje. Y optó por vivir bajo sus propias normas, que son en mucho autodestructivas y amenazantes para la raza humana y el planeta todo. Los resultados desde la desobediencia de Adán, son: destrucción en grado superlativo en los ámbitos moral, familiar, ecológico, solo para mencionar unas pocas.

Desde los días del Edén, Dios sigue paseándose y recorriendo su creación, y tal como respondieron nuestros padres Adán y Eva, corremos a escondernos de Él y a evadirnos de Su Presencia. Pero Dios deja oír todavía su voz para decirnos: ¿Dónde estás? (Génesis 3:8-9).

Es evidente, y debe serlo, que hemos cambiado el libre albedrío sano y amistado con Dios por la rebeldía, la indiferencia y la falta de compromiso. Es evidente también, que hemos vuelto la espalda a Dios y que estamos solamente interesados en hacer lo que nuestra voluntad empecinada nos requiere.

Esa actitud ha provocado, y sigue y continuará provocando guerras, enfermedades, drogadicción, alcoholismo, SIDA, y muchísimos males más que agobian a la humanidad de manera total y vergonzosa.

¿Qué debemos hacer? Volvemos a Dios en sagrado compañerismo. Ver de dónde hemos caído, para proceder con corazón humilde a hacer frutos de contrición y arrepentimiento.

Dios espera todavía por el hombre y la mujer que Él creó. Cambiemos la deformidad moral y conductual que hemos creado, y cortemos con el sufrimiento producto de la actitud rebelde e indiferente que hemos adoptado.

Hay sufrimiento, Por el mal uso de nuestros cuerpos

El cuerpo humano no es un mero instrumento de diversión. Dios determinó que se constituyera en su templo.

Este concepto de procedencia divina no fue inventado por las religiones y filosofías cristianas. Al contrario, Dios se resistió desde el principio a habitar en templos hechos por manos humanas; y decidió que el lugar escogido y seleccionado por Él, como lo mejor, era el templo de nuestros cuerpos.

San Pablo lo describió de forma plena, al expresarlo en la siguiente interrogante:

"¿No saben que ustedes son templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en ustedes? Si alguno destruye

el templo de Dios, él mismo será destruido por Dios; porque el templo de Dios es sagrado, y ustedes son ese templo."

1 Corintios 3:17-18

Intimidante, ¿no es cierto? Pero, aunque lo es, parece no serlo, tomando en cuenta la manera tan destructiva y peligrosa en que vive y actúa el género humano. Lo cierto es que muchas de las más duras enfermedades que hay, las hemos atraído como efecto de la manera irresponsable de administrar nuestros cuerpos.

Si solamente pudiésemos poner en lista las enfermedades derivadas del tabaquismo o del alcoholismo, nos quedaríamos asombrados. Si tan solo pensásemos por unos instantes en los sufrimientos indecibles provocados por el mal uso y abuso de nuestra sexualidad, quedaríamos convencidos para siempre de lo extraviados que estamos, respecto a andar y vivir conforme a la normativa divina.

Pero, aunque lo anterior es inobjetable, la mayoría, si no todos los que padecen de enfermedades de transmisión sexual, culpan a Dios por su situación y claman y reclaman diciendo: ¿Cómo es posible que un Dios que se supone es bueno, permita el sufrimiento y las enfermedades?

Así de contradictorios y de endurecidos de conciencia somos los humanos. Y no será sino hasta que caigamos de la palestra del orgullo, arrepentidos, que no experimentaremos alivio de muchos de esos dolores, cargas y enfermedades que nos mantienen agobiados y esclavizados al sufrimiento.

Hay sufrimiento, Como resultado de la poca capacidad para la convivencia humana

Convivencia armónica. ¡Qué fácil se dice, y qué bien suena!; pero ¡cuán difícil es llevarla a la práctica en la vida cotidiana!

Hay una parábola en La Biblia, que exhibe con lujo de detalles lo encarnizada y febril que es la convivencia humana. A continuación, este relato:

"Mientras tanto, el hijo mayor estaba en el campo. Al volver, cuando se acercó a la casa, oyó la música del baile. Entonces llamó a uno de los siervos y le preguntó que pesaba. "Ha llegado tu hermano —le

respondió—, y tu papá ha matado el ternero más gordo porque ha recobrado a su hijo sano y salvo.” Indignado, el hermano mayor se negó a entrar. Así que su padre salió a suplicarle que lo hiciera. Pero él le contestó: “¡Fíjate cuantos años te he servido sin desobedecer jamás tus órdenes, y ni un cabrito me has dado para celebrar una fiesta con mis amigos! ¡Pero ahora llega ese hijo tuyo, que ha despilfarrado tu fortuna con prostitutas, y tú mandas matar para él el ternero más gordo!”.

Lucas 15:25-30

Este relato retrata muy bien la poca habilidad que parece caracterizar al ser humano para convivir con sus congéneres. Resentimientos, envidias, complejos e inseguridades, son solo unas pocas condiciones que marcan negativamente la convivencia humana.

Es curioso este relato; se trata de dos hermanos; y tiene que ver con el hecho maravilloso de que uno de los dos –el menor– ha vuelto a casa después de estar perdido. Pero en lugar de la alegría que debiera mostrarse en el hermano mayor, lo que se manifiesta es todo lo contrario: rencores, juicio y crítica contra el padre, rechazo por su hermano, inconformidad y reproche contra la vida.

Este caso, tomado de las Sagradas Escrituras, no es único. La verdad es que, desde el inicio de la historia humana en La Biblia, el encono y la erupción producto de males como la envidia y los resentimientos, han sesgado las relaciones intrafamiliares e interpersonales.

Un caso que demuestra claramente lo anterior, es el de Caín y Abel, que da origen al primer homicidio en el registro bíblico. Esa historia, cargada de molestia y fastidio por el bienestar del otro, deja evidenciado el comportamiento de la naturaleza humana, proclive a sufrir ante el bien ajeno, y a hacer guerra por el solo hecho de que otro tenga o haya alcanzado algo mejor.

Hay sufrimiento, Provocado por un estilo de vida y una moralidad opuestos a Dios

Ya leímos en la carta de San Pablo a los romanos, cómo el ser humano, prácticamente desde los inicios y albores de la historia, se apartó de Dios, precipitándose poco a poco en una caída inexorable por el despeñadero de la inmoralidad y el despropósito.

San Pablo argumenta que no tenemos excusa, que hemos pecado y estamos peligrosamente alejados de Dios; que nuestros argumentos se han constituido en verdaderos muros entre Dios y nosotros sus criaturas.

Y, efectivamente, si nos ponemos a pensar nos daremos cuenta que la gran mayoría de los sufrimientos humanos son auto-infligidos. Es decir, que las guerras, enfermedades, pobreza, drogadicción, pandillas juveniles, asaltos, crímenes y violencia, todo está relacionado de forma directa a males conductuales, a males del hombre contra sus semejantes y contra sí mismo.

Por tanto, no tiene ninguna validez achacar a Dios lo que nos pasa. No tiene sentido alguno preguntar ¿si Dios es bueno, por qué hay tanto sufrimiento? ¡No fue Él quien lo causó! Lo causamos nosotros, y continuamos en esa auto-destructiva escalada conductual.

Hay sufrimiento, Por haber dado la espalda a las leyes naturales que gobiernan la creación y el universo

Si solamente nos detenemos a pensar y a meditar en los daños ecológicos en nuestro planeta, nos damos cuenta que la tierra está moribunda, que parece tener los días contados. Y esta terrible y apocalíptica declaración, sintetiza el resultado de la irresponsabilidad humana para con su entorno y escenario de vida, en donde fue colocada por designio divino.

Con lo que se conoce como La Caída, que es el acto de desobediencia que constituyó el pecado original de la humanidad, aparece, casi de forma inmediata, el daño ecológico como parte de la realidad de una humanidad en estado irredento.

Las palabras de Dios, para con los que han pecado fueron:

"¡Maldita será la tierra por tu culpa! con penosos trabajos comerás de ella todos los días de tu vida. La tierra te producirá cardos y espinas, y comerás hierbas silvestres..."
Génesis 3:17-18

Es fácil, e irresponsable a la vez, pedir que Dios remiende lo que nosotros rompimos. Es fácil en verdad, reclamar airadamente que Dios restaure lo que nosotros arruinamos. Pero Dios, quien es bueno, pero no tonto, nos requiere más bien que procedamos a volvernos a Él en arrepentimiento. En definitiva, sí hay solución para la humanidad caída moral y espiritualmente; como también, sí hay solución para los daños que la naturaleza ha sufrido por causa nuestra; pero esa solución tiene que ver con arrepentimiento y conversión.

Hay sufrimiento, Por causa de la actividad supernatural de un ser llamado Satanás

El profeta Isaías, remontándose a la historia previa a la creación humana, vio a la malignidad personificada en Satanás, trayendo daño y destrucción al género humano. Sus palabras fueron las siguientes:

"Los que te ven, te clavan la mirada y reflexionan en cuanto a tu destino: "¿Y éste es el que sacudía a la tierra y hacía temblar a los reinos, el que dejaba al mundo hecho un desierto, el que arrasaba sus ciudades y nunca dejaba libres a los presos?"
Isaías 14:16-17

Satanás no es una caricatura, como muchos piensan. Satanás es el mal personificado. Así como Jesús representa a Dios hecho carne, así Satanás es la maldad encarnada. Y el hecho de que le veamos como personaje de historieta, no es más que una de sus estrategias para que le ignoremos y no lo tomemos en serio.

No digo que debemos vivir pensando de forma esquizofrénica en el diablo; pero que debemos admitirlo como parte de la realidad espiritual, se hace necesario. San Pablo dijo, refiriéndose a la conflictividad humana en el ámbito espiritual, que nuestra lucha verdadera no es contra seres humanos, sino contra poderes, contra autoridades, contra potestades que

dominan este mundo de tinieblas, contra fuerzas espirituales malignas en las regiones celestes. Y que toda esa estructura de poder maligno espiritual tiene un artificioso autor: El diablo. (Efesios 6:11-12).

Capítulo 5

RESPUESTA AL SUFRIMIENTO DESDE LAS PERSPECTIVAS NATURAL Y CRISTIANA

Tarde o temprano nos encontramos con el sufrimiento, el cual toma mil formas: enfermedades, desgracias, pérdida de seres queridos, soledad, bancarrotas, tragedias, etc.

El libro de los Salmos, que no es más que la crónica del alma, refleja en muchas de sus partes las respuestas del corazón humano al sufrimiento. El Salmo 69, para el caso, nos ofrece una vista de las reacciones del alma al dolor. En él leemos:

"Sálvame, Dios mío, que las aguas ya me llegan al cuello. Me estoy hundiendo en una ciénaga profunda, y no tengo donde apoyar el pie. Estoy en medio de profundas aguas, y me arrastra la corriente. Cansado estoy de pedir ayuda; tengo reseca la garganta. Mis ojos languidecen, esperando la ayuda de mi Dios."
Salmos 69:1-3

Otro salmo que injerta el dolor en la vida humana por causa del sufrimiento, es el Salmo 102, al clamar diciendo:

"Mis días se desvanecen como el humo, los huesos me arden como brasas. Mi corazón decae y se marchita como la hierba; ¡hasta he perdido el apetito! Por causa de mis fuertes gemidos se me pueden contar los huesos. Parezco una lechuza del desierto; soy como un búho entre las ruinas. No logro conciliar el sueño; parezco ave solitaria sobre el tejado."
Salmos 102:3-7

Como vemos, el sufrimiento desconcierta y resulta abrumador. A la vez, es inevitable la respuesta ante él. Y es acerca de cómo respondemos en lo natural, lo que toca develizar en este momento.

RESPUESTA NATURAL AL SUFRIMIENTO

Responder con rebeldía

Esta reacción, tiene que ver cuando la persona rechaza el mal con todas sus fuerzas y se subleva ante lo absurdo. Es cuando el coraje hace romper los diques de la paciencia y el auto gobierno, y el individuo responde con fuerza, que puede incluso ser destructiva.

En mis largos años aconsejando a personas en crisis como parte de la dinámica de la consejería pastoral, he visto a gente dueña de sí misma, de pronto romperse y comenzar a gritar y a buscar con qué sacarse la furia, producto de un capítulo trágico y doloroso en el libro de su historia personal.

Una reacción como ésta, si es vivida de manera ciega y sin control, puede terminar con la esperanza y dejar sumida a la persona en estado agónico.

Responder con ansiedad

Esto es, sufrir esperando lo peor. Es sufrir inútilmente, esperando y anticipando un mal que en muchos casos nunca llega a suceder, o que no resulta tan grave como se lo esperaba.

La ansiedad fatiga el alma. La ansiedad desarticula poco a poco la fe. La ansiedad mina la esperanza y oscurece la sana expectativa por cosas buenas y por mejoría en la calidad de vida.

Esta época posmoderna en la cual nos toca vivir, resulta ser uno de los escenarios más complejos para la existencia humana; en él, la ansiedad ha venido a ser uno de los principales males a nivel emocional y psicológico. Los terapeutas y especialistas en esta materia de la salud mental, sencillamente, no se dan abasto.

Hoy día, todo produce ansiedad; y hasta hemos acuñado un término aceptado de tal manera en la cotidianidad, que se usa tanto por los niños como por adolescentes y adultos; me refiero al término sacado del inglés y acoplado al castellano: "estrés".

El estrés, más que un vocablo de moda, representa una realidad concreta que tiene que ver o retrata la vulnerable condición del alma del ser humano en el siglo XXI. El estrés marca la pauta y define las raíces, en lo que a enfermedades psicosomáticas y auto-inmunes se refiere. Y no son pocas las enfermedades de hoy que se diagnostican asociadas con los estados de ansiedad y aflicción emocional de las personas.

Queda sobradamente comprobado entonces, que la ansiedad, como predominante arista, evidencia una respuesta humana al dolor, la aflicción y al sufrimiento en general.

Responder con aislamiento

Los estados de ansiedad y los miedos subyacentes, pueden conducir al individuo promedio a refugiarse en el aislamiento y la auto-marginación. De hecho, la vida posmoderna también se caracteriza en que la gente tiende a vivir entre las cuatro paredes de sus apartamentos en las grandes metrópolis del planeta, o detrás de muros y serpentinas en las típicas ciudades latinoamericanas.

La descripción o cuadro anterior, tiene los miedos de fondo. Miedos, que como espectros proyectan su sombra en las ansiosas y frágiles almas humanas.

El problema del aislamiento, es que nos conduce y enseña a vivir replegados en el dolor y tras el enrejado de los miedos y fobias; que se multiplican aceleradamente en el mundo de hoy.

El aislamiento es un no pasivo y una negativa a acercarse a los demás. Es un no rotundo a la idea de encontrar alivio en la comunión y convivencia con quienes están alrededor. Es el miedo convertido en sólido prejuicio, que lleva a levantar fuertes muros frente a los demás. Es haber sido dominado por la oscura convicción de que los demás representan un peligro, y que la única forma de estar a salvo es precisamente huyendo de ellos.

En pocas palabras, tras el aislamiento está la decisión de no dejarse aliviar por nadie; es decir, no aceptar consuelo alguno por parte de quienes están alrededor.

Responder con culpabilidad

La culpa, o la necesidad de hurgar dentro de uno mismo, para descubrir el disparador que ha desencadenado el mal.

La culpa, que puede ser la voz susurrante o la voz del sollozo que le dice que es el culpable por el sufrimiento que le ha alcanzado. La culpa, que puede tornarse en el grito demandante, que le obliga a entrar en el mismo infierno, negándole de paso la oportunidad de recuperarse de tus yerros y equivocaciones. La culpa, que puede hacer que se vea harapiento en lo moral, y que puede hacer añicos su auto-estima.

La culpa, nunca se queda quieta y sin evolución. Al contrario, puede hundir a la persona en la impotencia, la desesperación y

en la extraña convicción de que la vida o lo sucedido no tienen arreglo. Esto, claro está, es una mentira; ya que, en la vida humana, muchas circunstancias y situaciones tienen más arreglo, de lo que suponemos cuando están aconteciendo.

Responder mediante la culpa propia, es reacción tan vieja como la misma humanidad. Fue Caín, después de haber matado a su hermano Abel, quien respondió ante su pecado con auto-condenación. Sus palabras textuales delante de Dios fueron: *"Este castigo es más de lo que puedo soportar."* (Génesis 4:13). Desde entonces, los humanos en muchos casos respondemos de igual manera: sepultándonos bajo el peso de la culpa.

Responder con auto-compasión

La lástima de uno mismo o auto-compasión, es adoptar la postura de víctima de la vida, pensando erróneamente que es una especie de piedad que nos granjeará el favor del Cielo. Craso error.

La auto-compasión no es virtud, y sí es enfermedad. La auto-compasión no acerca el Cielo a nosotros; al contrario, nos aleja de la gracia de Dios y nos priva del derecho de continuar con la vida y proseguir, y no quedar postrados en lo que nos ha acontecido.

Es interesante el fenómeno de la auto-compasión. Digo esto porque, este comportamiento o reacción tiene algo de exhibicionismo; ya que el individuo que se auto compadece necesita, por lo general, mostrar sus penas al mundo, con lo que trata de conseguir adeptos a su causa, o gente que se una a su auto conmisericordia.

Ahora bien, en contraste a la respuesta natural del sufrimiento, hay otro tipo de respuesta al dolor, que podemos denominar como respuesta cristiana. Cristiana, porque se deriva de la Biblia, como Palabra de Dios; cristiana, porque perfila al creyente de Jesucristo en su respuesta ante el dolor. Veamos a continuación la respuesta al sufrimiento desde la perspectiva del individuo cristiano.

RESPUESTA CRISTIANA AL SUFRIMIENTO

Cuando se habla del dolor, en la larga lista de los personajes bíblicos que lo experimentaron en carne propia, hay alguien que resalta sobre los demás, se trata del sufriente Job. Un hombre que vio desencadenarse las más destructivas fuerzas que devastaron lo más valioso y sagrado que tenía.

Pero veámosle rehacerse ante el dolor, y encontrar en la fe el enganche y el soporte necesarios como para observar el dolor desde ángulos, no solo diferentes, sino también conmovedores. Leemos:

"Al llegar a este punto, Job se levantó, se rasgó las vestiduras, se rasuró la cabeza, y luego se dejó caer en el suelo en actitud de adoración. Entonces dijo: "Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo he de partir. El Señor ha dado; el señor ha quitado. ¡Bendito sea el nombre del Señor!" A pesar de todo esto, Job no pecó ni le echó la culpa a Dios."
Job 1:20-22

Aunque no lo parezca, este breve relato nos ofrece una clara y sistemática expresión de la fe, y de la persona de fe ante el dolor.

Sigamos paso a paso la respuesta de este hombre ante lo inexplicable y abrumador; y convirtamos su respuesta en una segura convicción, para cuando nos llegue el turno de tener que responder al sufrimiento, con el asidero de la fe.

No importa lo que cueste, ¡hay que estar de pie!

Textualmente, esta crónica del dolor reza: *"Al llegar a este punto, Job se levantó"*. Lo primero que hay que indagar y preguntarse es: ¿a qué punto se está refiriendo? La respuesta es sencilla: al punto máximo del dolor.

A Job le llegaron noticias, como ráfagas destructoras: que los animales de su campo habían sido tomados por los enemigos y sus criados matados a filo de espada; que del cielo había caído un rayo y había calcinado a sus ovejas con todo y los pastores que velaban por ellas; que unos salteadores habían aparecido y se habían apoderado de sus camellos y se los habían llevado, no sin antes matar a espada a sus cuidadores; que un fuerte viento del desierto había dado contra su casa, derribándola por sus

cuatro esquinas, lo que había dado muerte a sus siete hijos y tres hijas.

Noticia tras noticia, emisario tras emisario, fueron llegando uno a uno los que le dieron esas trágicas noticias, hasta dejarle sin aliento. *"Al llegar a este punto..."* Yo pregunto: ¿Puede alguien estar de pie? En todo caso --y lo digo con ironía-- será con la intención de ir a quitarse la vida.

Y como ya leímos, antes de ponerse de pie, Job había expresado su dolor, su luto y su tragedia, haciendo lo que era propio y acostumbrado en su tiempo y cultura: rasgar sus vestidos y cortarse su cabello con furia y aflicción sin límite; lo que permitía ver al ser humano fragmentado por hechos impredecibles, que lo dejaban estupefacto y consternado, a tal grado que resulta imposible explicar.

Pero, ¡qué importante decisión!: Levantarse, y estar de pie, cueste lo que cueste. Maravillosa muestra de la fortaleza que proviene de la fe.

Hay que expresar el dolor, no hay que reprimirlo

Job, rasgó sus vestiduras y se rasuró la cabeza. Esta conducta, extraña para nuestra cultura, era la manera de evidenciar dos condiciones: La vergüenza, producto de la derrota en una guerra al verse afrentado por el enemigo; y el luto por la tragedia y el dolor, resultante de la muerte de un ser amado o de una calamidad.

Expresar el dolor, es parte de la necesidad del ser humano. No es posible, ni se debe, además, intentar negar, reprimir o esconder el dolor. Quienes lo hacen, atentan contra su bienestar y salud espiritual, emocional y aun física.

Recuerdo el caso de una familia cristiana que experimentó la pérdida de uno de sus hijos. Con tristeza pude comprobar que, en vez de dar libre curso a sus sentimientos por la pérdida y el dolor de la partida de su ser querido, el padre comenzó a dar muestras de una espiritualidad errónea, adoptando una actitud y lenguaje espiritual ante los amigos que les acompañaban en el sepelio, cuando con toda naturalidad solo tenía que soltar su llanto, y libremente expresar lo que en verdad estaba sintiendo.

Sucede, en situaciones así, que las personas creen erróneamente, que el ser cristianos es inocularse contra el dolor; que estar en la fe implica una negación de los sentimientos

propios de los humanos, y que no es espiritual llorar o manifestar congoja por la pérdida.

Pero muy al contrario de este pensamiento, expresar el dolor, la rabia y la frustración ante los acontecimientos y situaciones que nos golpean, es limpiarse y promover la salud interior. Y, ciertamente, no hay nada de malo, y sí mucho de bueno, en soltar lo que se siente, para evitar que la amargura se vaya apoderando de nosotros.

Volviendo al caso de Job, me parece que no hubiera sido posible para él levantarse y estar en pie de nuevo frente a la vida, si antes no drena los sentimientos y emociones que surgieron en su mente, alma y corazón, como resultado de la terrible catástrofe personal y familiar que había vivido.

Ante lo absurdo e inexplicable, ¡hay que adorar a Dios!

El relato nos dice, que Job “se dejó caer al suelo en actitud de adoración”. Note bien que no cayó al suelo en total derrota y desconsuelo; no se abandonó dejándose caer en el cieno del desconsuelo y el completo fracaso; no se dejó invadir por la fatalidad y el negativismo.

Por el contrario, adoró con su humanidad en el suelo, como diría San Pablo: “en sacrificio vivo”, y total dependencia de Dios.

Usted, ¿cómo responde al dolor? ¿Se abandona a sí mismo? ¿Renuncia a la fe? ¿Desconoce lo que es la adoración en medio del dolor?

Que la tribulación tocará a nuestras puertas, es seguro; que la adversidad nos alcanzará alguna vez, es prácticamente inevitable. Cuando se trata del dolor y el sufrimiento, solo es cuestión de que le llegue el turno a cada uno. Y no hay nadie que esté exento de sufrir y experimentar la agonía emocional que implica encarnar el sufrimiento.

Cuando llegue esa hora inexorable, hay que estar dispuestos a adorar a Dios, como respuesta ante lo que nadie nos puede explicar.

Hay una oración que he debido aprender a decir en mis horas más difíciles, y es: “Señor, aunque no puedo entender lo que me pasa, puedo confiar en Ti”. Me parece que esta es una oración necesaria en más de algún tramo aflictivo en nuestro paso por la vida terrenal.

Hay que reconocer y aceptar cuando llega la hora de la fragilidad

La hora de la fragilidad, es la hora de la adversidad, la hora del dolor. Es una hora en reserva, puesta en el calendario y la agenda de Dios, y que, con el propósito de hacernos bien, llega a nosotros.

Aunque no nos guste y nos cueste reconocerlo, la vida no puede constituirse solamente en episodios satisfactorios y gratificantes. La vida humana es una extraña composición de malo y bueno; de virtud y defecto; de perfección e imperfección; de alegría y dolor.

Y parece ser parte de la agenda del Cielo, tener que enseñarnos ciertas verdades, como lo es la revelación de nuestra propia fragilidad. Y aunque parezca inaceptable, encontrarnos en la hora de la debilidad es necesario para poder alcanzar la suficiente madurez y el carácter que nos permita lograr una vida efectiva y que valga la pena.

En el caso de Job, la vida golpeó sus defensas, y lo vulneró al extremo de dejarlo sin bienes y sin familia; y como podemos ver más adelante en el relato bíblico, hasta sin salud física.

Obviamente, no tenemos que pasar todo lo que Job tuvo que experimentar, ni en los mismos niveles que él; pero es evidente que algunas contrariedades, frustraciones y pérdidas se viven en nuestro peregrinar por este mundo. Esas situaciones calamitosas, nos llevan de la mano a lo que estamos llamando la hora de la fragilidad; la cual, en el momento de su llegada, tiene que ser reconocida y aceptada.

Hay que poner lo vivido en la perspectiva eterna: ¡Vinimos sin nada a este mundo, y sin nada hemos de partir de él!

La exclamación de Job, que recoge el relato bíblico, es ejemplar. Él dijo:

"Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo he de partir."

Job 1:21

Esta exclamación tiene que ver con el asentimiento a una verdad inobjetable: Nada trajimos a este mundo, y nada podremos sacar con nosotros al continuar el rumbo a la eternidad.

Y en el plano de las relaciones vitales y significativas, si ni siquiera pueden ser mantenidas de manera permanente en esta vida, mucho menos esperar que no se vaya a experimentar pérdidas también en ese nivel.

Cosas materiales de valor se pierden y relaciones insustituibles también son arrancadas de nosotros. ¿Y qué hacer ante semejante realidad? Sencillamente, poner la pérdida o lo sucedido en la mejor perspectiva, la de la eternidad.

Muchos optan por poner sus dolores en la perspectiva terrenal, la cual es demasiado limitada; y ante la pérdida, surge inevitablemente: el enojo, el resentimiento, la rebeldía o el total desconsuelo. Al hacerlo, terminan echando la fe por el caño, y renunciando a caminar en el dolor tomados de la mano de Dios. Al final, acaban fatigados, angustiados y sumidos en el vacío del despropósito de vida.

Por lo anterior, lo sensato es aceptar: que la vida, no solo es lo que vivimos aquí en esta tierra, sino que la vida sobrepasa la frontera de lo humano y lo material; que vamos rumbo a la vida eterna, y que las pérdidas en esta vida no son permanentes y que hay formas de consuelo más allá esperando por nosotros.

Hay que reconocer la soberanía divina: ¡Dios da y Dios quita!

A todo lo anterior, Job también añadió:

"El Señor ha dado; el Señor ha quitado. ¡Bendito sea el nombre del Señor!"

Job 1:21

Amigo(a), esto no es lírica ni poesía. Es el fiel reconocimiento de que Dios hace y quita, en y de nosotros, sin darnos explicación. Precisamente, esto es lo que lo convierte en Dios.

¡Cuántas veces, desde la infancia, hemos dicho de la oración del Padre Nuestro:

"Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo!"

Mateo 6:10

Pero llegada la hora de tener que aceptar una difícil voluntad divina, estamos prestos a decir cualquier cosa, o a proferir palabras totalmente alejadas de la fe, en vez de decir con toda

la paz y serenidad de quien confía en Dios: "Hágase, Señor, como Tú quieras".

Es obvio, que aprender a someterse al designio de Dios no es fácil. Y aprender a aceptar lo que no queremos, tampoco resulta fácil. Pero, al igual que Jesús en Getsemaní, tenemos que luchar contra nuestra negativa y tener que decirle triunfalmente al Padre:

"...Pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieres tú."

Mateo 26:39

Con la soberanía divina no se pelea; con la decisión de Dios no se contienda. Lo mejor es decir: "No lo comprendo, pero lo acepto; no logro ver qué tiene de bueno esto, que más bien me causa dolor; pero me atrevo a creer que Tú, Señor, estás al control de todo, y que ni una hoja cae del árbol sin Tu consentimiento. Por tanto, acepto Tu voluntad soberana para mí; y al igual que Job me atrevo a decir: "El Señor ha dado y el Señor ha quitado... ¡Bendito sea el Nombre del Señor!"

No hay que altercar con dios, ni atribuir despropósito alguno al sufrimiento

El relato de cómo Job encarna la respuesta cristiana ante el sufrimiento, concluye en este relato, expresando:

"A pesar de todo esto, Job no pecó ni le echó la culpa a Dios."

Job 1:22

¿Culpa usted a Dios por lo malo que le ha sucedido? ¿Tiene usted resentimientos con Dios, por haber tenido que pasar algún trago amargo? ¿Está usted molesto(a) con Dios, por lo que salió mal en su historia personal?

Me parece que una tentación muy humana ante el sufrimiento, sería responder altercando con Dios. Pero a la vez, también es posible nutrir la fe, y renunciar a echar culpas a Dios por lo sucedido.

Se sufre en esta vida, solo por el hecho de ser humanos. Jesucristo lo resumió diciendo:

"En este mundo afrontarán aflicciones..."

Juan 16:33

Y la verdad es que se sufre, desde la hora de nacer; nacemos en el trauma y el dolor, al punto que las primeras muestras de estar vivos, son las exclamaciones de llanto y temor al momento mismo de nacer.

Por lo anterior, debemos asumir la idea inamovible de que Dios está de nuestro lado; pero a la vez, admitir que ello no significa que jamás sufriremos. La prueba del amor, la presencia y la fidelidad de Dios, no es que nada malo nos acontezca, sino que, a pesar de lo aflictivo de algunos sucesos y situaciones, junto a Él encontraremos consuelo y poder para superar lo duro y dificultoso.

Entonces, son siete pasos que en el testimonio de conducta de Job nos llevan a encarnar lo que hemos denominado la respuesta cristiana al sufrimiento. Son los siguientes:

- No importa lo que cueste, ¡hay que estar de pie!
- Hay que expresar el dolor, no hay que reprimirlo.
- Ante lo absurdo e inexplicable, ¡hay que adorar a Dios!
- Hay que reconocer y aceptar cuando llegue la hora de la fragilidad.
- Hay que poner lo vivido en la perspectiva eterna: ¡Vinimos a este mundo, y hemos de ser parte de él!
- Hay que reconocer la soberanía divina: ¡Dios da y Dios quita!
- No hay que altercar con Dios, ni atribuir despropósito alguno al sufrimiento.

Capítulo 6

EL GETSEMANÍ PERSONAL: EL ENCUENTRO CON EL DOLOR Y LA LUCHA ESPIRITUAL

Getsemaní: Prensa de aceite donde se machacan y muelen los olivos. Jesucristo estuvo en ese lugar y situación. Literalmente, fue machacado en lo emocional y lo espiritual; todo ello como una preparación para su victoria final y definitiva.

Getsemaní. Lugar y situación por donde los humanos, alguna vez y de alguna manera, tenemos que pasar.

Getsemaní. Lugar de encuentro con el dolor y la aflicción, que como experiencia personal nos permita alcanzar la preparación suprema que nos lleve a la victoria y liberación total. Leamos:

"Luego fue Jesús con sus discípulos a un lugar llamado Getsemaní, y les dijo: «Siéntense aquí mientras voy más allá a orar.»

Se llevó a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, y comenzó a sentirse triste y angustiado. «Es tal la angustia que me invade, que me siento morir –les dijo–. Quédense aquí y manténganse despiertos conmigo.»

Yendo un poco más allá, se postró sobre su rostro y oró: «Padre mío, si es posible, no me hagas beber este trago amargo. Pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieres tú.»

Luego volvió adonde estaban sus discípulos y los encontró dormidos. «¿No pudieron mantenerse despiertos conmigo ni una hora? —Le dijo a Pedro—. Estén alerta y oren para que no caigan en tentación. El espíritu está dispuesto, pero el cuerpo es débil.»

Por segunda vez se retiró y oró: «Padre mío, si no es posible evitar que yo beba este trago amargo, hágase tu voluntad.»

Mateo 26:36-42

Este maravilloso relato, aunque extraño para el discernimiento humano, revela momentos de gran fragilidad de Cristo, como parte de su preparación para los extraordinarios eventos del Calvario, y nos ofrece de manera puntual y concreta todo lo que sucede en el Getsemaní personal que cada individuo debe afrontar como capítulo crucial en su historia.

¿QUÉ SUCEDE EN EL GETSEMANÍ PERSONAL?

¿Cómo se describe esta experiencia en la vida personal? En primer lugar, y de acuerdo al relato presentado, el Getsemaní personal...

Es el lugar donde se exponen y se drenan nuestras emociones

Las frases "*comenzó a sentirse triste y angustiado*", y "*es tal la angustia que me invade, que me siento morir*", de manera sobrada y dramática nos describen los padecimientos que los humanos experimentamos a nivel emocional; situación por la que Cristo atravesó, demostrando de esa manera que también era hombre.

¿Cómo puede describirse el sentirse invadido por una tristeza y angustia tales? No es fácil explicar esa tristeza "hasta la muerte", como resultado de emociones y sentimientos que buscan salida en medio de la soledad más alarmante y los miedos más aterradores.

¿Puede alguna forma de tristeza, ser tan intensa que se le pueda llamar "tristeza de muerte"? Probablemente se trate de la suma de todos los sentimientos de rechazo, abandono, soledad, inseguridad, miedo, terror, etc. Y, entendiéndolo o no, lo cierto es que los humanos experimentamos algo de esto, en etapas críticas y supremas de la vida.

Probablemente usted amigo(a) alguna vez habrá sentido una angustia tal, al grado de, literalmente, sentirse morir. Seguramente usted habrá pasado momentos y situaciones tan apremiantes, que se sintió desvanecer, y experimentó el golpe del caudal de sus emociones en conflicto, saliendo a chorro, con fuerza, dejándole a usted sumido en la más absoluta debilidad.

Si usted experimentó alguna vez sentimientos y emociones así, entonces, pasó por lo que estoy llamando un Getsemaní personal.

Además de lo ya dicho ¿qué más vemos suceder en el Getsemaní personal?

Es también el lugar de encuentro con la soledad

El pasaje nos relata que Jesús dijo a los apóstoles: "*Quédense aquí y manténganse despiertos conmigo*" (Mateo 26:38). Esta frase, que evidencia contener elementos de desesperación, nos recuerda la importancia de no permanecer solos en los momentos de dificultad y desgracia.

El relato añade que Jesús: "*Luego volvió adonde estaban sus discípulos y los encontró dormidos*" (Mateo 26:40). Esto indica la percepción del relator bíblico, en lo que concierne al valor que Jesucristo concedía, en esos momentos difíciles, a la compañía y cercanía de aquellos que se habían convertido no solo en compañeros de misión, sino también en verdaderos amigos; tal como les dijo que eran en uno de los relatos del Evangelio de Juan.

Encuentro con la soledad. Algo inevitable en la experiencia humana. Encuentro con la soledad, cuando la gente nos deja solos, nos da la espalda, se vuelve indiferente con nuestro dolor y aflicción. Encuentro con la soledad, cuando aun estando con gente alrededor, nos sentimos abrumadoramente solos, con el peso de la responsabilidad que debemos asumir o del dolor que estamos experimentando.

¿Qué hacer con la soledad, si es inevitable? ¿Cómo actuar al sentirnos solos, si no podemos cerrar de golpe la puerta a la llegada de la soledad? Pues, ya que no podemos negar ni evitar la realidad de esta experiencia, al menos tenemos que aferrarnos al brazo del auxilio divino; y a la vez, atrevernos a creer, como Jesucristo, que si Dios permite que bebamos algún trago amargo es porque en Su voluntad perfecta, de algo bueno servirá, y algún magnífico propósito será luego cumplido.

Entonces, como si se tratase del Padre Nuestro, que repetimos desde la infancia, aprendamos también a decir ante la prueba y el dolor:

"Padre mío, si no es posible evitar que yo beba este trago amargo, hágase tu voluntad."

Mateo 26:42

También podemos añadir que el Getsemaní personal...

Es el lugar de quebranto de nuestra voluntad

Las frases de Jesucristo: *"pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieres Tú."* (Mateo 26:39); y la corta y contundente oración, *"hágase tu voluntad"*, del verso 42 del mismo capítulo, enmarcan cabalmente el total quebrantamiento de eso que llamamos: ego, voluntad propia, libre albedrío, o simplemente orgullo humano.

Éstos, que no son más que términos para referirse a lo mismo: El egocentrismo y la voluntariedad humana, nos recuerdan, y deben recordar todo el tiempo, que constituyen la prueba y lucha máxima de Dios con el ser humano. Y Dios, se vale precisamente de algunos capítulos angustiosos y difíciles en nuestra historia de vida, para quebrantar el duro cascarón de nuestra voluntad.

El Salmista, quien sobresale en la experiencia de lograr ver a Dios en los desencuentros con la vida, expresó en cierta ocasión:

"Me hizo bien haber sido afligido, porque así llegué a conocer tus decretos."

Salmos 119:71

Y efectivamente, Dios permite ciertas humillaciones, pérdidas, fracasos y tragedias en nosotros, para enseñarnos preciosas lecciones, siendo una de ellas, el experimentar el quebranto de nuestra voluntad.

En el caso de Jesucristo, el hecho de ceder su voluntad y deseo a los del Padre Celestial, fue la vía expedita a la victoria que culminó en el Calvario. No era posible vencer la Cruz, no era posible vencer los golpes y maltratos, no era posible vencer al sepulcro... si antes no lograba vencer algo no menos desafiante y poderoso, me refiero a su voluntad.

La voluntad es, sin lugar a dudas, la única fortaleza propia con que cuenta el ser humano. Con voluntad se han logrado grandes conquistas; no hay nada que se pueda hacer, sin que la voluntad aparezca como protagonista principal. Pero a la vez, la voluntad humana es el más grande tropiezo y dificultad que Dios encuentra para lograr sus propósitos en el género humano.

Lo anterior implica que el trato divino a la voluntad humana es crucial. Y dependiendo de quién gane esa batalla –Dios o el hombre– así será el resultado: Total cumplimiento del propósito de Dios en nosotros, o total extravío del plan divino para

nosotros. ¿Puede ver querido(a) amigo(a) la importancia de este asunto?

Sigamos adelante en nuestras consideraciones acerca del Getsemaní personal...

Es también el lugar de encuentro con la tentación

Interesantemente, ante el hallazgo de unos discípulos aturridos por el sueño y el cansancio, en una hora en que se espera total y absoluta concentración, Jesús expresó palabras que tienen gran validez e importancia para situaciones y contextos muy amplios de la vida humana. Sus palabras fueron las siguientes:

"Estén alerta y oren para que no caigan en tentación.

El espíritu está dispuesto, pero el cuerpo es débil."

Mateo 26:41

Lo que Jesús dice, es que la tentación es un derivado de la debilidad. Y esta palabra, "débil", del griego "asdsenés", literalmente significa sin fuerza, enfermo, frágil.

La tentación, por consiguiente, se relaciona con nuestras debilidades y flaquezas, las cuales sirven como aliado natural a la tentación; la que, por lo general, en el acto final nos lleva a la caída y a la derrota.

¿Y qué tiene que ver la prueba y la adversidad con sentirse tentado?, se preguntará usted. Bueno, ¿no es cierto que cuando estamos pasando una mala situación de vida, y cuando estamos atravesando por períodos de prueba, aparecen con mayor frecuencia y fuerza las demandas de la carne y las conductas escapistas pecaminosas.

Me parece que lo que Jesús está diciendo en ese pasaje, es que, en los momentos y etapas de mayor apremio y conflicto, es cuando podríamos estar tan débiles, como para ceder con más facilidad a la tentación. Deberá ser entonces en ese tiempo, cuando más tendremos que estar alerta, y orar.

Pero, volviendo a la persona de Jesús en el pasaje en referencia, ¿qué pudiera haber sido una tentación para Él, en ese momento? Creo que su misma oración nos responde la interrogante: Jesús estaba angustiado por la hora del sufrimiento en el Calvario, que pronto se avecinaba. Por ello, sus palabras al Padre Celestial fueron: *"Si es posible, pase de mí esta copa sin que yo la beba."*

¿Y cómo pudiéramos nosotros tratar de contextualizar en nuestras vidas esas palabras? Pues bien, todo deseo escapista, toda evasión, y ganas de salir huyendo y dar el portazo, u otra manera de huir de la realidad concreta, puede ser la tentación de la que debemos cuidarnos en la hora de la prueba. Cuando estemos en el Getsemaní personal, procuremos no olvidarlo.

Vinculante con el aspecto anterior, hay algo más que debemos añadir, sobre la pregunta: ¿en qué consiste el Getsemaní personal, como experiencia en la vida humana?

Es el lugar de revelación de nuestra debilidad

Ya lo leímos, fue Jesús quien lo dijo: "El espíritu está dispuesto, pero el cuerpo es débil". De mi parte, mis comentarios son los siguientes: La manera más fácil y segura de conocer real y verdaderamente a alguien, es observándole cómo actúa en la prueba y la adversidad.

En la tribulación es donde dejamos las marcas verdaderas e indelebles de quiénes somos en verdad. Detengámonos a observar a los tres apóstoles y amigos de Jesús, en ese contexto y situación: Toda su espiritualidad y buen propósito se hacen añicos y pierden total vigencia, por un momento de sueño.

¡Cuántos discursos se dan acerca de la fidelidad y el compromiso, y todo ello queda reducido a escombros en el momento crucial! Pues así sucedió con los apóstoles. Literalmente se lee:

*"Cuando volvió, otra vez los encontró dormidos, porque se les cerraban los ojos de sueño."
Mateo 26:43*

¡Ni siquiera era la primera vez que sucedía! Momentos atrás, en el mismo pasaje, se lee que Jesús:

*"Luego volvió adonde estaban sus discípulos y los encontró dormidos."
Mateo 26:40*

Y fue precisamente por ello, que les habló de estar alerta y orar para no entrar en tentación. Lo que resulta curioso es pensar que el sueño puede venir por causas diversas. La primera, y la más obvia es, sencillamente, porque hay una hora del día en que uno necesita acostarse a dormir para recuperar fuerzas. Otra puede ser, que un estado de nervios, miedo y depresión, puede

debilitar tanto, que cause cierta somnolencia en quien está experimentando esa condición. Y otra más, puede ser el sueño como simple mecanismo de escape.

¡Cuántos, de forma artificial, hacen uso de pastillas para escapar por la vía del sueño inducido, de los problemas que exigen más bien respuesta pronta y oportuna!

Lo cierto es que ya sea por una causa u otra, la debilidad se manifestará en la hora cruel y dificultosa del sufrimiento adverso. Y será allí, en esas circunstancias, que quedará total y claramente demostrado de qué estamos hechos y cuál es la verdadera consistencia moral y espiritual que hay en cada uno de nosotros.

De esa hora y manifestación, nadie se escapa; lo mejor es anticiparse lo más posible y estar preparados para enfrentar el sufrimiento de manera apropiada.

¿CÓMO RESPONDER EN EL GETSEMANÍ PERSONAL?

Quedaría inconcluso este capítulo si no se incluyen algunas formas de consejo y respuesta, a esta experiencia inevitable del Getsemaní personal.

No lo evada

Este corto y punzante consejo, se impone como primera medida para los momentos de angustia que acompañan el Getsemaní personal.

Ya se dijo que, hasta el sueño puede ser una conducta escapista. Y si hablamos de actitudes y conductas evasivas, desde que Adán quiso escabullirse echando la culpa a Eva por su desobediencia y caída, todos los humanos creamos nuestras versiones y modelos propios, cuando se trata de evadir responsabilidades ante las equivocaciones en la vida.

Yo no sé cuánto le pueda significar a usted en costo y en sacrificio, pero usted necesita comprometerse con esta decisión: ¡No evadiré mi Getsemaní personal, por mucho que me cueste!

Jesús se quedó allí, en su Getsemaní. Circundado por los espectros del temor; abandonado en lo emocional por sus compañeros; aterrado por las visiones espirituales que le indicaban la presencia del mal personificado. Jesús se quedó allí,

confiando en que Dios estaba a su lado, y que le proporcionaría una salida justa y la fortaleza para salir victorioso de esa prueba.

Lo mismo tiene que hacer usted. Y no acepte transigir, no acepte negociar, y tampoco acepte traficar con sus convicciones. Manténgase justo en el lugar, situación y relación donde Dios le tiene en ese momento.

Le aseguro que al final, usted estará gozando del favor y la gracia de Dios, ¡y todo, absolutamente todo, estará bien!

No busque culpables

Sindicar culpables es una vieja forma de respuesta a lo malo que nos acontece; ¡tan vieja como la humanidad misma!

Hay una especie de mecanismo y lógica moral, que nos hace concluir con que lo que nos pasa es producto de la malignidad de otros alrededor.

Como dije antes, Adán fue el primero en evadirse. Pero no solo eso; Adán fue también el primero en culpar a otros por sus fracasos y dolores. Y desde entonces, reaccionar así se ha vuelto la típica respuesta humana.

Pero sinceramente, no conozco a nadie que haya resuelto ni medio problema echando la culpa a otros.

Por consiguiente, deseche esa manera de responder a la vida, rompa con la tendencia de engañarse pensando y creyendo que si asigna culpabilidad en quienes le rodean, estará resolviendo los difíciles acertijos de su vida.

Dependa de Dios, no de los demás

Que hay batallas que Dios nos hace pelear a solas, es cierto. Son batallas en las cuales, por mucho que nos proveamos de compañía solidaria, Dios se las ingeniará para mantenernos a solas.

Volvamos al cuadro de Jesús en Getsemaní. Se procuró a sus tres más cercanas relaciones; pero al final tuvo que pasar por esa hora dura, totalmente solo. Siempre es así.

¿Y qué hacer cuando se sienta solo(a)? ¿Va a culpar a Dios o a los demás, por ello? ¿Se ahogará en lástima propia? ¿Renunciará a seguir confiando en el Señor?

Pueda ser que lo malo que le haya sucedido tenga que ver con el hecho de haber sido defraudado por alguien en quien usted confiaba. Pero eso, en lugar de hacerle desistir de confiar y depender en Dios, más bien debe hacerle afirmar su dependencia

en Él. Lo demás, y los demás, correrán por cuenta de ese Dios en quien usted está confiando.

Renuncie a su propia voluntad

No olvide usted que el pasaje que hemos leído y comentado acerca de Jesús en Getsemaní, tiene que ver en cierta forma con un choque de voluntades: La voluntad divina del Padre versus el deseo de Jesús, hombre; y la lucha manifiesta de este, por no querer pasar por el trago amargo del sufrimiento.

El final de ese glorioso relato de los evangelios, representa lo que todo ser humano debe hacer en un momento crucial de su existencia: Renunciar a su voluntad, prefiriendo la voluntad de Dios por sobre la suya propia.

¿Está usted dispuesto a hacerlo? Negarse a este acto de fe, es estar dispuesto a chocar estrepitosamente con sus equivocaciones y errores. Por el contrario, ceder a la voluntad divina el derecho sobre sus circunstancias de vida, es dar a Dios la oportunidad de hacer por usted lo que jamás sus propias capacidades podrán ofrecerle. Y si lo piensa detenidamente, siempre es mejor entregar la voluntad humana a la voluntad divina.

Esté alerta y ore

Las palabras de Jesucristo a los discípulos, incluyeron también lo siguiente: "*Estén alerta y oren...*" (Mateo 26:41)

Estar alerta es estar apercebido, concentrado. ¿En qué?, se preguntará usted. ¡Pues en todo! Sí, porque todo pesa y todo cuenta cuando se trata de la vida espiritual y el bienestar general de una persona.

Y de manera especial estar alerta en oración, ya que esta nos brinda otra clase de discernimiento y comprensión. Digo esto porque, en lo personal, ha sido en la oración donde he podido ver peligros que de otro modo no hubiera advertido. Fue en la oración, donde muchos puntos de vista adquirieron otros matices. Fue en la oración, donde muchos errores fueron evitados al ser descubiertos a tiempo.

Recuerde que Jesucristo dio esta admonición a sus apóstoles, como forma de medicina preventiva. Les dijo que el cuerpo –o la carne– es débil; pero que una manera sensata y sabia de adelantarse a las fragilidades humanas, era precisamente, mediante la oración.

De nuevo una pregunta: ¿Está usted aplicando esta medicina preventiva de la oración a tiempo, a todos sus planes, proyectos, desafíos, y aun sus debilidades? Hacerlo, es lo que más le conviene. Espero que usted esté de acuerdo conmigo en esta afirmación.

Capítulo 7

LA LUCHA CON LO QUE NO PODEMOS CAMBIAR: ¡LE ROGUÉ AL SEÑOR QUE ME LA QUITARA!

San Pablo, relata el cuadro de esta batalla cuando escribe en su carta Segunda a los Corintios. Leamos con atención lo que allí nos explica:

"Tres veces le rogué al Señor que me la quitara; pero él me dijo: "Te basta con mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad".
2 Corintios 12:8

San Pablo está hablando en primera persona. Es decir, no está teologizando, ni hablando en sentido retórico, sino más bien testimonial. En pocas palabras, se está refiriendo a su propia vida.

Y nos cuenta que ha tenido un encuentro con algo que lo ha dejado perplejo y abrumado, ya que ese encuentro ha sido con "lo que no puede cambiar".

No se trata de poca cosa. De hecho, lo describe en versículos anteriores, como una espina clavada en el cuerpo, y como un mensajero de Satanás (2 Corintios 12:7). Tiene, entonces, que haberse tratado de algo descomunal; algo que estaba totalmente fuera de sus posibilidades a controlar, gobernar o transformar.

Independientemente de lo que se haya tratado —sobre lo cual hay muchos criterios— lo sorprendente para un hombre con el temple, y el carácter recio y firme que le caracterizaban, resultaba frustrante en verdad: encontrarse inerme e impotente frente a lo que no podía remover de su vida.

¿Qué hacer con lo que no podemos cambiar? Alguien ha dicho con acierto acerca de los problemas de la vida: "Si no puede cambiar el problema o la situación, al menos, cambie usted". Y eso solo es posible si estamos dispuestos a aprender del

problema o situación. Pongamos especial atención, justamente a este aspecto: Aprender.

¿QUÉ NOS ENSEÑAN LAS COSAS QUE NO PODEMOS CAMBIAR?

Nos enseñan de qué estamos hechos. Por consiguiente, ¡a conocernos mejor!

Si hay una manera segura de conocer a una persona, en la verdad esencial y pura de su forma de ser, es observando cómo actúa en los momentos de apremio y de tribulación. Y es precisamente de la importancia de la auto-observación que quiero hablarle en este capítulo.

San Pablo, en otra de sus cartas, expresa una verdad suprema acerca de nosotros los humanos, y haciendo referencia al material con que estamos hechos, en lo moral; y de la fragilidad que acompaña al ser humano, dice lo siguiente:

"Pero tenemos este tesoro en vasijas de barro para que se vea que tan sublime poder viene de Dios y no de nosotros."

2 Corintios 4:7

Y a continuación, describe las condiciones y circunstancias que a menudo experimenta cada individuo, y a las que nos vemos sometidos todos los humanos: "Nos vemos atribulados en todo..." (2 Corintios 4:8)

No es fácil tener que reconocer que somos más frágiles de lo que quisiéramos. Tampoco es fácil, sobre todo para nosotros los creyentes, reconocer que cualquier forma y manifestación de poder proviene de Dios y no de nosotros.

Luchamos todo el tiempo –aun sin advertirlo– contra esta verdad; la cual nos resulta desagradable y totalmente incompatible con nuestros deseos, y más que deseos, ficciones acerca de cuán poderosos y suficientes queremos ser.

Y la vida, con todos los sinsabores, derrotas y frustraciones con que nos arrincona, nos va demostrando con la más estricta certeza, de qué estamos hechos. Pero esta experiencia no es tan mala como solemos pensar. Conocer a cuenta cabal nuestras insignificancias y fragilidades, o conocer por completo nuestra

vulnerabilidad, en lugar de hacernos daño nos provee una importante revelación acerca de nosotros mismos.

No es cierto que seamos más débiles por conocer nuestra debilidad intrínseca. No es verdad que nos volvamos más vulnerables por tener que aceptar que somos simples vasijas de barro.

Al contrario, cuando sabemos que somos débiles criaturas, adquirimos cierta sabiduría que nos indica con suficiencia y claridad hasta dónde podemos llegar con nuestros deseos, luchas y pretensiones. Y nos convence de que podemos auto-infligirnos daño, si vamos más allá de lo aconsejable, dada nuestra debilidad y humana limitación.

El libro de los Salmos, también proporciona una imagen de esta fragilidad humana a la que hacemos referencia. En una de sus partes se lee así:

"La vida se me va en angustias, y los años en lamentos; la tristeza está acabando con mis fuerzas, y mis huesos se van debilitando.

Por causa de todos mis enemigos, soy el hazmerreír de mis vecinos; soy un espanto para mis amigos; de mí huyen los que me encuentran en la calle.

Me han olvidado, como si hubiera muerto; soy como una vasija hecha pedazos."

Salmos 31:10-12

"...Una vasija hecha pedazos". Aunque cueste admitirlo, en alguna ocasión la vida nos llevará a este extremo. ¿Y qué hacer cuando nos encontremos con el drama de nuestra fragilidad? ¿Qué hacer cuando las circunstancias adversas de la vida, nos lleve a ver lo más querido, valioso y vital hecho pedazos?

Pues, en lugar de la desesperanza o la amargura, habrá que agradecer por ello, ya que es en el dolor y el sufrimiento donde obtenemos la perspectiva correcta y real acerca de quiénes y cómo somos en verdad.

Por tanto, cuando usted mi amigo(a) se encuentre bajo el fuego de la prueba, aprenda a verse y a reconocerse tal como usted es. Aprender de sí mismo, es aprender sabiduría. Lograr vernos en la realidad más simple y llana, es alcanzar una de las visiones más honestas acerca de nosotros mismos.

En segundo término, las cosas que no podemos cambiar, nos enseñan lo siguiente.

Nos revelan la transitoriedad de la vida y el valor relativo de las cosas... ¡y aun de las relaciones!

Job hizo semejante descubrimiento, y no pudo más que exclamar:

*"Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo he de partir. El Señor ha dado; El Señor ha quitado.
¡Bendito sea el nombre del Señor!"
Job 1:21*

Esta no es más que una admirable y casi envidiable postura de cara a la vida, ante las pérdidas, tragedias y fracasos.

Pero llegar a ese punto no es fácil. Hay que luchar primero con toda la rebeldía, el resentimiento y el enojo que, como torbellino emocional, surge desde nuestro interior, buscando salida con toda su potencia destructiva.

Habrá que sujetarse con la mayor solemnidad a lo que los creyentes llamamos el señorío de Cristo; o, dicho en otros términos, a la soberanía divina. Lo cual no es más que reconocer humillados, delante de Su majestad, que el Señor...

*"Es Dios; él nos hizo y somos suyos. Somos su pueblo, ovejas de su prado."
Salmos 100:3*

Ese reconocimiento humilde de que pertenecemos a Dios, es más que lírica bíblica; es la más fiel expresión de nuestra pequeñez y de Su grandeza, lo cual Le confiere que haga con nosotros lo que así dispone en Su santa y soberana voluntad. Y a nosotros toca honrarle y confiar en Él, aun cuando no entendamos lo que hace o permite en nuestra vida.

Volviendo a Job -aunque su primera exclamación nos deja un tanto atónitos y perplejos- el relato añade lo siguiente.

*"Su esposa le reprochó: —¿Todavía mantienes firme tu integridad? ¡Maldice a Dios y muérete!
Job le respondió: —Mujer, hablas como una necia. Si de Dios sabemos recibir lo bueno, ¿no sabremos también recibir lo malo?
A pesar de todo esto, Job no pecó ni de palabra."
Job 2:9-10*

Tanto en sus primeras respuestas a la tragedia y el drama que estaba viviendo, como en este relato del impropio injusto por

parte de su mujer, Job únicamente reconoce la transitoriedad de la vida y el valor relativo de posesiones y relaciones.

Cuando la vida cambia, y pasa de ser lo que queremos y lo que nos gusta, la gente se nos retira y con disimulo nos vuelve la espalda. En el caso de Job, resulta ser más dramático porque se trata de su propia esposa, que en franca y confrontante manera le señala que se muera!

Esto demuestra de forma plena que ni siquiera las relaciones duran toda la vida. Cuando ya no nos vemos bien a vista de quienes nos rodean, sencillamente nos abandonan; incluso aquellos de quienes jamás lo esperaríamos. Y si se trata de bienes materiales, creo que no hay ningún ser humano que no haya sufrido pérdidas y fracasos en algún momento de la vida. En ambos casos, eso demuestra la transitoriedad de la vida, y el valor relativo de las cosas y las relaciones.

Lo justo en un momento de cambio negativo, es aceptar, al igual que Job, que las cosas se acaban porque tienen que acabarse; que vinimos a este mundo sin nada, y sin nada saldremos de él. Que Dios da, pero también quita. Y que aun si experimentamos abandono por parte de quienes amamos y son significativos para nosotros, aun en eso se refleja la transitoriedad de la vida.

Pero no se vaya a equivocar; llegar a este reconocimiento no equivale a estar en pedazos y en total destrucción. Al contrario, resulta de verdad liberador poder decir con convicción que ya no dependemos de lo material tanto como solíamos hacerlo antes de la pérdida.

Pruebe usted a renunciar, de cara al Cielo, a todo aquello de la cual usted ha creído depender; pruebe usted a entregarlo todo y sin reservas a Dios, abandonándose en confianza y dependencia de Él, y se dará cuenta que depender menos de lo que poseemos y depender más de la agenda divina para nuestra vida, es lo más liberador que hay para el alma humana.

¿Qué más nos enseñan las cosas que no podemos cambiar?

Nos enseñan a responder con carácter ante la adversidad

Que la adversidad y la prueba producen carácter, es seguro; así lo expone el "escrito está" de Dios.

La carta paulina a los romanos, lo declara de forma casi tajante. Leamos esa porción de la Biblia:

"Y no solo en esto, sino también en nuestros sufrimientos, porque sabemos que el sufrimiento produce perseverancia; la perseverancia, entereza de carácter; la entereza de carácter, esperanza."
Romanos 5:3-4

Esta afirmación contradice la idea de que la adversidad no puede traer buenos frutos y buenos resultados en el ser humano. Por allí ha corrido la idea y el pensamiento de que la adversidad endurece y vuelve malos a los humanos.

Bueno, puede ser así, si así lo queremos, y si así permitimos que sea. Pero la prueba y la tribulación —según la Palabra de Dios— puede extraer de nosotros las virtudes más extraordinarias y las bondades más sobresalientes, dignas de un creyente de Jesucristo.

Pero como acabo de indicarlo, será así, si así decidimos que sea. Esto tiene que ver con la actitud que se adopte frente a la vida; tiene que ver con la clase de ojos con que se vea transcurrir la vida.

Hay personas que solamente tienen ojos para ver y apreciar lo malo. Son quienes, por lo general, dicen que la vida es dura, que la gente es mala, que no se debe confiar en nadie, y que cada cual vea cómo resuelve lo suyo, ya que este mundo es una jungla donde cada uno debe de procurar para su sola sobrevivencia.

Triste, ¿no es cierto? Y falso también, como concepto. Jesucristo dijo que, si nuestro ojo es malo y lleno de tinieblas, así será nuestra visión y actitud frente a la vida y las personas que nos rodean; y eso equivale a estar sumido en las tinieblas. Pero también añadió que, si nuestro ojo es limpio, así será el resultado de nuestra relación e interacción con todo y todos los que nos rodean (Mateo 6:22-23). Eso, simplemente, lo decide cada individuo con las actitudes que adopta de cara a la vida.

Otro pasaje neo-testamentario que también afirma que la adversidad produce carácter en nosotros, es el siguiente:

"Hermanos míos, considérense muy dichosos cuando tengan que enfrentarse con diversas pruebas, pues ya saben que la prueba de su fe produce constancia. Y la constancia debe llevar a feliz término la obra, para que sean perfectos e íntegros, sin que les falte nada."
Santiago 1:2-4

Entereza de carácter y constancia, son los términos que indican el crecimiento moral y la virtud para el saber vivir, que luego de las pruebas podemos alcanzar. Por supuesto, que en el mundo materialista en el cual vivimos, no es un criterio aceptado por las mayorías, que la prueba hace crecer y madurar, moral y espiritualmente.

Pero la Biblia, que es la Palabra de Dios, asegura que si usted así lo quiere puede resultar en verdadera entereza de carácter, como producto directo del paso por la adversidad. Entonces, eso le dice con la mayor autoridad que las cosas que no se pueden cambiar y que producen dolor en nuestra vida, pueden esculpir la entereza de carácter en nuestra personalidad.

Y como puede ser que la pregunta persista en su mente y corazón, y todavía tiene dudas al respecto, a continuación, le ofrezco respuestas a la interrogante:

¿QUÉ HACER CON LO QUE NO PODEMOS CAMBIAR?

Leamos en la Segunda Carta a los Corintios, para encontrar las respuestas que necesitamos.

"Para evitar que me volviera presumido por estas sublimes revelaciones, una espina me fue clavada en el cuerpo, es decir, un mensajero de Satanás, para que me atormentara. Tres veces le rogué al Señor que me la quitara; pero él me dijo: «Te basta con mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad.» Por lo tanto, gustosamente haré más bien alarde de mis debilidades, para que permanezca sobre mí el poder de Cristo."
2 Corintios 12:7-9

Este pasaje, de manera sobrada, nos ofrece pautas para saber qué hacer con lo que no podemos cambiar. Atención a lo que sigue a continuación.

Adoptemos una actitud humilde, porque es un trato de Dios a nuestro ego

Lo último que nos ponemos a pensar, y lo último que se nos ocurre admitir cuando estamos en medio del fuego de la prueba, es que Dios esté tratando con nuestro ego. Pero esto es más factible de lo que podemos pensar y creer.

Con cada situación que Dios permite: pérdidas, fracasos, injusticias y tragedias, siempre está tratando con la persona que llevamos en nuestro interior. Y esa es, seguramente, una de las razones por las que San Pablo dijo en una de sus epístolas: Que Dios hace que todas las cosas ayuden a bien, ya que al final, siempre procura nuestro bien, aun con lo malo que permite que pasemos. (Romanos 8:28).

No somos víctimas de una conspiración o una tragedia

Lo que nos sucede, simplemente, es parte de la vida misma. Suelo decir con insistencia a mis feligreses que todo lo que nos acontece, "simplemente, se llama vida". Con ello quiero indicar que no debemos satanizar todo lo malo que acontece en nuestra vida; que no debemos estar obsesionados con el maligno todo el tiempo; y que se sufre, por la simple razón de que somos humanos, nada más. Jesucristo dijo: "*En el mundo tendrán aflicción...*" (Juan 16:33).

Y sus palabras son un recordatorio de que el sufrimiento es parte de la vida humana. Pensemos simplemente en el hecho de que nacemos sufriendo; nacemos en medio del trauma que supone salir de la seguridad del vientre materno, con verdadero terror. Así sucede de allí en adelante nuestra existencia terrenal, pasando de luchas a luchas, de conflictos a más conflictos, de adversidad a mucha más adversidad.

Con lo anterior no estoy siendo demasiado pesimista. Estoy siendo más bien realista, y aceptando que el sufrimiento no es producto de fuerzas extrañas y malévolas que se mueven en torno a nosotros. Se sufre, porque se vive.

¿Qué más podemos hacer, con lo que no podemos cambiar? A continuación, una pauta que, más que un estribillo gastado, encierra algo sumamente necesario. Me refiero a:

Procuremos oír la voz de Dios

Sí, oír la voz de Dios. Lo cual no es algo místico ni mitológico. Oír la voz de Dios, puede marcar la diferencia en lo que estamos pasando y en cómo estamos interpretando esos sucesos.

Oír la voz de Dios, pero como evento natural de cada día. ¿A qué me refiero con esto? A que se puede oír la voz de Dios de maneras simples y sencillas: En lo que alguien nos dice en una conversación aparentemente casual; en un pequeño suceso de relativa importancia que le da un matiz especial a lo que estamos viviendo; en una de esas llamadas "casualidades" que pueden hacernos reconsiderar algo que estábamos descartando, etc.

Oír la voz de Dios, especialmente en la lectura meditativa de la Biblia, en los momentos en que estamos más conscientes y sensitivos a lo espiritual, como son los momentos de la mañana, al solo levantarnos. Buscarle en la oración, que no es más que hablar con Dios, en toda ocasión y circunstancia en que necesitamos de Él... Que prácticamente es ¡siempre!

Descubramos la suficiente gracia divina

Este también es un buen consejo respecto a qué hacer con lo que no podemos cambiar.

San Pablo descubrió la gracia divina, por invitación expresa del Señor, cuando le dijo:

*"Te basta con mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad."
2 Corintios 12:9*

Y efectivamente, la gracia divina suple lo que nos falta en términos de fortaleza, victoria, sabiduría, discernimiento, etc. La gracia divina nos puede enseñar a convivir amablemente con lo que no podemos cambiar. Es la gracia de Dios, la que nos puede llevar a agradecer inclusive lo que en otro tiempo fue la cruz y la carga más pesada.

Gracia de Dios. Que se descubre en la oración, en el dejarse invadir y conquistar por la Palabra de Dios. Gracia, que nos puede hacer sonreír donde antes llorábamos; que nos puede

hacer prorrumpir en alabanzas donde antes éramos solo exclamación de amargura.

Amigo(a), busque usted la gracia de Dios en lo malo que le sucede. Pregunte por ella, y pídale al Señor. Búsquela en las páginas de la Biblia. Pregunte por ella con insistencia en los obligados momentos de oración. Y créalo, al final, con toda seguridad usted la encontrará, y se dará cuenta que yo tenía razón al darle este consejo.

Enfoquemos las debilidades y dolores en la mejor perspectiva

¿Y cuál es la mejor perspectiva? ¡La que se acompaña de la fe y la esperanza, y no del pesimismo y el fatalismo!

Lo cierto es que superar debilidades y dolores, en gran parte depende de uno mismo. Sí, depende de con qué ojos mire, observe e interprete lo que nos sucede. Si uno así lo quiere, y así lo decide, la vida puede parecer una tragedia continua; pero si uno lo quiere, la vida puede verse de otra manera. Es asunto de cómo cada cual interpreta y valora lo que mira.

A San Pablo se le dijo claramente que no le sería quitada esa espina clavada en el cuerpo, ese mensajero de Satanás; pero esa negativa divina no implicaba que quedaría viviendo en sufrimiento y opresión. Dios le enseñó que se puede ser libre a pesar de las cadenas; que se puede experimentar gozo, a pesar del quebranto; que se puede entonar cantos victoriosos de alabanza, aun teniendo los pies apresados en el cepo.

Entonces, amigo(a), deje usted ya de compadecerse con lástima de sí mismo, deje de lamentarse por lo que no puede cambiar. Enfoque su situación desde una nueva óptica, la óptica de la fe; la cual puede mostrarle caminos donde no los hay, puede traerle luz en medio de las tinieblas, y puede traerle fortaleza, en los momentos y las situaciones de mayor debilidad.

Capítulo 8

UNA ESPINA CLAVADA EN EL CUERPO

Volviendo al pasaje en la Segunda Carta a los Corintios, Capítulo 12, Versículos 7 al 10, que leímos y comentamos en el capítulo anterior, vemos a San Pablo experimentando el quebranto y la frustración derivado de eso que él llamó: "*una espina clavada en el cuerpo*"; y se refirió de manera especial en esa porción de su carta, a que fue Dios, en Su soberanía, quien permitió esas fuentes de aflicción.

Lo mismo sucede con todos. Dios, quien no da explicaciones por todo lo que hace y permite, deja que aparezcan en nuestro escenario de vida ciertas aflicciones, que pueden llegar a sentirse como verdaderas espinas clavadas en nuestro costado, o como verdaderos mensajeros del maligno, trayendo desaliento y opresión.

Quizás usted se pregunte: ¿con qué propósitos permite Dios esas aflicciones, que llegan a sentirse como espinas clavadas en el cuerpo? Considere estas respuestas a su interrogante.

¿CON QUÉ PROPÓSITOS PERMITE DIOS UNA ESPINA CLAVADA EN NOSOTROS?

Hay siete propósitos divinos. En primer lugar, y ya se dijo en el capítulo anterior:

Para tratar con nuestro ego

Nuestro yo interno, nuestro ego, puede ser el mayor y más grande enemigo que tenemos. Aun San Pablo, considerado uno de los grandes paladines de la fe cristiana, escribió con total transparencia, refiriéndose a su ego, lo siguiente:

"Para evitar que me volviera presumido por estas sublimes revelaciones, una espina me fue clavada en

el cuerpo, es decir, un mensajero de Satanás, para que me atormentara.”
2 Corintios 12:7

Se trata de un mal, para hacer un bien. Hay males mayores y males menores. Pues bien, Dios permite males menores, aunque duelen, para evitarnos males mayores a futuro. Ya en un capítulo anterior, dejamos establecido que Dios permite ciertas dosis de sufrimiento en nosotros, con el fin de evitarnos males mayores a futuro.

“Dichoso aquel a quien tú Señor corriges... para que enfrente tranquilo los días de aflicción.”
Salmos 94:12-13

Así es que, en vez de quejarse o altercar con la soberanía divina, revise en cuál área de su Yo pudiera estar Dios, tratando con las pruebas que permite pase usted. Si deja que Dios trate con su ego y le enseñe lecciones que necesita aprender, el resultado será favorable y enormemente benéfico para su vida.

Otro propósito divino de una espina clavada en nosotros, es el siguiente:

Para que tengamos un encuentro íntimo y revelador con nuestras flaquezas

San Pablo se dio cuenta de lo que estaba pasando realmente. Sus flaquezas y debilidades estaban siendo expuestas con lo que le estaba sucediendo. Y ese, precisamente, es el descubrimiento que todos podemos hacer en la hora del dolor, al experimentar una espina clavada en nosotros.

No es posible conocer la verdadera esencia de un individuo, si no es a través del sufrimiento. Se hace estrictamente necesario que conozcamos el dolor, para conocer también las áreas de mayor fragilidad en nosotros.

Y no es fácil llegar a este tipo de revelación. Estamos listos y hasta dispuestos a recibir revelaciones de cualquier otro tipo; pero, revelaciones acerca de nosotros mismos, y sobre todo de lo feo y desagradable en nosotros, es difícil aceptar.

Al considerar, a manera de ejemplo, el máximo momento de revelación del profeta Isaías, cuyo relato nos lo ofrece el capítulo seis del libro que lleva su nombre. Se lee así:

"El año de la muerte del rey Usías, vi al Señor excelso y sublime, sentado en un trono; las orlas de su manto llenaban el templo. Por encima de él había serafines, cada uno de los cuales tenía seis alas: con dos de ellas se cubrían el rostro, con dos se cubrían los pies, y con dos volaban. Y se decían el uno al otro: «Santo, santo, santo es el Señor Todopoderoso; toda la tierra está llena de su gloria.» Al sonido de sus voces, se estremecieron los umbrales de las puertas y el templo se llenó de humo. Entonces grité: «¡Ay de mí, que estoy perdido! soy un hombre de labios impuros...»"
Isaías 6:1-5

En la primera parte de la revelación, podemos decir que todo es bueno y verdaderamente aceptable, y lo consideramos más bien como algo que todos queremos y buscamos. Pero la segunda parte de la revelación, tiene que ver con algo de lo cual todos huimos, y es la revelación de la insignificancia, pecaminosidad y fragilidad nuestra.

Nadie, absolutamente nadie, quiere saber de la parte fea y desagradable de su persona. De muchas maneras, vivimos huyendo de ese encuentro. Somos como modernos adanes, escondiéndonos al ser perseguidos por la culpa y la indignidad que nuestra conducta pecaminosa nos produce.

Pero, aunque no nos guste, es necesario, como en el caso de Isaías, ese encuentro con nuestra fragilidad. Solo así estaremos listos para los capítulos buenos y gloriosos que esperan por cada uno de nosotros.

Otro propósito divino al permitir una espina clavada en nosotros:

Para inducirnos a la búsqueda profunda de Dios

San Pablo dijo: *"Tres veces le rogué al Señor que me la quitara"* (2 Corintios 12:8). Este no es más que el testimonio de la búsqueda de Dios, a la cual tuvo que dedicarse el apóstol mientras trataba de hallar salida y respuesta a su encuentro con el dolor y la debilidad.

A nosotros siempre nos pasa lo mismo. Cuando nos vemos acorralados por la adversidad; cuando se acaban las teorías acerca de lo que nos acontece; cuando se agotan las propuestas

de solución y salida a una crisis; cuando no queda nadie para darnos aliento y apoyo, solo entonces, nos volvemos al Señor.

No debiera ser así. Debiéramos comenzar de otro modo, al revés; debiéramos comenzar buscando a Dios como primer asunto y esfuerzo primario en la búsqueda de soluciones a las problemáticas que nos toca enfrentar y vivir. Pareciera, más bien, que es una proclividad e inclinación intrínseca del humano dejar a Dios para el final, cuando todo lo demás ya fue intentado y no hubo solución. Pero el caso es que, temprano o tarde, nuestros dolores nos impulsan e impelen a buscar a Dios de todo corazón.

Todavía se oye fresca y reciente la invitación divina por medio del profeta, cuando dijo:

*"Vuelvan a mí y sean salvos, todos los confines de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay ningún otro."
Isaías 45:22*

Por todo esto, amigo(a) lector(a), acérquese a Dios de todo corazón. Santiago, el escritor bíblico, lo dijo claramente en su carta:

*"Así que sométanse a Dios. Resistan al diablo, y él huirá de ustedes. Acérquense a Dios, y él se acercará a ustedes. ¡Pecadores, límpiense las manos! ¡Ustedes los inconstantes, purifiquen su corazón!"
Santiago 4:7-8*

Ya se dijo antes, pero insisto: Otro propósito divino con permitir una espina clavada en nosotros, es:

Para que conozcamos la gracia de Dios

Es necesario que lleguemos al siguiente convencimiento y conclusión: La dicha y la felicidad, no se circunscriben a tener todo lo que queremos y todo lo que pedimos. Tan cierto es esto, que a lo largo de mi vida he tenido que aprender a decir esta oración: "Señor, te doy gracias porque no me darás todo lo que quiero; pero sí me darás todo lo que necesito". Y es que lo que queremos y lo que en verdad necesitamos, no necesariamente son lo mismo, ni van en la misma dirección.

Viendo mi vida en retrospectiva, llego a la siguiente conclusión: Si Dios hubiera respondido afirmativamente todas mis plegarias y peticiones... ¡me hubiera matado! Digo esto

porque muchas veces pedí sin discernimiento, como dice la Sagradas Escrituras: "...*Para satisfacer mis propias pasiones*". (Santiago 4:3) ¡Quién sabe en cuántas ocasiones habré pedido, como dice San Pablo, sin saber lo que en verdad convenía! Gracias a Dios que el Espíritu Santo intercede por nosotros; por lo cual es posible que, en más de una ocasión, haya tenido que decir al Padre: "*No le hagas caso; no respondas esa oración porque, no sabe lo que pide*". Romanos 8:26-27).

Entonces, ¡a encontrarse con la gracia de Dios! A pesar de lo que esté pasando, y a pesar de que el Señor no le complazca en lo que usted está pidiéndole. Esto, en pocas palabras, es haberse refugiado en la gracia de Dios.

Para atraer el poder de Dios sobre nosotros

Este es otro de los propósitos cuando tenemos que vivir con una espina clavada en el costado. En el pasaje de la Segunda Carta a los Corintios que hemos venido comentando, se lee: "*Pero él me dijo: "Te basta con mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad*". (2 Corintios 12:9) Note usted amigo(a), que el factor que atrae al poder de Dios, es precisamente la debilidad. Y si hay elemento que alcanza el poder perfeccionador de Dios, es justamente la debilidad humana.

Todo esto es parte de la misma gracia de Dios. Digo esto, porque se supone que nuestra debilidad, en mucho, es colindante con nuestro fracaso moral y pecaminosidad; y es casi lo peor que podemos mencionar, tratándose del ser humano. Pero Dios, es tan bueno y tan fiel, que nos garantiza que Su poder estará disponible para nosotros en la hora más difícil, que es la hora del encuentro con nuestra debilidad.

Dios pudiera rechazarnos por causa de nuestras insignificancias y fragilidades, pero no lo hace. Al contrario, Él dispone cuotas maravillosas de poder, para perfeccionar todo aquello en nosotros que evidencia deterioro e imperfección. ¿No es un Dios en verdad maravilloso? ¡Claro que lo es!

De allí que en las situaciones en que se supone no estamos aptos para una buena relación con Dios, que por lo general es cuando la debilidad se presenta y manifiesta, Él se encarga de venir a nuestro amparo, y se constituye en la fortaleza que no tenemos, en la perfección que no está en nosotros, en la parte que completa nuestro ser y en aquello que nosotros no podemos producir ni provocar.

Creo que a este punto conviene decir, al igual que San Pablo:
"...Por lo tanto, gustosamente haré más bien alarde de mis debilidades, para que permanezca sobre mí el poder de Cristo."
2 Corintios 12:9

Eso no significa un gusto morboso y perverso por nuestras debilidades, sino encontrar el remedio divino de salvación, para todo aquello que nos recuerda de forma desagradable y brutal que somos vasijas de barro, defectuosas y vulnerables.

Un propósito divino más en lo que concierne a tener una espina clavada en nosotros:

Para cambiar nuestra perspectiva de la vida

En el verso 10 que continúa en el pasaje antes leído, San Pablo hace una poderosa y explosiva declaración:

"Por eso me regocijo en debilidades, insultos, privaciones, persecuciones y dificultades que sufro por Cristo; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte."

2 Corintios 12:10

No se trata de una insensatez e irracionalidad de su parte; se trata simplemente, del grito jubiloso de quien ha encontrado una salida legítima a su debilidad, y no un mero escapismo. Ello conduce a San Pablo a un total y nuevo enfoque de vida. Se da cuenta que lo que es tragedia en un momento determinado, puede ser considerado de otro modo, como visitación divina y encuentro con la gracia de Dios. Y eso le llena de regocijo liberador.

Esto, definitivamente, rompe con todo fatalismo y con la oscura visión de la vida. Esto, como nueva y poderosa convicción de vida, nos aleja del enfoque pesimista sobre los acontecimientos de la existencia humana.

Estoy seguro, querido(a) amigo(a), que si usted renuncia a toda lástima de sí mismo y a toda visión fatalista de su historia, encontrará que su perspectiva, fundida con la perspectiva de la Palabra de Dios, le conducirá amablemente de la mano, a un enfoque de vida renovado y redimido. Esto, en mucho, hará de usted una nueva persona.

Por último, un propósito divino más al permitir en nosotros una espina clavada, es:

Para que encontremos victoria en la debilidad

¿Qué? Quizás reaccione asombrado usted, y se pregunte: ¿Acaso es posible encontrar victoria en la debilidad? Pues sí, y justamente es San Pablo quien lo dice así:

“Por lo tanto, gustosamente haré alarde de mis debilidades... Me regocijo en debilidades...”

2 Corintios 12:9-10

¿Qué está diciendo y proponiendo San Pablo? ¿Qué encontraremos gusto y regocijo en lo más próximo a nuestras maldades, como lo son nuestras debilidades? ¡Por supuesto que no!

Lo que San Pablo está proponiéndose, y proponiéndonos, es:

- Que, en Cristo, en Su intervención y llegada, en Su gracia infinita y su poder perfeccionador, podemos encontrar la mejor salida al embotellamiento moral y espiritual que estemos experimentando.
- Que Cristo es y representa la mayor y más grande redención para el género humano.
- Que en Cristo estamos completos y cabales, a pesar de no ser perfectos; y que, aunque no somos perfectos, somos perfeccionados por el poder de Dios.
- Que hay esperanza donde no pensábamos que podía haberla.
- Que hay liberación donde estábamos completamente acorralados.
- Que, aunque estemos contra la espada y la pared, siempre Dios tiene consuelo y solución para nosotros... ¡Siempre, siempre, en todo caso y situación!

Capítulo 9

UN VASO QUEBRADO: EL QUEBRANTO EN LA VIDA HUMANA

"Pero tenemos este tesoro en vasijas de barro para que se vea que tan sublime poder viene de Dios y no de nosotros."

2 Corintios 4:7

En esta breve declaración, San Pablo expone la realidad de la fragilidad humana. Y note usted, amigo(a) lector(a), que la frase aparece precedida con un "pero". La razón es obvia, la flaqueza humana es todo un "pero" para nosotros. Si hay algo difícil de entender y de aceptar, es precisamente lo que concierne a nuestra humana debilidad.

A lo largo de la vida vamos adquiriendo la rara idea y concepción de que todo lo podemos; pero ella misma se encarga de convencernos de todo lo contrario. Y por lo general, ese convencimiento forzado viene a través de las tribulaciones y las adversidades que experimentamos. En el pasaje, San Pablo nos aclara algunos propósitos y razones de porqué es así.

Lo primero tiene que ver con la demostración de la fuente de todo poder. Dice que las vasijas son de barro para que se vea y se demuestre de dónde, exactamente, viene el poder. Esto es consecuencia de que Dios no comparte Su gloria con nadie. Y por extraordinario que sea lo que el humano puede hacer, al final siempre queda demostrado que todo lo que el hombre hace, es por simple y pura gracia de Dios.

Sin embargo, muchos no lo quieren ver de ese modo, y prefieren forcejear —aun con Dios— tratando de ganar alguna gloria en lo que son y en lo que hacen. Esto no le deja a Dios más remedio que permitir ciertas adversidades en la vida de cada individuo, para que pueda admitir sin lugar a dudas que no es más que una simple y frágil criatura.

Los humanos de alguna manera incubamos los mismos deseos del ángel de luz, que sufrió su caída precisamente por esa causa. Y de igual manera, ese anhelo, que lleva algo impuro en esencia,

nos hace tropezar y caer, demostrándose así que estamos hechos de barro solamente.

El rey David describe sus quebrantos y lleva este dramático clamor a su máxima expresión, al escribir lo siguiente:

"Tenme compasión, Señor, que estoy angustiado; el dolor está acabando con mis ojos, con mi alma, icon mi cuerpo! La vida se me va en angustias, y los años en lamentos; la tristeza está acabando con mis fuerzas, y mis huesos se van debilitando. Por causa de todos mis enemigos, soy el hazmerreír de mis vecinos; soy un espanto para mis amigos; de mí huyen los que me encuentran en la calle. Me han olvidado como si hubiera muerto; soy como una vasija hecha pedazos."

Salmos 31:9-12

Una vasija hecha pedazos. Es la forma como David logra graficar sus dolores, quebrantos y frustraciones. Y así suele sucedernos a todos. La vida, tarde o temprano, se encarga de demostrarnos cuán débiles somos, y nos convierte, literalmente, en vasos quebrados.

Pero no todo esto tiene que ser tragedia sin sentido. Hay propósitos divinos maravillosos con el quebranto humano. Veamos a continuación el sentido que tiene para Dios ciertos sufrimientos nuestros.

LO QUE DICE LA BIBLIA SOBRE EL QUEBRANTO HUMANO

Hay dos grandes revelaciones en la Biblia acerca del quebranto, que traen consuelo y sentido a los dolores que nos toca experimentar. Considerémoslas.

El quebranto es una preciosa ofrenda a los ojos de Dios

El Salmo 51, refiriéndose a Dios, expresa lo grandioso de un espíritu quebrantado presentado como ofrenda.

"Tú no te deleitas en los sacrificios ni te complacen los holocaustos; de lo contrario, te los ofrecería. El

*sacrificio que te agrada es un espíritu quebrantado;
Tú, oh Dios, no desprecias al corazón contrito y
arrepentido.”*
Salmos 51:16-17

Pensemos en términos de holocaustos y sacrificios de cara a un altar. Esto representa una de las concepciones más antiguas en lo que se refiere a religión y relación del hombre con Dios. Desde Caín y Abel, quienes fueron los primeros en ofrecer algún tipo de ofrenda y sacrificio, hasta las diversas conductas en las religiones del mundo de hoy, las ofrendas y los holocaustos han estado presentes.

Pero en este pasaje vemos a David adentrándonos en una verdad superior: Dios no está interesado en la clase de sacrificios que por lo general los humanos ofrecemos; Dios no quiere granos, ni animales; Dios no pide nada material que nosotros pudiéramos tener y ofrecerle. Por sobre cualquier cosa a mencionar, Dios se agrada de un espíritu quebrantado.

Y notemos las palabras específicas que utiliza David en este pasaje. No solo dice que esto agrada a Dios, sino que añade que Él no desprecia un corazón contrito y humillado.

¡Esto es maravilloso! Significa que no importa cuánta cosa me falte, hablando de lo material, hay algo que siempre tengo a mi disposición para poder agradar a Dios: ¡Un corazón quebrantado!

¿Hace cuánto no ofrece su quebranto al Señor? ¿Será que ha estado quejándose, reclamando y lamentándose por lo malo que le ha sucedido, en vez de utilizarlo como una manera de agradar a Dios?

Nuestro dolor puede ser, entonces, insumo para hacer germinar nuestra relación con Dios. Pero para lograrlo tenemos que romper con esa idea sistemáticamente inculcada en la predicación contemporánea de que sufrir algún quebranto es una indicación de que Dios no está con nosotros, y que es síntoma y señal de haber perdido la unción.

Lo que esta porción bíblica nos enseña, muy por el contrario, es que si hay algo que asegura que Dios se conmueva a nuestro favor, es venir a Él con un corazón humillado y quebrantado, ya que eso, justamente, ¡Dios jamás lo desprecia!

La otra verdad suprema acerca de nuestros quebrantos es la siguiente:

El quebranto humano atrae la presencia de Dios y su salvación

Es por boca del profeta Isaías, que el Señor así lo declara:

"Porque lo dice el excelso y sublime, el que vive para siempre, cuyo nombre es santo: «Yo habito en un lugar santo y sublime, pero también con el contrito y humilde de espíritu, para reanimar el espíritu de los humildes y alentar el corazón de los quebrantados.»"
Isaías 57:15

Según este pasaje, Dios tiene dos sitios seguros de residencia, en donde hace reposar Su Presencia. Uno, en el lugar de la máxima santidad, donde seguramente los humanos no tenemos acceso; lugar tan santo y especial, en el que no cabemos los humanos con nuestras insignificancias, fragilidades y proclividades al mal.

Y el otro lugar de residencia de Dios, ¡resulta asombroso! Uno diría que ese sitio debiera ser como el primero, alto y sublime. Pero no, resulta más bien un lugar extraño: El quebranto del corazón humano. Esta revelación deja sin aliento, y cuesta en verdad hacerle algún análisis a esta escogencia divina.

El caso es que Dios ha decidido hacer reposar Su Presencia y hacer morada en dos lugares opuestos entre sí: El lugar sublime, de la máxima santidad; y el lugar del máximo dolor, el corazón humano.

Esto de paso nos ofrece la imagen de un Dios cercano a nosotros. No un Dios ajeno, mitológico, que vive aislado en los sitios de máxima seguridad celestial, o en lo más santo donde tiene puesto su trono. Nos presenta más bien a un Dios que quiere hacerse presente en los escenarios de nuestras luchas; allí donde se escribe la historia de nuestros quebrantos y dolores.

¡Maravilloso conocimiento! ¡Dios habita en medio de nuestro quebranto! Quizás pensando en revelaciones y verdades como ésta, es que David expresó en cierta ocasión:

"Conocimiento tan maravilloso rebasa mi comprensión; tan sublime es que no puedo entenderlo."
Salmos 139:6

Ahora, la pregunta que se hace necesaria a partir de este punto es la siguiente.

¿CÓMO VIENE EL QUEBRANTO A NOSOTROS?

Veamos algunas respuestas a esta interrogante:

Por el rompimiento de nuestra suficiencia

La persona de Pedro, apóstol de Jesucristo, nos da la evidencia cabal y completa de cómo viene el rompimiento de la suficiencia humana. Sigámosle en algunos relatos tomados de los evangelios.

"Aunque todos te abandonen —declaró Pedro— yo jamás lo haré."

Mateo 26:33

Los humanos, sin excepción, creemos poder más de lo que en realidad podemos. Y mientras vivimos fuera del umbral de la prueba, somos capaces de ofrecer, hasta lo imposible. Ello sucede debido a una percepción errónea acerca de nuestra capacidad y poder.

Aquí encontramos a Pedro, como digno representante del género humano. Arrogante, engreído, viendo a los demás como tontos y débiles; pensando que él, sí, todo lo puede. Engañado, creyendo que aun Jesucristo va a necesitar de él en la hora suprema.

¿No le parece conocida esta manera de expresión? Debería parecérselo, ya que encarna la conducta típica de nosotros los humanos, que creemos poder llegar más allá de lo que nuestras fuerzas y capacidades reales nos permiten.

Sigamos leyendo. Pasemos a otro pasaje en la Biblia más adelante, siempre en el evangelio de Mateo, en el Capítulo 26:

"Los que habían arrestado a Jesús lo llevaron ante Caifás, el sumo sacerdote, donde se habían reunido los maestros de la ley y los ancianos. Pero Pedro los siguió de lejos hasta el patio del sumo sacerdote. Entró y se sentó con los guardias para ver en qué terminaba aquello."

Mientras tanto, Pedro estaba sentado afuera, en el patio, y una criada se le acercó. —«Tú también estabas con Jesús de Galilea» —le dijo. Pero él lo negó delante de todos, diciendo: —«No sé de qué estás hablando.»

Luego salió a la puerta, donde otra criada lo vio y dijo a los que estaban allí: «Este estaba con Jesús de Nazaret.»

Él lo volvió a negar, jurándoles: «¡A ese hombre ni lo conozco!»

Poco después se le acercaron a Pedro los que estaban allí y le dijeron: «Seguro que eres uno de ellos; se te nota por tu acento.»

Y comenzó a echarse maldiciones, y les juró: «¡A ese hombre ni lo conozco!»

En ese instante cantó un gallo. Entonces Pedro se acordó de lo que Jesús había dicho: «Antes de que cante el gallo, me negarás tres veces.»

Y saliendo de allí, lloró amargamente.”

Mateo 26:57-58, 67-75

¡Cómo terminan el engaño, el orgullo y la suficiencia humana! Siempre es así. El quebranto humano, en muchos casos —en demasiados, diría yo— viene como resultado del necesario rompimiento de nuestra suficiencia.

Por la confrontación con nuestra imperfección y pecaminosidad

Parece también que Dios necesita arrinconarnos, para hacernos conscientes de nuestra imperfección y pecaminosidad. Tengo la impresión de que los humanos vivimos en una carrera interminable, tratando de huir del reconocimiento, no solo de nuestra imperfección, sino también de nuestra pecaminosidad.

San Pablo, en su Carta a los Romanos, explicó esa necesaria confrontación del ser humano con su imperfección y su pecado. De su propia experiencia personal, escribió:

"No entiendo lo que me pasa, pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco. Ahora bien, si hago lo que no quiero, estoy de acuerdo en que la ley es buena; pero, en ese caso, ya no soy yo quien lo lleva

a cabo sino el pecado que habita en mí. Yo sé que en mí, es decir, en mi naturaleza pecaminosa, nada bueno habita.

Aunque deseo hacer lo bueno, no soy capaz de hacerlo. De hecho, no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero. Y si hago lo que no quiero, ya no soy yo quien lo hace sino el pecado que habita en mí. Así que descubro esta ley: que cuando quiero hacer el bien, me acompaña el mal. Porque en lo íntimo de mi ser me deleito en la ley de Dios; pero me doy cuenta que en los miembros de mi cuerpo hay otra ley, que es la ley del pecado. Esta ley lucha contra la ley de mi mente, y me tiene cautivo. ¡Soy un pobre miserable! ¿Quién me libraré de este cuerpo mortal?"

Romanos 7:15-24

Esto, en ninguna manera es retórica. Esto, jamás será mero razonamiento filosófico. Al contrario, envuelto en el drama de su propia persona y circunstancias, Pablo comparte el desalentador hallazgo de la imperfección y pecaminosidad humana.

¿Cómo podría uno descubrir semejante verdad, si no es por la vía de la clara revelación de sí mismo y de la naturaleza que encarna? ¿Cómo puede uno hablar en semejante forma, si no es como producto de la revelación de la tragedia del pecado en la vida humana?

No creo que a Pablo le resultó fácil llegar a este punto de revelación. Digo esto porque incluye una dramática expresión acerca de sí mismo. "¡Soy un pobre miserable!", son las palabras con las que describe su condición; y estas solo pueden surgir al haber olfateado el olor nauseabundo del pecado en su propia persona.

Y ahora, en un total cambio de dirección veamos otra fuente de quebranto para el ser humano. Es la que sigue a continuación:

Por la revelación de la grandeza de Dios, que hace contrastar nuestra pequeñez

Un relato extraordinario del evangelio de Lucas, nos ofrece elementos para tal propuesta y declaración. Veamos a continuación:

"Un día estaba Jesús a orillas del lago de Genesaret, y la gente lo apretujaba para escuchar el mensaje de

Dios. Entonces vio dos barcas que los pescadores habían dejado en la playa mientras lavaban las redes. Subió a una de las barcas, que pertenecía a Simón, y le pidió que la alejara un poco de la orilla. Luego se sentó, y enseñaba a la gente desde la barca.

Cuando acabó de hablar, le dijo a Simón: «Lleva la barca hacia aguas más profundas, y echen allí las redes para pescar.»

«Maestro, hemos estado trabajando duro toda la noche y no hemos pescado nada —le contestó Simón—. Pero como tú me lo mandas, echaré las redes.»

Así lo hicieron, y recogieron una cantidad tan grande de peces que las redes se les rompían. Entonces llamaron por señas a sus compañeros de la otra barca para que les ayudaran. Ellos se acercaron y llenaron tanto las dos barcas que comenzaron a hundirse.

Al ver esto, Simón Pedro cayó de rodillas delante de Jesús y le dijo: «¡Apártate de mí, Señor; soy un pecador!»

Lucas 5:1-8

Encontrarse con el poder de Dios, produce este contrastante efecto en el ser humano: Revelación de su pequeñez y de su pecaminosidad. Interesante reacción la de Pedro. No expresó el típico grito evangélico: ¡Gloria a Dios!; más bien, sintiendo su pequeñez y su pecado, con miedo pidió al Señor que se apartase de él.

De allí la importancia de que el humano se encuentre con Dios y conozca Su poder. Porque, además de los propios beneficios de tal experiencia, trae como segundo producto el encontrarse de paso con el pecado propio, lo cual siempre es con fines de redención.

Sin embargo, y contrario a lo que aquí se expone, ¡cuántos creyentes evangélicos viven de encuentro en encuentro con el poder de Dios, sin que ello le lleve a la revelación de su imperfección y pecaminosidad!

Esto me hace asumir, que muchos creyentes que corren de campaña en campaña y de evento en evento, solo ven el poder de Dios como una forma de consumismo espiritual, y no como debiera ser: La ocasión para descubrir nuestra imperfección y

pecado, y ser liberados de la esclavitud que dicha condición produce en nosotros.

Por último, también el quebranto humano, viene por este otro rumbo:

Es resultado del trato de Dios al ego inflamado por el orgullo

Dijo el salmista:

*"Me hizo bien haber sido afligido, porque así llegué a conocer tus decretos. Para mí es más valiosa tu enseñanza que millares de monedas de oro y plata."
Salmos 119:71-72*

Aquí, el salmista reconoce otra fuente y otra vía para llegar al conocimiento de Dios y a la plenitud de vida. Se refiere al quebranto en su vida.

Dice que en verdad le hizo bien el haber sido afligido. «¿Y acaso hay alguna aflicción que valga la pena, como para agradecer por ella?», quizás se pregunte usted. Pues efectivamente sí. Y es la aflicción que tiene sentido y provecho.

Es con este propósito que se escribe este libro. Para ayudarle a ver, querido lector(a), que no todo fuego es malo, que no todo quebranto es tragedia, y que no toda desventura es absurda.

Imagínese usted, amigo(a) que lee estas páginas, el hecho de llegar a conocer a Dios y sus estatutos, por la vía de las aflicciones y las adversidades de la vida. ¡Sencillamente maravilloso! Pero por supuesto, sin olvidar que esa adversidad y quebranto, tiene que ver con el trato a nuestro ego, el que por lo general se inflama con orgullo... lo que a final de cuentas requiere el trato de Dios.

San Pedro expuso esta experiencia del creyente en las palabras que leemos a continuación:

*"...Revístanse todos de humildad en su trato mutuo, porque "Dios se opone a los orgullosos, pero da gracia a los humildes". Humíllense, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él los exalte a su debido tiempo."
1 Pedro 5:5-6*

Esta advertencia de que Dios se opone a los soberbios, debe ser tomada suficientemente en serio por nosotros. ¡Y vaya

palabra: ¡Se opone! Significa que Dios se pondrá en estado de guerra, por mucho que nos ame, si dejamos al orgullo invadir nuestro corazón y actitudes.

Esto es lo que no entienden ni quieren entender muchos cristianos. Creen, erróneamente, que Dios solo está para complacer sus necesidades, anhelos y deseos.

Y no se dan cuenta de que Dios también asume la responsabilidad de Padre para con nosotros, sus hijos.

¡Y tengamos por seguro, que va a tratar con nuestro ego! Sobre todo, cuando el orgullo, que es algo que Dios abomina, inflame nuestro corazón. Entonces vendrá el quebranto; pero será un quebranto y un trato, por y con amor, para librarnos del mal por nosotros mismos provocado.

Entonces, querido(a) amigo(a), opte por aceptar que también pasará por algunas horas de trato y quebranto, en las cuales Dios resistirá en usted aquello que no está bien, para al final hacerle bien y llevarle —como diría el salmista— a tierra de rectitud.

Capítulo 10

FORMAS DE SUFRIMIENTO INÚTIL

Inútil, es todo aquello que carece de propósito; algo que no tiene sentido, por lo que no vale la pena luchar y sufrir. Así, en la vida de todo individuo, hay una cantidad notable de sufrimiento ocasionado por sí mismo, un sufrimiento que puede ser catalogado como desperdicio. A esta forma de sufrimiento se le puede llamar: Sufrimiento Inútil.

El salmista nos grafica el cuadro de alguien deprimido, envuelto en la penumbra del dolor, que de pronto descubre que en lo que le está pasando hay mucho de sufrimiento inútil. Sigamos con atención la lectura del pasaje a continuación.

"Sálvame, Dios mío, que las aguas ya me llegan al cuello. Me estoy hundiendo en una ciénaga profunda, y no tengo donde apoyar el pie. Estoy en medio de profundas aguas, y me arrastra la corriente. Cansado estoy de pedir ayuda; tengo reseca la garganta. Mis ojos languidecen, esperando la ayuda de mi Dios. Oh Dios, tú sabes lo insensato que he sido; no te puedo esconder mis transgresiones. Señor soberano, todopoderoso, que no sean avergonzados por mi culpa los que en ti esperan; oh Dios de Israel, que no sean humillados por mi culpa los que te buscan."

Salmos 69:1-3, 5-6

Este es el cuadro completo del sufrimiento inútil. Caracterizado en esta imagen, básicamente por dos rasgos predominantes: Uno, se trata de un sufrimiento provocado por el hombre mismo, un sufrimiento del cual no puede culpar a nadie más que a sí mismo; y el otro, que alcanza con sus efectos negativos a otras personas, que es por lo que clama este hombre: ¡que sean librados los que no tienen por qué padecer, ya que no tienen la culpa por los errores por él cometidos!

FORMAS DE SUFRIMIENTO INÚTIL

Esta condición puede tomar formas diversas, de acuerdo a las circunstancias propias de cada individuo. No obstante, haremos la presentación al menos de algunas formas de sufrimiento inútil, sin intentar, por supuesto, cubrir las posibilidades de manera total.

Leamos a continuación un relato bíblico que nos auxiliará para el propósito antes expuesto.

"Mientras tanto, el hijo mayor estaba en el campo. Al volver, cuando se acercó a la casa, oyó la música del baile. Entonces llamó a uno de los siervos y le preguntó qué pasaba. «Ha llegado tu hermano —le respondió—, y tu papá ha matado el ternero más gordo porque ha recobrado a su hijo sano y salvo.» Indignado, el hermano mayor se negó a entrar. Así que su padre salió a rogarle que lo hiciera."
Lucas 15:25-28

El escenario: Una familia en donde el desencuentro, la frustración y el sufrimiento inútil se han hecho presentes. Y aquí, aunque no lo parezca en una primera lectura del pasaje, se encuentran de manera puntual y casi sistemática algunas formas de sufrimiento inútil, y que a continuación ofrezco.

Son formas de sufrimiento inútil:

Sufrir por lo que consideramos injusticias de la vida

El muchacho de la historia, reclama por algo que le parece injusto. Creo que en su reclamo refleja al género humano, ya que todos actuamos y reaccionamos tal como él, ante todo aquello que consideramos injusto.

¿Quién no ha vivido alguna forma de injusticia? ¿A quién no se le ha hecho alguna vez algo inmerecido? Creo que no hay ni una tan sola persona que no haya pasado por esa dura prueba.

Pero llamo a esto una forma de sufrimiento inútil, precisamente, porque no tiene sentido sufrir por algo así. Digo esto, porque cuando sentimos algo como injusto para nosotros, sobran las explicaciones que pudieran darnos.

Revisemos cuidadosamente el caso del muchacho del relato. Hay justificaciones para su reclamo; lo que está pasando, aunque no va dirigido en contra suya de manera directa, con razón o sin

ella, el asunto le afecta, y eso es lo que cuenta para él. Igual pasa con nosotros cuando estamos en semejante situación.

Por lo general, consideramos algo injusto cuando no se nos tomó en cuenta, cuando no se pensó en cómo eso podría afectarnos en lo personal, cuando hubo cierta indiferencia para con nuestro sentir y pensar, etc. Las razones pueden ir mucho más allá de lo que estoy expresando y proponiendo. Pero no debemos perder de vista que: Ante las injusticias de la vida, nadie nos dará explicaciones aceptables. Ante lo malo que acontece y lo que nos afecta, nunca las razones serán suficientes. Sencillamente, sufriremos sin remedio ante lo que consideramos injusto.

Pero, ¿qué hacer, entonces? Me parece que una decisión simple, a raja tabla, es lo que conviene. Tal decisión es ésta: Ya no sufrir por ello. Dejar de llorar por lo sucedido. Romper con esa forma de sufrimiento inútil, que nos hunde en el desconsuelo y la desdicha; continuar el rumbo de nuestro destino, a pesar de las injusticias de la vida, las que, por cierto, no comienzan con nosotros ni se acabarán cuando ya no estemos en el escenario terrenal.

Sufrir por los errores ajenos

El muchacho de la historia sufre por los errores, por otros cometidos. En primer lugar, el error de su padre, al hacer fiesta a nombre de alguien que se fue de casa y malgastó la fortuna familiar viviendo perdidamente en francachelas y borracheras en compañías de gente de mala vida. Alguien así, no merece fiesta ni comidas en su honor. Lo que amerita es castigo, duro trato, y pagar por todo aquello que arruinó y echó a perder con sus disconductas. Por tanto, su padre ha cometido un flagrante error, que el muchacho no está dispuesto a dejar pasar.

En segundo término, sufre por su mismo hermano, que asaltó la estabilidad familiar; obligó con su insistencia a tener que dividir la herencia familiar y a tomar decisiones que perjudicaron a todo el marco de esa familia, y trajeron sinsabores a todos, siendo el más perjudicado el propio padre, quien pasó largas temporadas esperando cada mañana en la vereda, por si aparecía el hijo por el cual se afligía. Todo eso producía en el muchacho tal sufrimiento, difícil de soportar.

La pregunta que habrá que hacerse en casos como este, es: ¿Valdrá la pena sufrir por las equivocaciones ajenas? ¿Valdrá la

pena angustiarse por aquello que se encuentra en el ámbito de la voluntad y la decisión de otros?

Amigo(a) lector(a), no sabe usted con cuánta gente me he encontrado en mis labores pastorales, que se han dedicado a sufrir por cosas que no les competen, por situaciones que son simple decisión y escogencia de otros, y por los supuestos errores ajenos.

Sufrir por ello, no vale la pena. Es una forma de sufrimiento inútil que nos lleva a deshacernos internamente, por asuntos que escapan a nuestro control y capacidad. Por tanto, habrá que renunciar a ello, y más bien, tratar con nuestra situación de vida personal; es decir, tratar con los errores y equivocaciones propios, que son el marco justo donde realmente podemos operar cambios, y lograr que las cosas sean diferentes.

Sufrir por las decisiones ajenas

Esta forma de sufrimiento es tan vieja como la humanidad misma. Sufrimos y nos angustiamos por lo que otros deciden, y que no se ve bien a nuestros ojos y parecer.

Mucha de la frustración humana tiene que ver con esto. Aunque no somos diestros ni contamos con la habilidad suficiente para resolver a cabalidad y en buena forma lo nuestro, vivimos metidos en lo que los demás hacen y deciden. ¡Y cómo sufrimos por ello!

Vivimos pendientes de sacar la paja en el ojo ajeno, aunque no tengamos el suficiente discernimiento para extraer la viga que está en el ojo nuestro (Mateo 7:3-4). Pero lo cierto es que, por mucho que nos aflijan, las decisiones ajenas son tal como se dice: ajenas. Y tenemos que aceptarlo de una vez, si es que queremos dejar de sufrir inútilmente.

Lo que uno tiene que decirse para poder lograr emanciparse del dolor por lo que otros deciden, es: No está bajo mi control; no está en el ámbito de mi responsabilidad; no puedo evitar que la gente decida lo que no le conviene; cada cual responderá a Dios y a la vida por sus decisiones y escogencias. No hay remedio. Tiene que ser así.

Lo anterior parece medida descarnada, indiferente, y quizás hasta cínica e irresponsable; pero no lo es. Simplemente, es adoptar la actitud práctica ante la vida; actitud que se tiene que asumir cuando se trata de relaciones interpersonales.

El profeta en la antigüedad lo aclaró para nosotros, cuando explicó que: cada cual pagará por su pecado. El hijo no pagará por los pecados del padre, ni el padre por los pecados del hijo. En sus propias palabras, expresó:

"En aquellos días no volverá a decirse: "Los padres comieron las uvas agrias, Y a los hijos se les destemplan los dientes". Al contrario, al que coma uvas agrias se le destemplan los dientes, es decir, que cada uno morirá por su propia maldad."
Jeremías 31:29-30

Insisto en esto: No es una actitud descarnada e insensible ante los errores ajenos. Es simplemente reconocer que para Dios cada persona será responsable por sus decisiones y actuaciones. Quizás usted preguntará: ¿Y no es responsable altercar un poco con los demás, respecto a sus equivocaciones de vida, sobre todo si uno les puede convencer de sus errores? Sí, pero con este condicionante: Sin sufrir en demasía por los errores de ellos.

Lo que estoy proponiendo no es que nos hagamos de la vista corta respecto a los demás, sino, que dejemos de sufrir inútilmente por lo que los demás hacen y deciden.

Sufrir por lo que se perdió

Esto me hace recordar la muerte de mi padre y la consecuente pérdida de la empresa suya, a la que le dedicó la vida entera, y la que no pudimos evitar entrara en total bancarrota y pérdida con el desaparecimiento físico de mi padre. Una de las insistencias de todos los hijos para con nuestra madre fue, precisamente, que había que dar vuelta a la página, que debíamos aceptar que la empresa se había perdido; que debíamos aprender a vivir sin contar con lo que ya no teníamos.

Es duro tener que aceptar las pérdidas, sean estas humanas o materiales, pero hay que hacerlo. Una norma básica de supervivencia en esta vida, es aprender a superar las pérdidas. Y no la crea usted una norma imposible. Dios ha dotado al espíritu humano de ciertas virtudes y cualidades que emergen en la hora cumbre del dolor y la tragedia; y sí es posible sobreponerse a las pérdidas experimentadas, sobre todo si nos avocamos a Dios en busca de su ayuda.

Pero volviendo al muchacho del relato bíblico, lo encontramos sufriendo por todo aquello malgastado; eso le producía rabia.

Provocaba en él un coraje que se había estado acumulando con el tiempo, y que había andado transpirando mientras trabajaba al lado de su padre; pero que en ese momento explotaba en quejas y reclamos contra la vida, contra los errores cometidos, contra las decisiones mal tomadas, y por cuánta razón y causa le sirviera para desahogarse, por el sufrimiento por todo lo que se había perdido.

La recomendación es simple: ¡No vale la pena, No vale la pena, ¡No vale la pena! Lo que se fue, se fue; lo que se perdió, se perdió; lo que ya no está, no está; lo que se acabó, se acabó; lo que se arruinó, se arruinó. No hay más que hacer. Hay que parar el sufrimiento por algo que no volverá; trátese de una persona, cosa o circunstancia en la que dependíamos para ser felices y que se echó a perder, ¡hay que dejar de sufrir! Tendremos que buscar estabilidad, significado y propósito en algo o alguien más, y ya no en lo que se perdió.

Sufrir por lo que otros alcanzan

Si hay algo que cala profundo y duele mucho, es ver que gente que no lo merece, que no hizo suficientes méritos, alcance éxitos y reconocimientos que nosotros, que sí hemos luchado, que sí nos hemos sacrificado, que sí hemos actuado con integridad y mesura, no alcanzamos.

Pero así es la vida. No nos da explicaciones sobre esto, y tampoco garantiza que el mejor y el que más lo merezca saque el mejor resultado y obtenga el mayor provecho. Más bien, a diario vemos lo contrario: gente injusta que recibe sin derecho; gente de mal proceder que obtiene grandes beneficios.

¿Y qué hacer? ¿Nos vamos a podrir por dentro en nombre de lo que otros inmerecidamente han alcanzado? ¡No tiene sentido en manera alguna! Habrá que tomarlo con cierto estoicismo, y aceptar que la vida humana no es justa. Ya lo dijo el salmista: Sufren los justos, mientras los malvados florecen; ¡esa es la vida!

Con esto no pretendo llevarle a un grado de cinismo a este respecto. Lo anterior no equivale a decir que la vida es un asco. Es más bien, decir que debemos esforzarnos por lo nuestro; es proponer que no vale la pena echarse sobre las espaldas la cruz de la especulación de porqué este tiene y yo no, o de porqué este alcanzó lo que yo no pude alcanzar.

Mi propuesta y consejo tiene que ver, más bien, con liberarse de esos oscuros sentimientos de reclamo ante la vida, que solo merman las fuerzas y provocan desánimo. Que no es bueno hacerse preguntas a este respecto, y que sí es productivo organizar la vida en función del propio camino y la propia responsabilidad. Lo demás, dejemos que corra por cuenta de Dios.

RESULTADOS DEL SUFRIMIENTO INÚTIL

No vaya usted a equivocarse, querido(a) amigo(a), pensando que esta forma de sufrimiento inútil se quedará como condición estacionaria, sin evolución y sin traer subproductos a su vida. Pensar así sería una grave equivocación.

El sufrimiento inútil trae resultados. Nunca se queda en simple sufrimiento. Y esos resultados se pueden ver con toda claridad en el relato bíblico que tenemos de fondo.

¿Qué resultados o subproductos experimentó el muchacho de la historia, a causa de su sufrimiento inútil? Los que a continuación paso a detallar.

Son resultados del sufrimiento inútil:

Aislamiento, marginación

El muchacho de la historia se sintió bloqueado. Se quedó paralizado y no pudo entrar a la casa. Adentro estaban las personas que más él quería; pero sucede que quienes más nos aman, son precisamente quienes con más facilidad nos defraudan y provocan heridas. Así sucedió en esta historia.

Lo que viene a continuación del sufrimiento es aislamiento y marginación, no porque no se ame a las personas alrededor, sino porque no podemos evitarlo. Y nos tornamos resentidos, sin así quererlo; y nos volvemos huidizos con aquellas relaciones significativas y vitales; todo como resultado de estar sufriendo inútilmente.

Protesta, resentimiento

El muchacho de la historia se soltó por completo, y comenzó a vomitar todo aquello que tenía trabado en su corazón, y que le hacía daño. Comenzó a protestar por las injusticias del padre, por su insensibilidad de nunca haberle dado nada, a pesar de

haber trabajado sin descanso y haber sido fiel en todo, sin desobedecerle ni una tan sola vez.

Ahora, ieso se acababa! Ya no quería más ser fiel a su padre. Estaba enojado, resentido, bloqueado emocionalmente. La sola presencia de su hermano le molestaba y removía viejas heridas y dolores que se habían atrincherado en su mente y corazón, y que ahora se soltaban como en avalancha sobre todos los que le rodeaban.

Sí, la protesta y los resentimientos siempre saldrán a chorro, cuando se trate de haber acumulado sufrimiento sin sentido.

Rebeldía

Lo he visto como consejero pastoral: No toda rebeldía es vinculante con el pecado. Hay cierta clase de rebeldía, que es producto del dolor inexplicable y de la frustración. Pero independientemente de que se trate o no de una rebeldía de mala calaña, es rebeldía, a fin de cuentas; y no ayuda en nada ni hace ningún bien.

¡Y qué triste es encontrar el veneno de la rebeldía en el corazón!, cuando surge por el descuido de no haber tratado a tiempo con el sufrimiento inútil en nuestra vida.

La rebeldía nunca es buena y nunca es justificable. Usted puede decir que es porque le han hecho daño y le han defraudado terriblemente; pero jamás, de cara al Cielo, podrá ser justificada. Es un mal producto, es una mala cosecha; y Dios no quiere esto para ninguno de sus hijos. Por tanto, he aquí otra razón más para renunciar al sufrimiento inútil.

Juicio y rechazo

He visto a gente emocionalmente enferma, rechazar y juzgar con dureza a los demás, por razón de un sufrimiento mal manejado.

Volviendo al muchacho de la historia, vemos que comenzó a experimentar malos sentimientos, y a juzgar y censurar fuertemente a su padre y a su hermano, quienes con seguridad eran lo máspreciado y vital en su escenario de vida. Pero así sucede cuando la persona está enferma por causa del sufrimiento; de su enfermedad resultan la frustración y el deterioro de su discernimiento. Alguien en esa condición se torna iracundo, irascible y resentido en grado extremo.

Juicio y rechazo, será entonces lo que vivirá aquella persona que se haya negado a cerrar la válvula del sufrimiento inútil y sin

sentido. Amigo(a), que ese no sea su caso. Y de serlo, procure enfrentarlo correctamente lo más pronto posible.

Amargura

La Biblia dice que solo basta una raíz de amargura, para que haya estorbo y contaminación espiritual en las relaciones. (Hebreos 12:15). Y si hay algo seguro y sin discusión, es que la amargura solo procede del dolor. La amargura viene cuando se viven fracasos, tragedias e injusticias; cuando algo de esto sucede, la amargura, al igual que una raíz, irá arraigándose en nuestro corazón. Como agravante, la amargura, por lo general, no es detectada sino hasta que ha crecido e invadido los planos más importantes de nuestra vida. La amargura, entonces, es indetectable cuando está comenzando a crecer; pero una vez que logra desarrollarse y extenderse, se convierte en una condición muy peligrosa.

Y algo más a este respecto: La amargura no le dejará a usted tener paz ni sosiego. La amargura no le dejará estar bien, no importa lo que esté pasando, ni cuántas bendiciones usted haya alcanzado. Porque la amargura es así, persigue y mata todo lo que es sonrisa, felicidad y dicha, y nunca está dispuesta a convivir con la paz y la reconciliación. ¿Puede usted ver el riesgo y la peligrosidad que la amargura entraña?

FUENTES DEL SUFRIMIENTO INÚTIL

Además de los resultados de esto que se ha denominado sufrimiento inútil, también será conveniente elaborar una lista de las fuentes de esa clase de sufrimiento. Las fuentes tienen que ver con todo aquello que se constituye en causa y origen; de allí que consideraremos las posibles procedencias de esa forma de sufrimiento carente de significado y provecho, que estamos llamando inútil.

El mismo relato bíblico que hemos estado estudiando, nos da los elementos necesarios para establecer criterios y discernir algunas fuentes de sufrimiento inútil. Continuemos entonces con la lectura del pasaje bíblico, justo en donde lo dejamos:

"Pero él le contestó: "¡Fíjate cuántos años te he servido sin desobedecer jamás tus órdenes, y ni un cabrito me has dado para celebrar una fiesta con mis

amigos! ¡Pero ahora llega ese hijo tuyo, que ha despilfarrado tu fortuna con prostitutas, y tú mandas matar en su honor el ternero más gordo! Hijo mío –le dijo su padre–, tú siempre estás conmigo, y todo lo que tengo es tuyo. Pero teníamos que hacer fiesta y alegrarnos, porque este hermano tuyo estaba muerto, pero ahora ha vuelto a la vida; se había perdido, pero ya lo hemos encontrado”.

Lucas 15:29-31

En el reclamo y argumento del hijo, podemos encontrar con claridad cinco fuentes de sufrimiento inútil. Y cada una de ellas, creada por él mismo. Esto desde ya indica que, en la mayoría de los casos y ocasiones, es el individuo mismo quien provoca y promueve condiciones para el sufrimiento. Dicho en otras palabras, es la persona misma quien se auto-inflige ciertas formas de sufrimiento.

Son fuentes de sufrimiento inútil:

Egocentrismo

Egocentrismo, es organizar la vida partiendo del punto equivocado: El “Yo”. Digo punto equivocado, porque nadie puede adjudicarse el privilegio tal de constituirse en centro y epicentro de todo y todos en la vida. Las personas que viven en ese intento, solo terminan perjudicándose a sí mismas.

Organizar la vida, partiendo del “Yo”. ¿Es esto posible? Definitivamente, no. Y lo mejor que podemos hacer es intentar encajar con las situaciones ajenas, buscando un estado de equilibrio entre los distintos intereses, necesidades y anhelos.

Veamos nuevamente al muchacho de la historia. Está frustrado porque no logró mantenerse todo el tiempo que hubiera querido siendo el centro de todos. Y cuando advierte que hay otros actores en el escenario, con tanto o mayor espacio que el suyo para hacer lo que quieren o necesitan, se siente mal, ofuscado, resentido, viendo a los demás como sería amenaza a su tranquilidad.

Siempre que egocéntricamente intentemos escribir nuestra historia personal, saldremos frustrados. Eso debe quedar como una lección previamente aprendida, si es que queremos ahorrarnos sinsabores y desdichas.

Entonces, ¡a despedirse de toda actitud egocéntrica, para poder conciliar los eventos de la vida, y lograr así un balance de paz en todo y con todos!

Actitud posesiva

La actitud posesiva, es el apego desmedido a personas, cosas, posiciones, resultados, etc. El joven del relato, pretendía estar en posesión de los papeles estelares, las relaciones estelares, los beneficios estelares, etc. Su error estuvo en pensar que, como derivado de su actitud egoísta, todo y todos le pertenecían, y que él podía asignar a cada cual el papel a desempeñar en su historia.

Como consejero, he visto a muchas personas intentar esto de muchas maneras. Cónyuges, padres, madres; en fin, personas tratando de constituirse en el eje central de las vidas a su alrededor; lo que al final solo les produce quebranto y dolor.

Actuar de manera posesiva con los demás, entonces, no es buena escogencia. Tratar de imponer el criterio propio respecto a la conducta ajena, es lo peor a intentar. Siempre, quien se proponga actuar así, se verá triste y abatido; sangrando emocionalmente al comprobar que los demás no estarán dispuestos a cumplir con sus deseos, y que actuarán por cuenta propia sin importar lo que esta persona posesiva tenga que decir o reclamar.

El muchacho del relato, continuará en ese sufrimiento inútil hasta que rompa con su actitud posesiva sobre los demás. Lo mismo sucederá con usted, amigo(a), si insiste en constituirse en centro de los demás, o en timonel posesivo de las actuaciones y decisiones ajenas.

Auto-compasión

Auto-compasión, lástima de sí mismo, conmiseración propia. Son formas de describir la condición de la persona que vive con actitud de víctima, que reclama la culpa de los demás, e insiste en que son quienes le rodean los causantes de su tristeza y su dolor.

El muchacho retratado en la historia que seguimos, se encuentra hundido en el cieno de la auto-compasión. Se muere de lastima de sí mismo, y reclama que su padre y su hermano son los culpables de su desdicha.

Siempre es así. La tendencia de quien sufre es elaborar una lista sindicando a los culpables por lo malo que sucede. Pero,

pregunto, ¿se ha solucionado alguna vez un conflicto, solo por asignar culpabilidades? Definitivamente no. Sindicar culpables solo tiene sentido en un juicio y ante un juez. Pero la vida humana no es un juzgado, y la felicidad no se circunscribe a tener uno la razón.

¡Cuántas personas he visto que, aun teniendo la razón de su lado, viven en entera infelicidad! Esto, porque, más que decir quién hizo qué cosa, o quién se equivocó en esto o aquello, lo vital es estar dispuestos a proseguir con la vida, no importando qué haya sucedido o dejado de suceder. Proseguir con la vida, sin dejarse invadir por el mal de la conmiseración propia.

“¡Pobre de mí!”, es el mensaje que hierve dentro de la auto-compasión. “¡Miren lo que me han hecho!”, es la esencia de quien se auto-compadece. Y hay que romper con ello. Hay que acabar con esta actitud adictiva y esclavista, que impide ver la vida con objetividad y suficiente practicidad; lo cual es lo más indicado, sobre todo ante los renglones torcidos en nuestra historia y circunstancias.

Comparaciones

Comparaciones. Buscar el valor propio, midiéndose con los demás. El intento más absurdo que uno puede suponer. Digo esto, porque el valor intrínseco de cada cual, se halla en los valores y virtudes que le son propios. Uno no puede buscar la dicha en ser “mejor que otros”, o en si los demás “son mejores que uno”. Quien vive de esa manera, nunca quedará satisfecho, y siempre encontrará razones para quejarse de la vida.

El muchacho de la historia no pudo evitarlo. Comenzó a comparar su situación con la de su hermano, quien recién volvía a casa, y no le parecía justo el balance que surgía de su comparación.

Mientras que a su hermano lo premiaban con ropa nueva, calzado nuevo, anillo en su dedo, comida especial, fiesta y celebración; para él solo había trabajo, trabajo y más trabajo. ¡No era justo! Sin embargo, pregunto yo en respuesta: ¿Habría alguna forma de comparación justa? ¿Es posible en la comparación salir uno bien librado? Me parece que no; me parece que quien se compara, tiende a salir en verdad “trasquilado”.

Bien dicen que “las comparaciones son odiosas”; y este dicho debe estar basado en que siempre alguien saldrá perdiendo. Saldrá el prójimo mal librado de las comparaciones; o bien el que

se compara con otros, saldrá perdiendo. Por consiguiente, no vale la pena siquiera intentarlo.

¡Y qué decir, no de quien lo intenta en una que otra ocasión, sino de quien ha convertido las comparaciones en su estilo de vida! Seguramente está amargado, triste y en soledad. No puedo pensar en otra condición resultante de semejante actitud de vida.

Envidia

Santiago, uno de los autores del Nuevo Testamento, presentó la envidia como una de las fuentes de frustración de quienes buscan y piden, y no encuentran ni reciben. (Santiago 4:2-3). Curiosamente, el vocablo griego que se traduce como "envidia", significa "calor, ardor"; lo que viene a indicar que la envidia consiste en un ardor de sentimientos en contra de alguien, por razón de lo que es o ha alcanzado.

Envidia, insatisfacción por el bienestar ajeno, que impide a su vez hallar satisfacción en lo que se es y se tiene. Este es el triste cuadro de la persona atrapada en esta condición. Jamás alcanzará satisfacción en lo propio, porque lo ajeno le mantendrá en constante disputa. ¡Y qué frustrante poder ser dichoso con lo propio y no lograrlo! Solo por estar ventaneando hacia la situación de quienes nos rodean. ¡Absurdo en verdad! El muchacho de la historia estaba carcomido por la envidia. No entendía ni aceptaba cómo alguien podía alcanzar buen trato, misericordia y nueva oportunidad sin merecerlo. Esto, porque la envidia siempre dice lo mismo: Que el otro no lo merece, que usó de alguna triquiñuela para lograrlo, que debes reclamar, que debes denunciarlo, etc.

La envidia nunca alcanzará el éxito pleno y completo; la envidia nunca se sentirá bien; la envidia siempre estará esclavizada. Hago esta tajante afirmación porque la dicha solo es posible en el marco de lo propio; y jamás alguien encontrará su felicidad real y verdadera, circunscribiéndose a lo que los demás hacen, dicen, deciden o logran con razón o sin ella.

Desprendámonos, entonces, de todo sufrimiento inútil, rompamos con sus malos resultados; cortemos con todas las fuentes que lo originan y lo nutren, y procedamos a vivir totalmente alejados de esto que hemos identificado como sufrimiento sin sentido ni propósito.

Capítulo 11

TRISTEZA SIN PROVECHO

San Pablo, ofrece en una de sus cartas, el alegato en contra de la tristeza. Y propone que no toda tristeza es provechosa, y que no toda tristeza conduce a alguna forma de bien. Comencemos este tema, sobre la base de estos argumentos paulinos.

"Sin embargo, ahora me alegro, no porque se hayan entristecido sino porque su tristeza los llevó al arrepentimiento. Ustedes se entristecieron tal como Dios lo quiere, de modo que nosotros de ninguna manera los hemos perjudicado. La tristeza que proviene de Dios produce el arrepentimiento que lleva a la salvación, de la que no hay que arrepentirse, mientras que la tristeza del mundo produce la muerte. Fíjense lo que ha producido en ustedes esta tristeza que proviene de Dios: ique empeño, que afán por disculparse, que indignación, que temor, que anhelo, que preocupación, que disposición para ver que se haga justicia!
2 Corintios 7:9-11

En otras palabras, San Pablo está haciendo referencia a dos tipos de tristeza en la vida humana. Una, es "*la tristeza del mundo*", según sus propias palabras. Esa tristeza del mundo origina solamente muerte, destrucción.

La otra, es una "*tristeza que proviene de Dios*". Esta surge cuando Dios trata con nosotros, produciendo cierto dolor y sufrimiento, pero con fines de arrepentimiento, redención y transformación de actitudes y conductas.

Para propósitos de mejor entendimiento acerca de la tristeza del mundo, que más bien provoca caos y destrucción en nuestra vida, puntualicemos y analicemos esto que en mucho puede ser llamado una tristeza sin provecho.

FORMAS DE TRISTEZA SIN PROVECHO

Son formas de tristeza sin provecho:

Tristeza, producto del auto-abandono

Un cuadro que describe perfectamente esta forma de tristeza, nos lo ofrece el libro Primero de Reyes, en el Antiguo Testamento. Leamos a continuación:

"Entonces Jezabel envió un mensajero a que le dijera a Elías: «¡Que los dioses me castiguen sin piedad si mañana a esta hora no te he quitado la vida como tú se la quitaste a ellos!» Elías se asustó y huyó para ponerse a salvo.

Cuando llegó a Berseba de Judá, dejó allí a su criado y caminó todo un día por el desierto. Llegó adonde había un arbusto, y se sentó a su sombra con ganas de morir. «¡Estoy harto, Señor! —protestó—. Quítame la vida, pues no soy mejor que mis antepasados.»"

1 Reyes 19:2-4

Encontramos aquí a uno de los más formidables profetas de Israel, en un estado crítico y calamitoso. Esto viene a comprobar que, por maduros en la fe y conocedores de Dios y su Palabra que seamos, nuestra humana fragilidad siempre estará presente; y en los momentos de mayor conflictividad, esa fragilidad no se hará esperar para manifestarse. Leyendo esto, es fácil concluir diciendo que somos solo frágiles criaturas.

El profeta Elías, venía de experimentar potentes milagros y grandes maravillas de Dios. Venía de ser alimentado sobrenaturalmente por unos cuervos, enviados por Dios como provisión para él. Venía de experimentar un milagro de multiplicación de alimentos en Sarepta de Sidón, milagro solo protagonizado por Jesucristo, años más tarde en los relatos evangélicos. Venía de experimentar la resurrección de un muerto, otra vez, milagro únicamente llevado a cabo por el Señor Jesucristo. Venía de avergonzar, y luego matar a cuatrocientos cincuenta profetas de Baal. En pocas palabras, en los últimos días había estado inmerso en el mismo poder de Dios.

¿Y qué sucedía ahora? Después de protagonizar milagros de enorme calibre, estaba triste y deprimido, por una sola persona, que había enviado palabras amenazantes en su contra.

¿Valdrá la pena una tristeza así, una tristeza sin provecho? Decididamente, no. Sin embargo, la vivimos, la experimentamos y nos traspasa, aun tratándose de una tristeza absurda y sin razón.

Quizás usted, amigo(a), habrá pasado algún período de depresión aguda y extrema, para luego, con el paso de los días, darse cuenta que había entregado su alma y sus emociones a algo negativo, basado en la mera conjetura.

¿Dónde se origina una tristeza así? Sin lugar a dudas: Del auto-abandono. ¿Y qué es el auto-abandono? Es optar y decidir por dejar de luchar. Es entregar la voluntad a la pasividad. Es dejarse llevar por la corriente de las circunstancias. Es volverse fatalista y negativo.

Es pensar que Dios le ha abandonado. Es creer que está vencido sin remedio. Es cerrar el libro de su vida, pensando que lo que está viviendo ha sido el último capítulo. Todo ello es auto-abandonarse, lo cual produce, sin duda alguna, tristeza sin provecho.

Hay otro pasaje bíblico que viene al caso citar, en el que vemos otra vez las marcas del auto-abandono. Solo que, en esta ocasión, el protagonista pasa de la pena y el sufrimiento a la esperanza, ¡justo lo que todos debemos aprender! Se trata de dos porciones en el Salmo 42. Leamos a continuación:

"Mis lágrimas son mi pan de día y de noche, mientras me echan en cara a todas horas: «¿Dónde está tu Dios?» Recuerdo esto y me deshago en llanto: «Yo solía ir con la multitud, y la conducía a la casa de Dios. Entre voces de alegría y acciones de gracias hacíamos gran celebración. ¿Por qué voy a inquietarme? ¿Por qué me voy a angustiar? En Dios pondré mi esperanza y todavía lo alabaré. ¡Él es mi Salvador y mi Dios!»

"Mortal agonía me penetra hasta los huesos ante la burla de mis adversarios, mientras me echan en cara a todas horas: «¿Dónde está tu Dios?» ¿Por qué voy a inquietarme? ¿Por qué me voy a angustiar? En Dios pondré mi esperanza, y todavía lo alabaré. ¡Él es mi Salvador y mi Dios!"

Salmos 42:3-5 y 10-11

Como podemos notar, el cuadro es cruel y aparentemente desesperanzador. No obstante, quien así la está pasando tiene que ayudarse. No puede quedarse estacionado en la condición de desaliento y abandono. Tiene que buscar salida; y eso se consigue activando la voluntad con la fe que se origina en la Palabra; se logra además aferrándose a Dios, y al final, la liberación llega acompañada de nuevos sentimientos y emociones que testifican de la fidelidad de Dios y del cambio operado en el interior.

Entonces, ¡a renunciar a esta forma de tristeza sin provecho, como es la actitud de auto-abandono! A activar la voluntad y a levantarse; sin olvidar lo que ya dijo el autor bíblico: "*Siete veces cae el justo, y vuelve a levantarse*" (Proverbios 24:16).

Tristeza, no por el pecado, sino solo por sus malos resultados

El pecado es tan devastador en sus efectos, que al transitar por él acabamos entristecidos y afligidos por su causa.

El problema de muchos, es que lloran, sí, pero no por el pecado cometido, sino solo por sus malos efectos. A esto, perfectamente podemos llamarle: tristeza sin provecho.

En el siguiente pasaje bíblico a considerar, encontraremos a alguien que comienza llorando por los malos efectos y pésimos resultados de su pecado; pero en el proceso de toma de conciencia, encuentra que su desgracia, no es solo lo mal que le ha ido, sino el haber pecado en varias direcciones, y que debe hacer correcciones en decisiones y conductas. Leamos con atención.

"Por fin recapacitó y se dijo: "¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen comida de sobra, y yo aquí me muero de hambre! Tengo que volver a mi padre y decirle: Papá, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no merezco que se me llame tu hijo; trátame como si fuera uno de tus jornaleros".

Lucas 15:17-19

Vemos aquí un proceso completo de reflexión y transformación. En primer lugar, todo se inicia y se activa con un cambio en la percepción y el estado de conciencia del protagonista. Lo mismo debe suceder con todo individuo que

necesita cambios con urgencia. Algo debe comenzar a interpretarse de manera diferente.

Por lo anterior. ¡Qué importante es no mentirse a uno mismo! ¡Qué importante es no decirse una cosa por otra! ¡Cuán vital es llamar a cada cosa por su nombre: error, al error; equivocación, a la equivocación; mala decisión, a la mala decisión; ¡pecado, al pecado!

El muchacho de la historia tuvo un cambio de conciencia. "*Por fin recapacitó*", es la frase redentora que le abre las puertas a una nueva oportunidad. La Biblia Reina Valera, dice en su traducción: "*Y volviendo en sí*". En ambos casos, se refiere a una modificación en el estado de conciencia del individuo.

En ese proceso se puede observar la progresión del estado de conciencia. El muchacho comienza lamentando los malos resultados de sus decisiones y actuaciones. Sus palabras son claras a ese respecto; me permito parafrasearlas de la siguiente manera: "*En la casa de mi padre, el más humilde jornalero está mejor que yo. Allí, cualquiera tiene abundancia de pan, mientras que yo, aquí, en medio de mi gran fracaso, perezco de hambre*". Su manera de hablar denota su pena y aflicción; simplemente, por lo mal que le ha ido.

Sin embargo, sus reflexiones no se quedan allí. Sus siguientes palabras fueron: "*Tengo que volver*". Pero no un simple volver, a ver si consigue otra oportunidad de su padre, sino volver en actitud arrepentida, al punto que comienza a llamar a sus errores y malas decisiones, tal como se debe: pecado.

Esto evidencia de manera rotunda la actitud arrepentida; solo alguien arrepentido puede llamarles pecado a sus errores de vida. El muchacho no solo llamó pecado a sus equivocaciones; afirmó de paso, algo que únicamente mediante revelación espiritual se puede recibir: los distintos cursos de efecto y consecuencia del pecado.

El muchacho, al abrir su entendimiento, y al discernir realmente lo que había hecho y lo que había desencadenado, expresó a su padre: "*He pecado contra el cielo y contra ti.*" Y efectivamente, cuando se peca, se afectan varios ámbitos de la vida. En primer lugar, el pecado en esencia, es una ofensa en contra de Dios; en segundo lugar, se peca contra personas específicas. De allí que nuestro pecado tiene el poder de alcanzar y afectar también a quienes están cerca, en términos de relaciones personales.

La manera en que este muchacho enfrentó su situación, nos muestra que es posible quedar atrapados en una tristeza sin provecho, que consiste en llorar y lamentarse solamente por los malos resultados de nuestras equivocaciones de vida; pero que también es posible salir de ese encierro y romper con esa tristeza sin provecho, aprendiendo a llorar más bien por el pecado mismo cometido, y no solo por sus efectos o resultados.

La Biblia, en la versión Reina Valera, nos ofrece palabras del profeta Jeremías, con las que podemos concluir nuestros comentarios acerca de esta forma de tristeza sin provecho. Cuando expresa: *"¿Por qué se lamenta el hombre viviente? Laméntese el hombre en su pecado."* (Lamentaciones 3:39)

Tristeza por una mala cosecha, producto de una mala siembra

San Pablo escribió a los gálatas, lo que se convierte en una regla universal con aplicación a las más variadas y diversas situaciones y escenarios. Me refiero a lo que se conoce como "La ley de la siembra y la cosecha", la que yo llamaría "La ley de la retribución"; es decir, la ley compensatoria que reclama: que todo lo que haga una persona, vendrá en efecto boomerang sobre ella. Así, si hace lo bueno, lo bueno le vendrá como recompensa; si hace lo malo, lo malo le vendrá en retorno.

Leamos las palabras del apóstol San Pablo, en su Carta a los Gálatas, con relación a esta ley:

"No se engañen: de Dios nadie se burla. Cada uno cosecha lo que siembra. El que siembra para agradar a su naturaleza pecaminosa, de esa misma naturaleza cosechará destrucción; el que siembra para agradar al Espíritu, del Espíritu cosechará vida eterna. No nos cansemos de hacer el bien, porque a su debido tiempo cosecharemos si no nos damos por vencidos."
Gálatas 6:7-9

Descomponiendo en partes lo que San Pablo expresa en el pasaje anterior, podemos puntualizar lo siguiente: Una mala siembra, con su posterior mala cosecha, se origina en alguna forma de engaño. Y es el engaño propio, el primer error y equivocación de quien siembra y cosecha mal.

Curiosamente, el engaño es tan pegajoso como una telaraña, al grado que la persona pretende enredar en la tela de su engaño aun a Dios mismo. Por eso San Pablo añade a continuación, a manera de firme advertencia: "Dios no puede ser burlado".

También aclara que en esto no hay lugar para excepciones. "*Cada uno cosecha lo que siembra*", señala San Pablo; lo cual indica que no hay escapatoria para nadie; no se trata de ser bueno o malo, santo o pecador, el que se engaña, terminará mal.

Por último, San Pablo nos dice que hay dos tipos, o más bien, dos lugares de siembra: En el Espíritu y en la naturaleza pecaminosa. Cada persona tiene que decidir respecto a dónde sembrar; y eso supone cierta lucha y debate entre esas dos fuerzas y los intereses que representan. En su caso particular, querido(a) amigo(a), ¿en dónde está usted sembrando, en la carne o en el espíritu?

Quienes siembran de mala manera, producto de haberse engañado previamente, cosecharán ruina, tristeza y desilusión; y ello les llevará a la tristeza sin provecho.

El Evangelio según San Mateo, en el contexto de otra historia, nos ofrece un panorama de frustración y fracaso, como resultado de una mala percepción y mala escogencia; lo que también llevó al protagonista de la parábola, a encontrarse con una tristeza sin provecho. Preste atención a lo que a continuación se lee:

"Después llegó el que solo había recibido mil monedas. «Señor —explicó—, yo sabía que usted es un hombre duro, que cosecha donde no ha sembrado y recoge donde no ha esparcido. Así que tuve miedo, y fui y escondí su dinero en la tierra. Mire, aquí tiene lo que es suyo.»

Pero su señor le contestó: «¡Siervo malo y perezoso! ¿Así que sabías que cosecho donde no he sembrado y recojo donde no he esparcido? Pues debías haber depositado mi dinero en el banco, para que a mi regreso lo hubiera recibido con intereses.»

«Quítenle las mil monedas y dénselas al que tiene las diez mil. Porque a todo el que tiene, se le dará más, y tendrá en abundancia: al que no tiene se le quitará hasta lo que tiene. Y a ese siervo inútil échelo afuera, a la oscuridad, donde habrá llanto y rechinar de dientes.»"

Mateo 25:24-30

En este relato encontramos una forma de tristeza sin provecho. Tiene que ver con dejarse llevar por los miedos y prejuicios, no hacer nada con las oportunidades recibidas y, encima de ello, intentar echar la culpa a alguien más por lo que es responsabilidad propia. ¡Por ello terminó cosechando una tristeza y soledad, sin ningún sentido y significado para sí!

Querido(a) amigo(a), que en ninguna manera llegue usted a encarnar esta parábola, pues equivaldría a experimentar una tristeza sin provecho.

Tristeza que resulta de tomar con ligereza la gracia de Dios

La gracia de Dios. Eso es lo que nos sostiene; es lo que nos hace acreedores al amor, fidelidad y bendiciones del Señor. Esto, dicho de otro modo, es saber que vivimos, no por obras, sino por la bondad de Dios, la cual es imposible conseguir a fuerza de buenas obras.

Ya lo dijo de forma tajante el autor bíblico en una declaración que nos llega desde el Antiguo Testamento, y que San Pablo reitera en el Nuevo:

"No hay un solo justo, ni siquiera uno; No hay quien entienda, nadie que busque a Dios. Todos se han descarriado, a una se han corrompido. No hay quien haga lo bueno; ¡No hay uno solo!"
Romanos 2:10-12

El profeta Isaías, también con fuerza y convicción expresa esta verdad y reclamo:

"Todos somos como gente impura; Todos nuestros actos de justicia, son como trapos de inmundicia. Todos nos marchitamos como hojas: Nuestras iniquidades nos arrastran como el viento."
Isaías 64:6

¿Qué nos queda, entonces, para poder acceder a las promesas y bendiciones de Dios? Lo único que queda, es lo que Dios ha provisto: ¡Su gracia maravillosa! Ese favor inmerecido que nos hace alcanzar lo inalcanzable, obtener lo imposible y hacernos merecedores de lo inmerecido.

¿Pero qué pasa si alguien toma con ligereza esa gracia de Dios? Leamos a continuación la seria advertencia que hace el escritor de la Carta a los Hebreos, acerca de caer en este terrible error:

"Y de que nadie sea inmoral ni profano como Esaú, quien por un solo plato de comida vendió sus derechos de hijo mayor. Después, como ya saben, cuando quiso heredar esa bendición, fue rechazado: No se le dio lugar para el arrepentimiento, aunque con lágrimas buscó la bendición."

Hebreos 12:16-17

Mis comentarios sobre esta lectura son los siguientes: Se trata de haber tomado con ligereza la gracia de Dios. Eso equivale a pensar de forma errada, que se puede despreciar lo que Dios nos ha dado, que se puede jugar con lo sagrado que Él nos ha entregado o encomendado, para luego, pretender retomararlo otra vez.

¡Cuánta gente se equivoca pensando que tiene "toda la vida" para "hacer y deshacer"! ¡Cuánta gente comete el error de creer que Dios es tan bueno, que va a esperar pacientemente que ellos jueguen con las cosas que por Su gracia han recibido, y que se niegan a administrar de forma sabia y en el temor de Dios!

Quienes yerran de esa manera, al final terminan adoloridos y sin la posibilidad de enmendar su error. Eso porque, aunque tratamos con un Dios eterno, un Dios tardo para la ira y grande en misericordia, no es eterna la posibilidad que nos concede de vivir como queramos o se nos venga en gana.

Volviendo al texto leído, notemos cómo se le llama y se le califica a quien menosprecia la gracia de Dios: Se le llamó inmoral y profano. Estos no son calificativos de poca monta; al contrario, son serios adjetivos que denotan molestia del Cielo para con la conducta irresponsable de quien se atreve a jugar con actitud liviana y superficial con las cosas sagradas de Dios.

También leímos, que quien rechazó la gracia de Dios, fue rechazado cuando quiso heredar la bendición fuera de tiempo. Esto a su vez nos recuerda que -como bien escribió la sabiduría de Salomón- hay un tiempo oportuno para todo lo que se quiere debajo del Cielo. (Eclesiastés 3:1-8, 11). Por consiguiente, quien toma a la ligera la gracia de Dios, con mucha probabilidad se encontrará recogiendo pedazos entre los escombros de sus

circunstancias, abatido por lo que en este libro he denominado:
una tristeza sin provecho.

Capítulo 12

FALSAS RUTAS DE ESCAPE ANTE EL SUFRIMIENTO

Comencemos leyendo el relato de alguien que trata de huir de aquello, que de algún modo le lastima. Se trata de Jonás; grafiquemos en su historia, las falsas rutas de escape ante el sufrimiento.

"La palabra del Señor vino a Jonás hijo de Amitay: "Anda, ve a la gran ciudad de Nínive y proclama contra ella que su maldad ha llegado hasta mi presencia". Jonás se fue, pero en dirección a Tarsis, para huir del Señor. Bajó a Jope, donde encontró un barco que zarpaba rumbo a Tarsis. Pagó su pasaje y se embarcó con los que iban a esa ciudad, huyendo así del Señor."
Jonás 1:1-3

El costo personal que Jonás tuvo que pagar en este episodio de su vida, superó el precio en metálico que pagó por su pasaje, ya que, a partir de esa decisión y acción suyas, se desencadenó una serie de incidentes, todos de corte dramático sobre su vida y circunstancias. Así se demuestra de manera imperativa, que las falsas vías de escape, ante lo que no queremos enfrentar, siempre se tornan en caminos de mayor dificultad y dolor.

Añadamos más cuadros de esas conductas escapistas al dolor, tomadas de La Biblia. De ella, el libro de los Salmos nos ofrece varias imágenes de esa errónea manera de enfrentar el sufrimiento. En él leemos:

"Se me estremece el corazón dentro del pecho, y me invade un pánico mortal. Temblando estoy de miedo, sobrecogido estoy de terror. ¡Como quisiera tener las alas de una paloma y volar hasta encontrar reposo! Me iría muy lejos de aquí; me quedaría a vivir en el desierto. Presuroso volaría a mi refugio, para librarme del viento borrascoso y de la tempestad."
Salmos 55:4-8

Escapar ante el dolor. Buscar una rápida ruta de escape ante el sufrimiento. Me parecen tendencias típicamente humanas, con las que intentamos, en nuestro empirismo, hallar solución a nuestras crisis y luchas. Hagamos, entonces, una lista de esos caminos erróneos de escape ante el dolor.

FALSAS RUTAS DE ESCAPE ANTE EL SUFRIMIENTO

Son falsas rutas de escape las siguientes:

El silencio

El libro de Eclesiastés, con la sabiduría que le caracteriza, enseña que: *"...Hay un tiempo para callar, y un tiempo para hablar."* (Eclesiastés 37)

Eso significa que es necesario discernir y entender cuándo es que debemos mantenernos callados, y cuándo debemos expresar nuestra opinión y sentir por lo que nos sucede.

El problema de las personas atrapadas en el sufrimiento, es que pueden quedar bloqueadas emocionalmente y no encontrar cómo romper las cadenas del dolor que experimentan, para sacar, por su propio bien, aquello que les está oprimiendo y afligiendo. Muchos, entonces, optan por callar, por no decir nada. Como si el silencio fuera redentor, ¡Pero no lo es!

Por tanto, vale la pena correr el riesgo de expresar lo que nos embarga por dentro, y no perdernos yendo por esa falsa ruta de escape ante el dolor, como es el silencio.

Notemos en el pasaje que sigue, cómo el quedarse callado, en lugar de producir paz, provoca una explosión emocional y espiritual en la persona que opta por el silencio.

"Así que guardé silencio, me mantuve callado. ¡Ni aun lo bueno salía de mi boca! Pero mi angustia iba en aumento; ¡el corazón me ardía en el pecho! Al meditar en esto, el fuego se inflamó y tuve que decir: «Hazme saber, Señor, el límite de mis días, y el tiempo que me queda por vivir; hazme saber lo efímero que soy. Muy breve es la vida que me has dado; ante ti, mis años son como nada. Un soplo nada más es el mortal.»"

Salmos 39:2-5

Lo que vemos aquí, es el cuadro de cómo el silencio hace empeorar la situación de angustia y dolor. Dicen que el tiempo todo lo cura y todo lo resuelve; y probablemente sea así en muchos casos y situaciones, pero en este simplemente no aplica. Cuando se trata de quedarse callado, el tiempo solo empeora la situación. Y la persona que calla, que prefiere no decir nada —como en el texto leído: “aun hasta de lo bueno”— solo deja como saldo final, reventar de la peor manera, en el peor lugar y situación, y con las personas que no lo merecen.

Que este pasaje quede como lección inolvidable de lo que estamos proponiendo: Que optar por el silencio solo se constituye en una falsa ruta de escape al sufrimiento. Que esto no le suceda a usted, querido lector(a).

La auto-compasión

Hundirse en el fango de la lástima de sí mismo, es otra ruta equivocada ante el dolor. Auto-compadecerse es decir de uno mismo: ¡Pobre de mí! ¡Qué suerte la mía! ¡Mis problemas son peores que los de los demás!

La auto-compasión es haber elaborado una versión fatalista y patética de nuestra historia, pensando y creyendo que se está al último en la fila de quienes aguardan por la misericordia y el favor de Dios. Es creerse no merecedor de la atención divina, y sentirse reprobado en el examen para lograr la aceptación de Dios. Esto, por supuesto, es totalmente un error de apreciación.

Sobre la auto-compasión, el salmista nos expresa lo siguiente.

"Me acuerdo de Dios, y me lamento; medito en él, y desfallezco. No me dejas conciliar el sueño; tan turbado estoy que ni hablar puedo. Me pongo a pensar en los tiempos de antaño; de los años ya idos me acuerdo. Mi corazón reflexiona por las noches; mi espíritu medita e inquiere: «¿Nos rechazará el Señor para siempre? ¿No volverá a mostrarnos su buena voluntad? ¿Se habrá agotado su gran amor eterno, Y sus promesas por todas las generaciones? ¿Se habrá olvidado Dios de sus bondades, Y en su enojo ya no quiere tenernos compasión?»"

Salmos 77:3-9

Después de este prolongado debate y queja, la versión Reina Valera de la Biblia, en el versículo 10 que sigue, expresa

algo que cambia de golpe el curso del lamento. Se lee: "*Dije: Enfermedad mía es ésta...*"

Como comentarios a la lectura anterior, conviene indicar lo siguiente: Lo primero que se describe es la imagen sufriente del individuo envuelto en la mortaja de la lástima de sí mismo. Lástima, que le lleva a percibirse alejado de Dios, recibiendo los implacables golpes de la indiferencia y abandono divinos; atrapado en la desesperanza y hundido en el abismo de la soledad.

Pero luego, súbitamente, como de golpe, una nueva percepción parece visitarle. Y comienza a advertir que su mal no viene de afuera. Es decir, que no es Dios quien le ha abandonado, que no es la vida la que lo está castigando con crueldad, que no está irremediablemente perdido, que no ha caído en una condición irredenta.

Su respuesta a lo que le pasa, de pronto es otra; y cambiando diametralmente sus razones y argumentos, dice en tono valiente, tajante y plenamente convencido: "*Enfermedad mía es ésta*". ¡El problema es mío! ¡Nadie más lo está causando! Lo único malo es lo que está pasando conmigo, ¡está en mi interior!

Es extraordinario ver cómo una misma persona puede experimentar y sentir de formas tan opuestas sobre una situación en particular. Primero, afirma estar hundido, sin esperanza; luego añade que Dios es el culpable; pero al final termina reconociendo que lo que le pasa es que está enfermo... De lo que yo diagnosticaría, sin temor a equivocarme: el mal de la auto-compasión.

Sobre este mal y enfermedad, los evangelios nos ofrecen otra muestra. Se encuentra en el evangelio según San Juan. Lo leemos enseguida:

"Entre ellos se encontraba un hombre inválido que llevaba enfermo treinta y ocho años. Cuando Jesús lo vio allí, tirado en el suelo, y se enteró de que ya tenía mucho tiempo de estar así, le preguntó: «¿Quieres quedar sano?»

«Señor —respondió—, no tengo a nadie que me meta en el estanque mientras se agita el agua, y cuando trato de hacerlo, otro se mete antes.»"

San Juan 5:5-7

Es interesante. El hombre se halla ante la gran oportunidad de su vida. Treinta y ocho años han transcurrido en la terrible invalidez, y de pronto se le hace una simple pregunta, corta pero contundente: "¿Quieres ser sano?" ¿Qué respondería usted, querido(a) amigo(a)? A lo mejor prorrumpiría en un sonoro: ¡Sí, claro que quiero! Lo cual, me parece la respuesta más apropiada a tan directa y precisa interrogante. Pero el hombre del relato, respondió totalmente en otro rumbo y dirección.

Él comenzó a soltar, más que responder a la invitación para obtener su sanidad, el lamento producido por la auto-compasión. Comenzó con el patético relato de cuántas veces se vio frustrado en sus intentos de alcanzar el bienestar y un mejor estado de salud, y a reclamar cómo otras personas, aprovechándose de su invalidez, le había robado la oportunidad para su sanidad y su dicha.

Pero es que, así justamente habla la lástima propia. Ese es el léxico y lenguaje de quien se auto-compadece; la persona en esa condición, solo tiene palabras para buscar la solidaridad ajena a través de que le tengan lástima y le compadezcan. Ese es el único medio que conoce para que los demás le presten ayuda y un poco de atención.

Las frases "no tengo a nadie" y "otro se mete antes", denotan la situación de quien se ha desvalorizado a sí mismo, descalificándose por la vía de "yo no valgo nada" y "a mí nadie me quiere ni me comprende".

¿Le suena conocida esta manera de hablar? Pueda que sí. Pueda que usted la haya usado más de lo que haya podido percibir, y que usted esté padeciendo este mal de la auto-compasión.

Ahora bien, esta condición era peor que la invalidez física que este hombre padecía. Su verdadera postración, más que solo física, era también moral, psicológica, emocional y espiritual. Y lo que de verdad le impedía recibir el milagro y ser sanado, no era tanto que los demás le negaban ayuda y atención, sino lo mal que él se miraba y valoraba a sí mismo.

En pocas palabras, este hombre huía y escapaba de su sufrimiento, por la falsa ruta de la auto-compasión.

La depresión

Si bien la depresión tiene causas y raíces en tensiones precipitantes y fuerzas de la personalidad que la provocan, también hay tipos de depresión que son solo formas de escape e intentos absurdos de huir de lo que no se sabe cómo enfrentar y manejar.

A continuación, un caso extremo de depresión con tendencias auto-destructivas, producto del miedo al no saber cómo encarar un peligro y una conflictiva situación.

"Entonces Jezabel envió un mensajero a que le dijera a Elías: «¡Que los dioses me castiguen sin piedad si mañana a esta hora no te he quitado la vida como tú se la quitaste a ellos!»

Elías se asustó y huyó para ponerse a salvo. Cuando llegó a Berseba de Judá, dejó allí a su criado y caminó todo un día por el desierto. Llegó adonde había un arbusto, y se sentó a su sombra con ganas de morir. «¡Estoy harto, Señor! —protestó—. Quítame la vida, pues no soy mejor que mis antepasados.» Luego se acostó debajo del arbusto y se quedó dormido."

1 Reyes 19:2-5

Lo primordial a notar, es que su primera reacción no fue quedar paralizado por las palabras intimidantes y el temor que ellas le provocaban. No, lo que Elías tuvo como primera reacción fue huir para ponerse a salvo. Estaba atemorizado, el miedo le hacía sudar helado; pero, aun así, se levantó en veloz y determinada carrera para salvarse del peligro.

Luego, hay que considerar lo que un prolongado estado de estrés puede ocasionar en la persona; notamos que, en ese estado, Elías caminó todo un día por el desierto. Me parece que la combinación de cansancio físico y la tortura mental, que le traía el estar minuto a minuto conjeturándose y especulando sobre lo que le podría suceder, trajeron como resultado, no solo un estado de agotamiento físico, mental y espiritual, sino también una caída precipitada en el abismo de la depresión.

Esta mezcla de condiciones, por lo general trae como producto final depresión en un nivel superlativo y extremo. Y ya en ese estado, comenzaron los reclamos a la vida, y a Dios, como si Él fuera el causante y culpable de la situación por la que atravesaba; para luego experimentar los sentimientos auto-

destructivos de desear la muerte como solución final a su conflicto.

Preguntémosnos: Si un profeta formidable y poderoso como Elías, cae en una depresión de tal profundidad, ¿cuánto más usted y yo podemos ser proclives a lo mismo? Pero, independientemente de cuán duro y dificultoso resulte dar la cara y enfrentar la lucha con la tentación de refugiarnos en la depresión, tenemos más bien que luchar en su contra.

Además, el hecho de acostumbrarse a deprimirse cada vez que se cruza por una situación de conflicto, puede constituirse en una mala y destructiva costumbre. Digo esto porque la depresión puede convertirse, como conducta escapista, en una verdadera adicción. Y créalo, mi amigo(a), que sí es posible aprender a deprimirse como forma de escape a lo que nos persigue y presiona.

Por ello, tengamos presente todo el tiempo las palabras del proverbista bíblico, quien respecto a la tendencia de deprimirse recomendó:

*"En la enfermedad, el ánimo levanta al enfermo;
¿Pero, quién podrá levantar al abatido?"
Proverbios 18:14*

La auto-complacencia

Auto-complacencia, auto-satisfacción, auto-gratificación. Todas estas son formas de referirse a lo mismo: A la conducta escapista de volverse meloso y complaciente con los reclamos de los apetitos corporales y sensuales; y dedicarse a darle gusto a los sentidos, como manera de darse una especie de refrigerio, en medio de las asfixiantes y angustiosas circunstancias de la vida.

Hay gente así, que al no hallar como enfrentar y manejar los problemas de la vida, caen en conductas lascivas y licenciosas, como forma de encontrar un respiro y cierto alivio a lo que les está sucediendo. Pero esto, es solo otra forma de sucumbir ante las crisis y las presiones de la vida.

Sobre esta tendencia que he denominado auto-complacencia, La Biblia exhorta lo siguiente:

*"El sepulcro, la muerte y los ojos del hombre jamás
se dan por satisfechos."
Proverbios 27:20*

Esto nos señala con toda claridad, que hay tendencias y costumbres que se tornan adictivas. De manera particular aquí se nos habla de todo aquello que viene por la vista. E inevitablemente viene al pensamiento la conducta compulsiva que se deriva de la pornografía, que atrapa precisamente a través de la vista.

Lo anterior es solo un pequeño ejemplo de cómo dedicarse a la auto-complacencia, a través de los sentidos; en este caso, una cierta complacencia por medio de la vista, puede llevarnos a un verdadero caos y grosera esclavitud.

Recordemos cómo la historia bíblica nos relata la caída del magnífico salmista y rey David. Todo comenzó por haberse dado un momento de relajamiento, observando a una hermosa mujer que se bañaba al otro lado de la terraza real. El resto es historia conocida: adulterio, intriga, asesinato. En una palabra: pecado. Y todo por haberse dedicado a la satisfacción de primitivos apetitos que reclamaron su atención. Escapar a las tensiones y problemas de la vida, de ese modo, simplemente es locura.

El apóstol San Juan, en su Primera Carta, lo expone de la siguiente manera:

"No amen al mundo ni nada de lo que hay en él. Si alguien ama al mundo, no tiene el amor del Padre. Porque nada de lo que hay en el mundo –los malos deseos del cuerpo, la codicia de los ojos y la arrogancia de la vida- proviene del Padre sino del mundo. El mundo se acaba con sus malos deseos, pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre."

1 Juan 2:15-17

Se nos habla de algo que puede romper en pedazos nuestra comunión con Dios. Es una especie de mixtura y combinación que trae efectos letales; es la combinación de apetitos físicos, tentaciones de los ojos y arrogancia. Estos tres, son capaces de constituirse en una poción de muerte para quien la prepara y luego la ingiere.

El pasaje señala con toda seguridad, que todos esos malos deseos y tendencias se acaban y tienen punto final; pero que quien vive de otro modo, a la manera de Dios, este no terminará en pedazos, sino que permanecerá para siempre.

El enojo

Escapar en el enojo, es una conducta tan vieja como la humanidad misma. Ésta, es una de las más viejas tendencias del género humano, cuando ha pecado o cuando no sabe cómo enfrentar de manera constructiva un conflicto o una equivocación.

Pensemos, a manera de ejemplo, en Caín, cuando caminaba insatisfecho y cabizbajo por no haber encontrado buen resultado de su ofrenda ante Dios; se enojó y andaba en verdad molesto.

El libro de Génesis nos ofrece no solo dicho relato, sino también la revelación de cómo el enojo, puede activar el pecado y la miseria en la vida humana. Se lee:

"Entonces el Señor le dijo: "¿Por qué estás tan enojado? ¿Por qué andas cabizbajo? Si hicieras lo bueno, podrías andar con la frente en alto. Pero si haces lo malo, el pecado te acecha, como una fiera lista para atráparte. No obstante, tú puedes dominarlo".

Génesis 4:6-7

Lo primero que noto, es lo último que se lee: Que es posible dominar el pecado. Muchos no lo creen así, y se consuelan y excusan diciendo que heredaron el carácter y el mal genio, de la tía, del papá, del abuelo, etc.

Y no se dan cuenta que es solo una excusa y un pretexto; y que, por el contrario, deben comprometerse con hacer lo que Dios le dijo a Caín: Dominar y gobernar el enojo, porque puede traer demasiados sinsabores consigo el pecado incluido.

Sobre el enojo, el proverbista bíblico también nos advierte, diciendo: *"El iracundo comete locuras, pero el prudente sabe aguantar."* (Proverbios 14:17)

Atendamos entonces a su llamado, y démonos cuenta que como "verdaderas locuras" se pueden considerar las conductas originadas en el enojo. Aceptemos que en el enojo nunca hay sabiduría; y recordemos que en la lista de nuestras equivocaciones de vida en algunos casos el enojo estuvo presente. Por ello, no conviene, de manera alguna, ante el dolor, la frustración y el sufrimiento, atreverse a escapar por la falsa ruta del enojo.

El Antiguo Testamento nos ofrece una gráfica a manera de relato de cómo el enojo puede amenazar, y casi hacer perder la

oportunidad de recibir milagros de parte de Dios. Se trata de un famoso general sirio, llamado Naamán. Era un verdadero héroe de guerra, porque por su mano el Señor había dado grandes victorias militares a su nación. Leamos a continuación sobre este suceso crucial en su historia personal.

"Naamán. Jefe del ejército del rey de Siria, era un hombre de mucho prestigio y gozaba del favor de su rey porque por medio de él, el Señor le había dado victorias a su país. Era un soldado valiente, pero estaba enfermo de lepra."

2 Reyes 5:1

Después de algunos acontecimientos que le llevaron al conocimiento de que en las tierras de Israel había un profeta que lo podía sanar, se hizo de cartas del rey, presentes, y de toda una comitiva, para ir en busca de dicho profeta con la esperanza de ser sanado. A continuación, el relato que nos lleva a un sorprendente desenlace:

"Así que Naamán con sus caballos y sus carros, fue a la casa de Eliseo y se detuvo ante la puerta. Entonces Eliseo envió un mensajero a que le dijera: «Ve y zambúllete siete veces en el río Jordán; así tu piel sanará, y quedarás limpio.»

Naamán se enfureció y se fue, quejándose: «¡Yo creí que el profeta saldría a recibirme personalmente para invocar el nombre del Señor su Dios, y que con un movimiento de la mano me sanaría de la lepra! ¿Acaso los ríos de Damasco, el Abaná y el Farfar, no son mejores que toda el agua de Israel? ¿Acaso no podría zambullirme en ellos y quedar limpio?»

Furioso, dio media vuelta y se marchó."

2 Reyes 5:9-12

Como vemos, un episodio de enojo estuvo a punto de hacerle perder un milagro. Y así sucede con mucha gente. Afortunadamente, los criados de Naamán le hicieron desistir de irse del lugar, y más bien hacer lo que el profeta mandaba. El resultado fue que, por saber recuperarse de su enojo, pudo recibir el milagro.

La culpa

La culpa, dirigida hacia sí mismo o hacia los demás, tiene efectos sumamente negativos. Y equivale a negarse a sí mismo o a los demás, otra oportunidad. Veamos la culpa manifiesta en medio del dolor y el sufrimiento causados por los pecados cometidos. Esta vez los protagonistas se encuentran en dos generaciones: Adán, y como responde a la culpa; y Caín, su hijo, a quien encontraremos triste y amedrentado después de haber dado muerte a su hermano Abel. Sigamos con atención estos fragmentos de sus historias:

"Pero Dios el Señor llamó al hombre y le dijo: «¿Dónde estás?»

El hombre contestó: «Escuché que andabas por el jardín, y tuve miedo porque estoy desnudo. Por eso me escondí.»

«¿Y quién te ha dicho que estás desnudo? —Le preguntó Dios— ¿Acaso has comido del árbol que yo te prohibí comer?»

El respondió: «La mujer que me diste por compañera me dio de ese fruto, y yo lo comí.»"

Génesis 3:9-12

Adán responde a la culpa de varias maneras. En primer lugar, con temor; y ese temor, en segundo término, le lleva a la evasión; es decir, a esconderse de Dios y evadir la responsabilidad contraída con su desobediencia. En tercer lugar, la culpa lo lleva a proyectarla sobre otros; sobre Dios, al reclamarle que la mujer que Le había dado fue la verdadera responsable del hecho; y sobre la mujer, haciendo recaer sobre ella la culpa de lo sucedido.

Esto nos muestra entonces, los mecanismos de reacción del ser humano ante la culpa: miedos, evasión y proyección de la culpa sobre otros. Pero todavía hay más. Veamos en Caín otras formas de respuesta a la culpa.

"«¡Que has hecho! —exclamó el Señor— Desde la tierra, la sangre de tu hermano reclama justicia. Por eso, ahora quedarás bajo maldición de la tierra, la cual ha abierto sus fauces para recibir la sangre de tu hermano, que tú has derramado. Cuando cultives la tierra, no te dará sus frutos, y en el mundo serás un fugitivo errante.»

«Este castigo es más grande de lo que puedo soportar —le dijo Caín al Señor— Hoy me condenas al destierro, y nunca más podré estar en tu presencia. Andaré por el mundo errante como un fugitivo, y cualquiera que me encuentre me matará.»
Génesis 4:10-14

Encontramos aquí algo sumamente curioso, una extraña relación entre una tierra improductiva, como resultado de una maldición que se activa por el derramamiento de sangre. Solo esto debiera ponernos a pensar en todo el mal acumulado en naciones, donde, precisamente, el derramamiento de sangre entre hermanos se ha dado producto de guerras intestinas, crímenes a gran escala y terrorismo.

Y pensando en el caso específico de Caín y su pecado, podemos observar el descarrilamiento de los vagones de la confianza y la seguridad personal, como resultado de la inmensa culpa que le ha golpeado de repente.

Caín, pasó del enojo en su primera respuesta, en la que argumentó no ser guarda de su hermano (Génesis 4:9), a la culpa, al tomar conciencia de lo verdaderamente malo de su proceder: ¡Había asesinado a su hermano! Y las repercusiones serían a dos niveles: andaría como un fugitivo sin descanso el resto de su vida; y la tierra quedaría enferma y sangrando por su pecado.

La reacción de Caín es de terror, espanto y aflicción sin límite. Caín está desesperado y realmente no sabe qué hacer. Se ha convertido en fugitivo de sus propios pecados.

Bien escribió el proverbista bíblico que: "*Huye el impío sin que nadie lo persiga*" (Proverbios 28:1). Y ciertamente, Caín no necesitará que nadie lo persiga, porque será perseguido por el espectro de sus propias maldades. Lo mismo experimentan quienes, por causa de sus errores, están atrapados en la culpa. ¡Pero atención!, es fácil dejarse arrastrar por la culpa y quedar en el total desaliento y desesperanza. Pero hay que luchar, más como Caín suplicando clemencia, que como Adán evadiendo la responsabilidad por su pecado. Hay que romper con la culpa; siempre es posible, mediante la gracia, la misericordia y el favor de Dios. Peor es quedarse huyendo por la culpa el resto del camino. Esto, en todo caso, es una falsa ruta de escape al sufrimiento ocasionado por nuestra propia maldad.

Capítulo 13

DOLORES QUE NOS ACERCAN A DIOS

El sufrimiento no solo ocasiona males en nosotros, también trae cosas buenas. Y una de ellas es que puede acercarnos a Dios. De eso trata este capítulo. Comencemos con las palabras de San Pablo, registradas en la Segunda Carta a los Corintios. Leamos a continuación:

"...Una espina me fue clavada en el cuerpo, es decir, un mensajero de Satanás, para que me atormentara. Tres veces le rogué al Señor que me la quitara."
2 Corintios 12:7-8

Vemos aquí ambos extremos. En un lado, la crueldad del sufrimiento encarnado en una experiencia paulina que ha sido objeto de estudios especulativos por parte de los expertos, tratando de descifrar a qué se pudo haber referido él con eso de "una espina clavada en el cuerpo" y "un mensajero de Satanás"; y en el otro extremo, vemos cómo ese sufrimiento llevó a San Pablo a relacionarse con Dios con mayor intensidad.

Ciertamente, hay dolores que nos acercan a Dios. Y aunque parezca inverosímil, el sufrimiento, aunque es opuesto a la paz y la dicha, puede conducirnos como ayo a la comunión con el Señor. Cualquiera que así lo entienda y lo busque, lo encontrará.

Lo anterior también se puede exponer de otra forma, y es ésta: Existen dos maneras de enfocar nuestras aflicciones, dolores, pérdidas y fracasos: Con sentido fatalista, y con fe sencilla. El fatalismo nos gritará que lo que pasamos es una injusticia; pero la fe nos dirá con dulzura que, en Dios, no solo hay esperanza sino también remedio para nuestro sufrimiento.

REACCIONES COMUNES AL DOLOR

Observemos a continuación algunas reacciones comunes al género humano en lo que al sufrimiento se refiere. En ellas

seguramente encontraremos un retrato nuestro en los días malos, los días de tribulación, los días de aflicción. Son reacciones comunes al dolor:

¿Qué estaré pagando?

Esta es la pregunta que se hacen muchos, sobre todo al confrontar situaciones adversas que no tienen explicación. Y revisan insistentemente sus circunstancias de vida y el libro de su historia personal, queriendo hallar la raíz, la causa o la razón de sus sufrimientos.

Pero esta reacción al dolor no es cosa nueva. En la Biblia encontramos que se preguntó a Jesucristo, precisamente en estos términos, al no saber cómo explicar el sufrimiento causado por la enfermedad. Preste atención a este relato.

"A su paso, Jesús vio a un hombre que era ciego de nacimiento. Y sus discípulos le preguntaron: «Rabí, para que este hombre haya nacido ciego, ¿quién pecó, él o sus padres?»

«Ni él pecó ni sus padres —respondió Jesús—, sino que esto sucedió para que la obra de Dios se hiciera evidente en su vida.»

Juan 9:1-3

Preguntar si el sufrimiento en cualquiera de sus manifestaciones, es resultado del pecado y las malas actuaciones, se ha hecho a través de todos los tiempos y culturas; la época en que Jesucristo se encarnó, no fue la excepción. Lo que lleva de fondo esta interrogante, es la tendencia humana de concebir el mal solo como "consecuencia de"; lo cual promueve una idea oscura y fatalista de la vida.

Ahora bien, no estoy proponiendo que el mal no tenga alguna conexión con el pecado. La Biblia sostiene con toda autoridad y en tono enérgico que: *"...La paga del pecado es la muerte."* (Romanos 6:23)

No obstante, aseverar de forma dogmática que el pecado de los padres recae sobre los hijos, sería contradecir otras materias bíblicas que afirman en tono seguro todo lo contrario.

Por ejemplo, cuando la voz autorizada del profeta dice:
"En aquellos días no volverá a decirse: "Los padres comieron uvas agrias, y a los hijos se les destemplaron los dientes". Al contrario, al que coma uvas agrias se le destempearán los dientes, es decir, que cada uno morirá por su propia iniquidad."
Jeremías 31:29-30

Por su parte, el profeta Ezequiel lo dice en tono más terminante aun, cuando expresa:

"El Señor me dirigió la palabra: «¿A qué viene tanta repetición de este proverbio tan conocido en Israel: Los padres comieron uvas agrias, y a los hijos se les destempearon los dientes? Yo, el Señor omnipotente, juro por mí mismo que jamás se volverá a repetir este proverbio en Israel. La persona que peque morirá. Sepan que todas las vidas me pertenecen, tanto la del padre como la del hijo.»"
Ezequiel 18:1-4

Más adelante, en el mismo capítulo, el profeta Ezequiel añade al respecto:

"Todo el que peque merece la muerte, pero ningún hijo cargará con la culpa de su padre, ni ningún padre con la del hijo: al justo se le pagará con justicia y al malvado se le pagará con maldad. Si el malvado se arrepiente de todos los pecados que ha cometido, y obedece todos mis decretos y practica el derecho y la justicia, no morirá; vivirá por practicar la justicia, y Dios se olvidará de todos los pecados que ese malvado haya cometido. ¿Acaso creen que me complace la muerte del malvado? ¿No quiero más bien que abandone su mala conducta y que viva? Yo, el Señor lo afirmo."
Ezequiel 18:20-23

Como se observa con toda claridad, estos textos contradicen con suma autoridad la idea anacrónica en cuanto a los tiempos y designios de Dios, de que la maldad puede correr a chorros, y de manera generacional, con solo que alguien en esa familia haya cometido falta o haya pecado. La tendencia a pensar de forma

tan fatalista y hasta cierto punto supersticiosa, tiene más bien raíces paganas, pero hoy día ha encontrado en ciertas teologías cristianas el nicho perfecto donde germinar.

Sin embargo, puede que más de alguno contradiga y reclame: "Pero, ¿y qué en cuanto a aquel pasaje que dice que Dios visita la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación?"

Me alegra tener que esclarecer esa interpretación. Vayamos entonces a esa porción bíblica. Se encuentra en tres distintas oportunidades, dos de ellas reiteración del mismo suceso y contexto. Leámoslos en conjunto; luego precederé a hacer mis comentarios.

"No te hagas ningún ídolo, ni nada que guarde semejanza con lo que hay arriba en el cielo, ni con lo que hay abajo en la tierra, ni con lo que hay en las aguas debajo de la tierra. No te inclines delante de ellos ni los adores."

"Yo, el Señor tu dios, soy un Dios celoso. Cuando los padres son malvados y me odian, yo castigo a sus hijos hasta la tercera y cuarta generación. Por el contrario, cuando me aman y cumplen mis mandamientos, les muestro mi amor por mil generaciones."

Éxodo 20: 4-6 y Deuteronomio 5:8-10)

"De manera que, si matas a todo este pueblo, las naciones que han oído hablar de tu fama dirán: "El Señor no fue capaz de llevar a este pueblo a la tierra que juró darles, ¡y acabó matándolos en el desierto! Ahora, Señor, ¡deja sentir tu poder! Tú mismo has dicho que eres lento para la ira y grande en amor, y que, aunque perdonas la maldad y la rebeldía, jamás dejas impune al culpable, sino que castigas la maldad de los padres en sus hijos, nietos, biznietos y tataranietos. Por tu gran amor, te suplico que perdones la maldad de este pueblo, tal como lo has venido perdonando desde que salió de Egipto."

(Números 14:15-19)

En el primer caso, el castigo generacional vendrá por una sola causa y un solo pecado: la idolatría. Las practicas idolátricas, fueron, desde los albores de la historia bíblica, abominación a Dios y razón de castigo. Por consiguiente, no es posible generalizar el texto en su aplicación, y decir con vehemencia que siempre que alguien peca en una familia, el pecado se revertirá en maldición y castigo sobre sus generaciones. Si eso fuera así, ya la humanidad estaría totalmente aniquilada y destruida.

En adición, algo que pasan de lejos quienes hacen una superlativa aplicación a este pasaje, es que la misericordia de Dios se impone. Es decir, que Dios habla de castigar a solo tres o cuatro generaciones por el pecado de la idolatría, cuando en contraste, habla de hacer misericordia a mil generaciones de quienes andan en sus mandamientos. O sea, que “la misericordia triunfa sobre el juicio”, usando palabras de un autor neo-testamentario.

El segundo pasaje trata de Moisés, quien intercede en ese momento para que Dios no destruya a ese empecinado pueblo, proclive a la idolatría, miedoso, quejoso y rebelde. Ante la ira divina, Moisés –encarnando una tipología de Cristo- se interpone entre el justo juicio de Dios y el humano pecador. El argumento de Moisés es que: Ciertamente Dios visita la maldad de su pueblo, pero él conoce a Dios, más como perdonador y redentor, que interesado en consumir al pecador en su juicio.

Al final de ese episodio, Dios decide que esa generación en particular no entrará en la tierra prometida; pero que la generación siguiente encarnada en Caleb, entraría a la tierra prometida y la conquistaría. Esto deshace el argumento fatalista de un mal corriendo implacablemente de generación en generación.

Me tomé el tiempo suficiente argumentando bíblicamente alrededor de esta enraizada idea —aun entre los creyentes evangélicos—debido a la importancia capital que tiene y por su peso —en términos de concepciones— que llevan a posturas fanatizadas y supersticiosas de cara al sufrimiento humano.

Se trata de una maldición

Esta forma de interpretación del sufrimiento, sobre todo cuando no se encuentra explicación, es vinculante con lo tratado antes. Tiene que ver con un enfoque supersticioso que puede

ensombrecer el curso mismo de la vida de quién se deja invadir por esta idea.

Hablando de supersticiones, el mundo evangélico ha sido infiltrado por ideas contaminadas por el oscuro concepto de que: Vivimos amarrados entre los lazos de maldiciones ancestrales y otros de menor cuantía que necesitan ser rotos y desatados.

La idea suena muy buena, y hasta necesaria; y es porque tiene algún fundamento bíblico. Lo malo es habernos permitido llevar dicha idea a extremos y a prácticas bizarras, que nos apartan de la gracia divina y la redención, ya alcanzada a través de los méritos de Jesucristo, en su obra en el Calvario, por nuestra total y eterna salvación.

A continuación, quiero exponer un versículo bíblico, que habla sobre el tema de las maldiciones, el cual es usado de manera opuesta a la que es su principal enseñanza y significado. Se en el Proverbio: *"Como el gorrión sin rumbo o la golondrina sin nido, la maldición sin motivo jamás llega a su destino"* (Proverbios 26:2).

La Biblia Reina Valera, lo expresa de esta forma: *"Como el gorrión en su vagar, y como la golondrina en su vuelo, así la maldición nunca vendrá sin causa"* (Proverbios 26:2).

En ambas traducciones, la causa o el motivo son el punto a consideración. Y lo que dice de manera seria y sin empachos, es que si no hay causa que así lo justifique, la maldición es totalmente improbable, y más que improbable, será imposible.

Se compara esta improbabilidad e imposibilidad, con el curso de vuelo del gorrión y la golondrina. Y lo utiliza como todo un argumento, para afirmar que: Así como el gorrión y la golondrina son totalmente precisos en su vuelo y en sus costumbres de vida; los cuales no varían, ya que cuentan en sus genes con la información derivada en conducta, así, solo una causa poderosa podría alterar el curso de los acontecimientos humanos y convertirlos en una vida y conducta bajo maldición.

Si usted se detiene lo suficiente sobre este texto bíblico, con seguridad llegará a la conclusión de que: el argumento fuerte no es hablar de la probabilidad de las maldiciones, sino, de la improbabilidad de ellas. ¡Demos gracias a Dios que así sea!

La vida es injusta

Un reclamo con alto sentido de dramatismo que se halla en los evangelios, respecto a las injusticias de la vida, se encuentra en el Evangelio según San Lucas. Leamos a continuación.

"Pero él le contestó: «¡Fíjate cuantos años te he servido sin desobedecer jamás tus órdenes, y ni un cabrito me has dado para celebrar una fiesta con mis amigos!»"

Lucas 15:29

Este reclamo, de hijo a padre, entraña todo aquello injusto que toca vivir al ser humano. Y en verdad, muchas de las injusticias en la vida se experimentan en el contexto de las relaciones más significativas, como lo es el caso de este relato.

No son pocas las personas que se dejan adueñar por este sentir. Pensar, creer e interpretar las circunstancias de la vida con esta óptica, puede derivarse en un panorama en verdad deprimente. Lo anterior puede ser así, debido a que nuestros dolores tienen el poder de enfermar nuestro sentido y percepción de la justicia.

El muchacho de la historia, de donde se extrae el versículo leído, ha sido invadido y dominado por la idea de que la vida es injusta. Y lo que bien se pudo haber dicho a manera de testimonio: "¡Cuántos años te he servido sin desobedecer jamás tus órdenes!", él lo expresó como reclamo plagado de amargura.

Muchos son y actúan como él. Son personas que han dejado de ver, percibir y valorar sus bendiciones; y lo que para otros es bendición y satisfacción, para ellos es motivo de pleito, enojo y resentimiento. Esto no debiera ser así; y lo digo porque, aunque la vida tiene sus situaciones injustas, también es posible experimentar momentos de dicha y satisfacción, si es que así lo entendemos y queremos ver.

Querido(a) amigo(a), no deje que sus dolores opaquen su percepción de la justicia. El muchacho de la historia, bien podía sentirse orgulloso y satisfecho de haber estado toda su vida al servicio de su padre. Pero desde el enfoque ensombrecido por lo que él llamó injusticia, hizo que el privilegio se tornara en aflicción, que la consagración a una visión y a un buen ideal, como lo era servir al lado de su padre, se convirtiera en experiencia amarga y negativa.

APRENDAMOS DEL EJEMPLO DE SAN PABLO: Los dolores pueden acercarnos a Dios

En su Segunda Carta a los Corintios, San Pablo nos presenta un cuadro dramático, enraizado en la frustración y el sufrimiento; pero a la vez, nos deja entrever que el dolor puede ser un camino fiel que nos lleve a conocer más a Dios y Su gracia maravillosa.

Dicho cuadro, absolutamente necesario de observar para su estudio, pone el balance y equilibrio que se necesita ante las reacciones comunes ante el dolor, que apuntamos hace unos momentos. Leamos entonces la porción bíblica.

"...Una espina me fue clavada en el cuerpo, es decir, un mensajero de Satanás, para que me atormentara. Tres veces le rogué al Señor que me la quitara; pero él me dijo: Te basta con mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad". Por lo tanto, gustosamente haré más bien alarde de mis debilidades, para que permanezca sobre mí el poder de Cristo. Por eso me regocijo en debilidades, insultos, privaciones, persecuciones y dificultades que sufro por Cristo; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte."

2 Corintios 12:7-10

Aunque no parezca serlo, esta declaración describe algo más que el solo conflicto. Esta afirmación, de hecho, es sistemática; en ella encontramos, paso a paso, cómo es que se puede pasar del absoluto dolor y confusión, a la total satisfacción y significado de la vida, cuando se vive de la mano de Dios y en Su más generosa gracia.

¿Cómo pasar del dolor a la satisfacción? ¿Cómo cruzar la frontera del desaliento y pasar a la confianza en Dios? ¿Cómo pasar de la imperfección humana a la plenitud en Dios? El pasaje leído nos responde todas estas interrogantes a entera satisfacción.

EL CAMINO QUE NOS LLEVA DEL DOLOR A LA GRACIA DE DIOS

Hay un camino que nos lleva de dolor a la gracia de Dios. veamos cómo andar en él:

Lo primero que hay que hacer, Rogar con insistencia

San Pablo nos dice en su relato: "Tres veces le rogué a Dios". Esto tiene como implicación tener que quitar los ojos del dolor que se vive, para ponerlos en Dios, nuestra esperanza y salvación.

Esto es similar a lo que David descubrió y de inmediato compartió con los creyentes de todos los siglos, cuando escribió en el Salmo 121, lo siguiente:

"A las montañas levanto mis ojos; ¿De dónde ha de venir mi ayuda? Mi ayuda proviene del Señor, creador del cielo y de la tierra."

Salmos 121:1-2

Quien todavía no ha llegado al nivel de buscar a Dios, y encontrarse con Él en la oración, y rogarle con insistencia, ese todavía se encuentra lejos de la posibilidad de la intervención salvadora de Dios. Quien todavía no sabe lo que es clamar al Cielo, desconoce entonces la redención de sus males y dolores.

Es importante rogar, es importante clamar; es vital y crucial tener que elevar la mirada al Cielo en busca de la gracia, el favor y la fidelidad de Dios. Pero preferir quedar atrapado entre las redes del sufrimiento irredento y sin esperanza, es optar por vivir para siempre en la oscura caverna de la aflicción, hasta acabar en la total desesperación.

No perdamos de vista la frase de San Pablo, refiriéndose al Señor: "...Pero él me dijo", incluida en el relato leído. Porque no solo se trata de que nosotros roguemos y hablemos a Dios en el lenguaje del dolor; es imperativo también que Él nos responda, y que nosotros sepamos escuchar y atender.

Desde la antigüedad se oye la voz del profeta que nos testifica de esto, cuando dijo a nombre del Señor:

"Clama a mí y te responderé, y te daré a conocer cosas grandes y ocultas que tú no sabes."

Jeremías 33:3

Dios quiere que Le hablemos; pero también quiere hablar con nosotros. Él no es un Dios lejano y distante; no es un Dios mitológico que juega con nosotros enviándonos crueles adversidades para divertirse en lo ignoto.

Él es un Dios maravilloso que quiere salir en nuestro amparo y en nuestro auxilio. Es un Dios que se complace en responder a nuestro llamado; es un Dios que se deleita en mostrarnos respuestas ocultas y distantes al ojo de nuestro discernimiento. A un Dios así, ivale la pena rogar!

Del ruego en oración, se pasa a Descubrir la gracia de Dios

La respuesta de Dios al ruego de San Pablo porque le fuera quitada la espina clavada en su cuerpo, fue: "*Te basta con mi gracia.*"

Dios no va a decirnos que tendremos provisión asegurada en alguna necesidad, de no ser así. Si Dios dice que Su gracia es suficiente frente a las cruentas batallas de la vida, es porque así es. Y con Su voz, nos acerca a eso misterioso pero manifiesto, profundo pero sencillo, que es Su gracia maravillosa.

En la gracia de Dios es posible que lo inexplicable tenga sentido. En la gracia de Dios es posible que la pérdida nos lleve a encontrar algo incomparable. En la gracia de Dios es posible hallar significado a la pena, al quebranto y a todo aquello que suele causarnos llanto y confusión.

San Pablo encontró que, aunque los problemas no se resuelvan, se puede vivir como si hayan sido resueltos; que, aunque no tengamos lo que queremos, podemos tener lo que necesitamos; que, aunque no encontremos lo que buscamos, podemos hallar lo que Dios tiene para nosotros. Todo esto se logra, sencillamente, por la gracia de Dios.

Es por Su gracia que podemos levantarnos después de haber caído. Es por Su gracia que podemos revertir las obras del enemigo en nuestra vida. Es por Su gracia que podemos caminar sin que lo cojo se salga del camino. Es por Su gracia que podemos romper con la vergüenza del pecado, y encontrar nueva oportunidad.

Es por Su gracia, que San Pablo pudo seguir victorioso, llevando una espina clavada en el cuerpo y en constante combate

con un mensajero de Satanás. Todo esto solo es posible mediante la gracia de Dios.

Luego, la gracia divina posibilita que también podamos...

Descubrir que el poder de Dios se perfecciona en nuestra debilidad

Por lo general buscamos que el poder de Dios se perfeccione en otros escenarios. No parece que estamos preparados para ver el poder de Dios, justo en el área de nuestra mayor desventura o debilidad; pero así es. Dios escoge lo que nosotros menos escogeríamos, para mostrarnos que está allí, a nuestro lado.

Por ejemplo; ¿Escogería usted su mayor debilidad, eso que nunca a nadie le ha contado y que ni siquiera desea recordar, para pedir que allí se deposite la gloria de Dios? Lo que por regla todo el mundo respondería es un rotundo y avergonzado: ¡no! ¿Por qué? Porque la misma vergüenza nos lleva a alejarnos de Dios, confundidos y perplejos, y a alejarle también a Él de nuestra debilidad.

¿No fue esto lo que hizo Adán? La vergüenza que le ocasionó el hecho que Dios lo buscara en su pecado y desnudez para conversar con él y entrar en esa comunión ya acostumbrada entre ellos, le hizo huir de Él y esconderse. Lo mismo sucede con nosotros cuando Dios nos busca en el contexto y escenario de nuestra mayor debilidad: Vergüenza y ofuscación son nuestra respuesta.

Pero San Pablo encontró un camino que le llevó a descubrir, que justo en aquello que nos lleva a huir avergonzados de Dios, podemos experimentar Su gracia y favor. Y lo expresó en estas poderosas palabras de parte de Dios, y que difícilmente tiene comparación en todo el texto sagrado: "*Mi poder se perfecciona en la debilidad.*" (2 Corintios 12:9)

Y note que no es frase bienintencionada para nosotros por parte de San Pablo, sino, ¡es lo que Dios le dijo a él!, ¡lo que Dios le ofreció como prescripción a su mal y dolor!

Eso nos invita a presentar a Dios todo aquello que se ha convertido en fuente y causa de nuestros sufrimientos, complejos y dolores. Esto nos anima a acercarnos a Dios, así como también lo dijo Santiago: "*Acérquense a Dios, y él se acercará a ustedes.*" (Santiago 4:8)

Querido(a) amigo(a), no le tenga miedo a Dios. No haga lo que desde Adán suele hacer el ser humano en su dolor: huir de

Dios. Al contrario, por duro, aflictivo o vergonzoso que le parezca, acerque usted a Dios todo aquello que sienta como "espinas clavadas en su cuerpo" y todo aquello que "Satanás usa en su contra" porque, al hacerlo, usted descubrirá que el poder de Dios se perfecciona en su debilidad.

Descubrir y apreciar lo anterior, nos lleva a la posibilidad de...

Descubrir el gozo en la debilidad

Es por ello que San Pablo gritó con gran convicción y satisfacción en Dios: "*Por eso, me regocijo en mis debilidades*" (2 Corintios 12:10).

¿Será posible hallar alegría en el mismo quebranto? ¿Será posible encontrar motivos de gozo, mientras se está pasándola mal, pero muy mal? ¡Claro que sí!, por lo que ya dijimos: Por la gracia de Dios.

Lo que sucede es que no se trata de un gozo natural; es algo sobrenatural, algo que viene del Cielo, que procede de Dios. Puede ser que con esto se relacione el escrito paulino acerca del fruto del Espíritu, donde se habla del gozo y la alegría, como algo producido por el Espíritu de Dios en nosotros, y no por nuestra capacidad emocional (Gálatas 5:22-23).

Quizá usted haya escuchado la frase: "El gozo del Señor, mi fortaleza es". Hasta cánticos de uso congregacional se han compuesto, a partir de esta breve pero poderosa frase. Y es que, efectivamente, Dios puede traer risa en medio y a pesar del quebranto; Dios puede hacer, sobrenaturalmente, que estando en las más duras batallas, podamos gozarnos en Él. Esta experiencia, amigo(a), puede ser suya también.

Tengo más acerca de este aspecto del gozo en el sufrimiento, pero me lo reservo para uno de los capítulos adelante, a fin de darle mayor dimensión y profundidad, y así sacarle mayor provecho.

En suma, todo lo anterior puede llevarnos a...

Encontrar la revelación redentora: cuando soy débil, entonces soy fuerte

Este es el "final feliz" de la trama e intrincada madeja del sufrimiento, puesta en términos de una espina clavada y un mensajero infernal que nos agobia, según el pasaje leído y comentado.

Verdaderamente, esto es más que un discurso; es más que una afirmación teológica; es más que el mero asentimiento "por fe" y "a pesar de..." Es más bien, la verdadera convicción que emerge desde las profundidades del dolor humano, por la ayuda y asistencia divina.

Esta muestra viva de convicción en la persona de San Pablo, debe darnos esperanza en la lucha, que a veces se siente desigual, con lo adverso y lo aflictivo.

En lo que hemos visto, como testimonio de San Pablo, es la suma del proceso que se inicia en el rogar con llanto y clamor desesperado, y que va encontrando asideros en la gracia divina. Un proceso que luego llega a un punto máximo de revelación al descubrir que es en la misma debilidad donde Dios perfecciona Su poder; y que logra encontrar en el gozo del Señor, un oasis en el duro desierto de la prueba. Un proceso que finaliza en la declaración que enuncia la total emancipación, no de la prueba, pero sí del dolor irredento e inexplicable, al decir: "*¡Cuando soy débil, entonces soy fuerte!*" (2 Corintios 12:10)

Capítulo 14

¿CÓMO SOSTENERNOS EN LA ADVERSIDAD?

Que es posible sostenerse en medio de la prueba, es algo suficientemente reiterado en las Sagradas Escrituras. Más bien el punto en cuestión, es cómo puede suceder esto. La respuesta tiene que ver con cómo aplicar los métodos y las claves que Dios mismo nos ofrece en Su Palabra.

Pero antes de iniciar de forma puntual y específica a presentar las maneras como, bíblicamente, es posible sostenerse en la adversidad, levantemos las palabras del rey Salomón, quien, refiriéndose a las aflicciones de la vida, dijo:

"Cuando te vengan buenos tiempos, disfrútalos; pero cuando te lleguen los malos, piensa que unos y otros son obra de Dios, y que el hombre nunca sabe con qué habrá de encontrarse después."
Eclesiastés 7:14

Este pasaje es importante, porque nos invita a una óptica práctica y sumamente objetiva respecto a las pruebas de la vida. Lo primero que expresa es que hay que ver la vida como un todo, desprendidos totalmente de ese sentir pesimista y un tanto primitivo y supersticioso que provoca una dicotomía entre lo bueno y lo malo de la experiencia humana. Luego, afirma que ambos llevan la autoría e iniciativa divinas; por lo que, simplemente, conviene disfrutar con actitud sencilla lo bueno, y también, pensar correctamente cuando toque experimentar lo malo.

Una forma de pensar así, ahorra muchos sinsabores y el penoso esfuerzo de tratar de descifrar complejas ecuaciones morales y espirituales acerca del dolor. En adición, señala que la vida es un interminable encontrarse con dificultades, por lo que no vale la pena estar siquiera anticipando lo que vendrá después.

Habiendo discurrido en esta especie de filosofía de vida, basada en los dichos salomónicos, pasemos a materia concreta

con la siguiente interrogante: ¿Cómo sostenernos en la adversidad?

Como primera respuesta, Aprender a entresacar lo precioso de entre lo vil.

Este consejo es tomado de palabras que Dios mismo dijo al afligido profeta Jeremías, quien experimentó tal grado de adversidad y quebranto, que algunos teólogos lo han llamado: "el profeta llorón". A continuación, leamos el pasaje bíblico que así nos lo muestra:

"Por tanto, así dijo Jehová: Si te convirtieres, yo te restauraré, y delante de mí estarás; y si entresacares lo precioso de lo vil, serás como mi boca..."
Jeremías 15:19. RV60

"Entresacar lo precioso de lo vil". Esto tiene que ver con hallar lo bueno entre lo malo; con encontrar preciosas lecciones de vida, donde no parece en principio poder hallarse. Esta declaración tiene que ver, además, con estar dispuestos a discernir con mayor profundidad, lo que a simple vista juzgamos mal y con ligereza. Tiene que ver con entender que se puede aprender lo bueno en el peor de los contextos.

Lo anterior son más que palabras de corte filosófico. Pueden constituirse en importantes revelaciones de la Palabra, capaces de romper la dura cáscara de una actitud equivocada frente a la vida y sus demandas.

Quiera Dios, querido(a) amigo(a), que usted logre introducir esta verdad, como aguja y jeringa sanadora en la pústula de la frustración y la aflicción, encontrando en tan simple pero poderosa declaración, la vacuna al sufrimiento perenne y al dolor irracional y sin esperanza.

Por otro lado, y como derivado de lo anterior, Aprender de la adversidad acontecida

No es fácil aprender de lo que nos hace sufrir. Pero si preguntamos a muchos que han tenido que pasar por episodios amargos, como fracasos, injusticias y tragedias, nos dirán que sus máximas lecciones de vida, las encontraron precisamente en esas experiencias dolorosas y cargadas de aflicción.

Este es uno de los misterios de la vida humana. Y con toda certeza parece ser siempre así: En los peores y más aciagos momentos, es donde sacamos las más valiosas lecciones, que sirven de norte para llevarnos a mejorar actitudes, transformar conductas y a perfeccionar nuestra vida, con las dosis de madurez obtenidas en la prueba.

El libro de los Proverbios nos ofrece una interesante declaración a este respecto. Se lee así:

*"El oído que escucha las amonestaciones de la vida,
Entre los sabios morará. El que tiene en poco la
disciplina menosprecia su alma; más el que escucha
la corrección tiene entendimiento."*

Proverbios 15:31-32. RV60

El tema central de este pasaje es claro: Aprender de lo que nos pasa. Y ello nos coloca en el grupo selecto de los sabios. Pero, por el contrario, menospreciar las lecciones de la vida y las correcciones que ella nos ofrece, equivale a aborrecer uno su propia persona y existencia.

Por consiguiente, lo mejor y lo aconsejable es que aprendamos a escuchar las amonestaciones de la vida, las cuales nos hacen poseedores de lo que el proverbista denominó: entendimiento.

Ayuda también a sostenerse en la adversidad, No apresurarse a etiquetar como 'mala suerte' las circunstancias adversas de la vida

Leí en cierta ocasión sobre un relato que identifica esta mala tendencia de correr a llamar mala suerte a todo aquello que causa disgusto y desagrado. La enseñanza que conlleva dicho

relato es clara y da vigor a lo que estoy proponiendo. Lo comparto con usted.

«En una apartada región de China, vivía un anciano en la sola compañía de su nieto y un caballo que era casi su mayor posesión. Un día, por descuido del nieto al no cerrar bien la puerta del establo donde pernoctaba el caballo al final de la jornada, se descubrió que el animal había escapado por la noche. ¡Qué mala suerte! –dijeron los vecinos alarmados por la pérdida. “¿Por qué dicen ustedes que es mala suerte?” –replicó el anciano.

A los pocos días, con sorpresa vieron llegar de vuelta al caballo perdido, pero para alegría de todos, viene acompañado de varios briosos corceles salvajes que encontró en las estepas. ¡Qué buena suerte! –exclamaron los vecinos asombrados. “¿Por qué dicen ustedes que es buena suerte?” –volvió a replicar el anciano.

Unos días más tarde, mientras el joven nieto intentaba montarse en uno de los caballos salvajes que habían venido, cayó estrepitosamente al suelo, fracturándose una pierna. ¡Qué mala suerte! –expresaron consternados los vecinos al saber del suceso. “¿Por qué dicen ustedes que es mala suerte?” –repuso también en esta ocasión el anciano.

Unos días más adelante, pasaba por aquella región un general acompañado de su escolta, llevando a todos los jóvenes en edad para prestar el servicio militar, y todos los jóvenes de aquella comarca fueron llevados por la fuerza al cuartel militar. ¡Qué buena suerte! –dijeron los vecinos al considerar que la pierna rota había librado al joven nieto de tener que ir al servicio militar. “¿Por qué dicen ustedes que es buena suerte?” –volvió a reclamar el anciano chino.»

¿Moraleja? Que no hay que precipitarse a llamar bueno o malo a aquello que sucede. Siempre hay que esperar un poco para ver lo que trae cada situación que acontece. Esto da fuerza a lo que estoy aconsejando: No apresurarse a etiquetar como “mala suerte” a las circunstancias adversas.

Mejor hagamos eco de las palabras del salmista y digamos:
"Tú, Señor, eres mi porción y mi copa; Eres tú quien ha afirmado mi suerte."
Salmos 16:5

Otro valioso consejo a tomar en seria consideración: Esperar el propósito divino final en los acontecimientos

Las palabras finales de José, en el desenlace de su aparentemente trágica historia, sirven para afianzar esta idea. El libro de Génesis lo ofrece para nuestro beneficio. Leemos:

"«No tengan miedo —les contestó José—. ¿Puedo acaso tomar el lugar de Dios? Es verdad que ustedes pensaron hacerme mal, pero Dios transformó ese mal en bien para lograr lo que hoy estamos viendo: salvar la vida de mucha gente»."
Génesis 50:19-20

Este cierre de la historia de José, ¡es fenomenal! Y nos señala que no todo lo que comienza mal, tiene forzosamente que acabar mal. Muchas veces tendremos que enfrentar situaciones en verdad complejas y frustrantes; pero si en lugar de desplomarnos en el pesimismo y la actitud de fatalismo, nos atrevemos a creer y a confiar en que habrá un propósito divino final en lo malo que estamos pasando, con ello estaremos entrando por la puerta de la fe hacia la paz y el cumplimiento de cosas buenas de parte del Señor para nosotros.

Otro enfoque bíblico acerca de la historia de José, nos revela que hay iniciativas divinas para bien que se presentan disfrazadas de adversidad. Veamos cómo el libro de los Salmos analiza e interpreta esta historia aparentemente trágica. Se lee:

"Dios provocó hambre en la tierra y destruyó todos sus trigales. Pero envió delante de ellos a un hombre: A José, vendido como esclavo. Le sujetaron los pies con grilletes, entre hierro le aprisionaron el cuello. Hasta que se cumplió lo que él predijo y la palabra del Señor probó que él era veraz. El rey ordenó ponerlo

en libertad, el gobernante de los pueblos lo dejó libre. Le dio autoridad sobre toda su casa y lo puso a cargo de cuanto poseía, con pleno poder para instruir a sus príncipes e impartir sabiduría a sus ancianos. Entonces Israel vino a Egipto; Jacob fue extranjero en el país de Cam. El Señor hizo que su pueblo se multiplicara.”
Salmos 105:16-22

La tragedia de José, aparece en esta porción de las Escrituras, como parte de un plan divino de redención que tenía como propósito de fondo, librar a su pueblo de una hambruna aterradora que vendría sobre ellos, y con ello preservarles como pueblo y nación. ¡Sencillamente maravilloso! Lo mismo podemos esperar nosotros en algunas adversidades que nos toque vivir.

Para finalizar este aspecto, podemos también sostenernos en la adversidad, si aprendemos a Dar gloria a Dios por lo que no entendemos

Una de las oraciones más tranquilizantes -y si se quiere decir terapéuticas- que he aprendido a hacer en las tempestades de mi vida es la siguiente: "Señor, no puedo entender lo que sucede, pero, aunque no puedo entender, puedo confiar."

Créame, querido(a) amigo(a), que aunque las situaciones en conflicto no se resolvieron de inmediato, aprendí a estar tranquilo y confiado por el poder tranquilizador de esta sencilla pero poderosa oración, surgida de las pocas fuerzas que me quedaron en medio del quebranto y la adversidad.

Con relación a dar gloria a Dios por lo que no entendemos, Job ofrece palabras maravillosas, registradas en el libro que lleva su nombre. Veamos esta extraordinaria declaración.

"¡Ah, si fueran grabadas mis palabras, si quedaran escritas en un libro! ¡Si para siempre quedaran sobre la roca, grabadas con cincel en una placa de plomo! Yo sé que mi redentor vive, y que al final triunfará sobre la muerte. Y cuando mi piel haya sido destruida,

todavía veré a Dios con mis propios ojos. Yo mismo espero verlo; espero ser yo quien lo vea, y no otro. ¡Este anhelo me consume las entrañas!”
Job 19:23-27

¿No le parece sublime? ¿No le parece revelador? Si cada ser humano dejara que esta convicción viniera como residente permanente a su corazón, habría menos dolor y desesperanza en el mundo, habría menos desaliento y frustración.

Que esta lectura, o más bien palabra revelada, se quede con usted. Atesórela y aplíquela a toda situación que no logre usted entender. Y comience a hacer de esto su práctica frente a la aflicción: ¡Dar gloria a Dios, por lo que usted no logra descifrar y no alcanza a entender!

Capítulo 15

GOZO EN EL QUEBRANTO

Me parece que este tema es el mejor para concluir el libro. Y hago esta propuesta, porque si se logra alcanzar gozo en medio del quebranto y la aflicción, entonces hay redención total y liberación de los lazos de la tragedia y el dolor. Reflexionemos entonces, acerca del gozo como experiencia posible en el quebranto.

Comienzo recordando las palabras que se dijeron sobre Jesucristo, en la Carta a los Hebreos. Es apenas una frase, dicha casi de paso; pero en términos de significado, nada casual tiene en su contenido. Leemos a continuación:

"Fijemos la mirada en Jesús, el iniciador y perfeccionador de nuestra fe, quien por el gozo que le esperaba, soportó la cruz, menospreciando la vergüenza que ella significaba, y ahora está sentado a la derecha del trono de Dios."

Hebreos 12:2

Hubo "algo" que vino a fortalecer a Jesús, en la hora de su mayor quebranto y dolor. Fue algo milagroso, algo que provino del mismo corazón del Padre, algo que le animó y le dio las fuerzas para soportar lo insoportable: la vergüenza y el quebranto de la cruz. Fue algo que se tradujo en verdadero gozo en la aflicción.

Debo decirle que lo mismo puede suceder con usted, conmigo, y con todo aquel que se atreva a confiar en Dios en medio de los avatares de la vida. ¡El gozo del Señor nos hace soportar la prueba! ¡El gozo del Señor es nuestra fortaleza!

Pensando en esto es que quizás San Pablo fue insistente al recomendar a los creyentes a volcarse al gozo del Señor cuando pasaran tribulación, persecución y dolor. Uno de los pasajes en donde así lo aconseja es el siguiente:

"Estén siempre alegres, oren sin cesar, den gracias a Dios en toda situación, porque esa es su voluntad para ustedes en Cristo Jesús".

1 Tesalonicenses 5:16-18

Parece que se ajusta a lo que estoy proponiendo, ¿no es cierto? Lo único que falta, y necesario de añadir, es así lo decidamos, que así nos lo propongamos en la hora de la prueba. Y que en lugar de oír voces extrañas que nos alejan de esto que Pablo llamó: "la voluntad de Dios para nosotros en Cristo", nos apeguemos a ella de manera irrestricta y absoluta. El resultado será sencillamente maravilloso.

Ahora bien, puede ser que usted amigo(a), esté dispuesto a hacerlo y efectivamente quiera actuar de esta manera, pero no sabe cómo hacerlo, cómo lograrlo. Sobre esto hablaremos a continuación.

¿CÓMO ES POSIBLE EXPERIMENTAR GOZO EN EL QUEBRANTO?

Enseguida veremos cinco maneras como podemos lograrlo. Y le aseguro que de tomar con toda seriedad estos consejos, inspirados en la Palabra de Dios, usted experimentará el milagro, porque no puedo llamarlo de otro modo, de hallar gozo en el quebranto.

Es posible experimentar gozo en el quebranto:

Cuando aceptamos que el dolor es parte integral del proceso de cosechar buen fruto

Jesús así lo explicó a sus discípulos en el pasaje que nos ofrece el Evangelio según San Juan. Lo leemos a continuación:

"Ciertamente les aseguro que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, se queda solo. Pero si muere, produce mucho fruto."

Juan 12:24

Curiosamente, en esa conversación y justo con esas palabras, Jesús estaba prediciendo su propia muerte. Pero la presentó, no como un hecho trágico ni como una enorme derrota, al contrario, lo explicó como un mero proceso natural: Un grano se entierra, y tiene que pasar por cierta fase de aparente descomposición hasta morir; pero de esa muerte es seguro que saldrá la vida.

Enseguida, Jesús añadió que si una persona se aferra tanto a "su vida", en términos de materialismo egoísta, terminará más bien perdiendo lo que tanto quiere y estima (Juan 12:25).

Luego, volviendo a su propia condición y circunstancias de vida, Jesús dijo estas palabras:

"Ahora todo mi ser está angustiado, ¿Y acaso voy a decir: "Padre, sálvame de esta hora difícil?" ¡Si precisamente para afrontarla he venido! ¡Padre, glorifica tu nombre! Se oyó entonces, desde el cielo, una voz que decía: "Ya lo he glorificado, y volveré a glorificarlo."

Juan 12:27-28

Exactamente lo mismo sucederá con usted y conmigo: El Señor glorificará Su Nombre en nuestras pruebas y tribulaciones. Pero antes, debemos estar dispuestos a ser esa semilla, que para no quedar sola y sin mayor propósito, prefiere caer en tierra y morir. Así llevaremos mucho fruto, y Dios se glorificará en nuestra vida. Pero ésta, es su opción y la mía, querido lector(a)... ¡Si es que queremos cosechar buen fruto!

Cuando hay expectación por lo bueno que vendrá después

Jesús vuelve a sorprendernos con una declaración que tiene fuertes vínculos con las anteriores. Cuando hablándoles a sus discípulos, dijo:

"Ciertamente les aseguro que ustedes llorarán de dolor, mientras que el mundo se alegrará. Se pondrán tristes, pero su tristeza se convertirá en alegría. La mujer que está por dar a luz siente dolores porque ha llegado su momento, pero en cuanto nace la criatura se olvida de su angustia por la alegría de haber traído al mundo un nuevo ser. Lo mismo les pasa a ustedes: Ahora están tristes, pero cuando vuelva a verlos se alegrarán y nadie les va a quitar esa alegría."

Juan 16:20-22

Jesús sigue hablando de lo mismo: de su muerte y su partida. Pero a diferencia del pasaje anterior, en vez de enfatizar los efectos en su persona, habla a sus discípulos de cómo ellos se sienten con la noticia de los inminentes eventos, y les anticipa lo

que ha de suceder: En principio, se sentirán como la mujer parturienta, llenos de miedo y de dolor; pero después, no cabrá tanto gozo en sus corazones por lo bueno que vendrá luego de la tribulación. Sus palabras ciertísimas son: ¡Su tristeza se convertirá en alegría!

Hay una frase en lo expresado por Jesús, que vale la pena enfatizar: "Ha llegado su momento". ¿Sabe?, hay un momento que está programado en el propósito divino para la aflicción. Es el momento supremo, en el que tenemos que ser fuertes en verdad; es el momento de la concepción de algo nuevo de parte de Dios. Pero eso nuevo de parte de Dios, ¡siempre se concibe con dolor! Esta parece ser la regla divina en todos los casos y situaciones.

Por tanto, ánimo usted, y gócese esperando con expectativa de fe lo bueno que vendrá al final de la prueba y el quebranto. Es más, piense por unos instantes e intente recordar sus pruebas pasadas. ¿No es cierto que todas ellas le llevaron a una situación de cambio, de mejoría y de perfeccionamiento de su vida? Estoy seguro que su respuesta será igual que la mía, un decidido y convencido: ¡sí, así fue! Pues a aferrarse a esta actitud de fe que traerá magníficas consecuencias y buenos resultados a su vida.

Cuando entendemos que nos sensibiliza para obedecer los estatutos de Dios

Esta propuesta parece no tener sentido en una primera reacción; pero la tiene. El duro trato de la adversidad, en lugar de endurecernos y volvernos malos e insensibles, si así lo queremos, puede llevarnos a una condición de mayor sensibilidad, discernimiento y acatamiento a los mandamientos de Dios.

El salmista así parece estar convencido, cuando expresa:
"Me hizo bien haber sido afligido, Porque así llegué a conocer tus decretos."
Salmos 119:71

Permítame decirle que no se precisa ser el salmista para poder decir esto; yo mismo puedo decirlo, basado en mis propias experiencias de vida. Y puedo afirmar con toda autenticidad y firmeza que las peores circunstancias por las que me ha tocado pasar, trajeron y produjeron los más grandes estadios de crecimiento espiritual en mi vida, y me llenaron de

discernimiento y hambre por conocer y cumplir la palabra y la voluntad de Dios.

De tal manera ha sido esto tan cierto para mí, que al preguntárseme sobre ciertos eventos de gran aflicción y prueba en mi vida, he podido responder con toda satisfacción que, por los resultados obtenidos, con todo gusto volvería a pasar esas tribulaciones.

Quiero decirle con seguridad absoluta que usted puede experimentar y vivir lo mismo. A usted le puede hacer bien el haber sido afligido, para –tal como lo dijo el salmista- llegar por ese medio a conocer los decretos de Dios, para su bien en esta vida y en la eternidad

Claro que, cuando la tribulación arde en su punto máximo, no es fácil sentirse gozoso. Pero hay que vencer el desánimo en nosotros, y proceder a esperar en el Señor.

Le recuerdo que esto de sensibilizarse a obedecer los estatutos y mandamientos de Dios por medio de la prueba, es más bien producto final; y hay que saber esperar hasta que la prueba haya consumido en nosotros lo que sea necesario consumir: barreras, resistencias, orgullo.

Espera usted el final; le garantizo que el último capítulo será maravilloso en Dios: ¡Usted experimentará gozo en el quebranto!

Cuando entendemos que es Dios quien se encuentra detrás de la aflicción

Dios, detrás de la experiencia del quebranto. En la historia bíblica siempre es de esa manera. Nunca, en la vida de los personajes bíblicos y todos aquellos a quienes se les llamó “héroes de la fe”, fue de otro modo. Siempre, fue Dios quien estuvo detrás de cada escena, en el tras-telón, asegurándose que sus propósitos fueran cumplidos.

Esto significa, e implica a la vez, que las circunstancias que traspasan la vida de los hijos de Dios, nunca están carentes de propósitos y nunca están distanciadas de un interés especial por parte del Cielo.

El programa y proyecto divinos para cada uno de sus hijos es tan específico y tan fiel en su cumplimiento, que llevó al apóstol San Pablo a pronunciar palabras tan comprometidas como las siguientes:

*"Ahora bien, sabemos que Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman, los que han sido llamados de acuerdo con sus propósitos."
Romanos 8:28*

Uno de los Salmos así nos lo confirma. Leamos el contenido de ese pasaje:

*"Se me afligía el corazón y se me amargaba el ánimo
Por mi necesidad e ignorancia. ¡Me porté contigo como
una bestia! Cuando traté de comprender todo esto,
me resultó una carga insoportable, hasta que entré en
el santuario de Dios; allí comprendí..."
Salmos 73: 21, 22, 16 y 17*

¿Puede usted notarlo? Hay una gran carga acumulada de aflicción y de quebranto emocional y espiritual. Tanto es el peso a soportar y lo abrumador que se vive, que el salmista confiesa haberse comportado como una bestia delante de Dios. Puedo imaginarlo: Amargado, malhumorado, echando a Dios en cara cómo es que los impíos están mejor que él, mientras se ve consumido en la llama de la prueba y la tribulación.

Pero, ¿qué pasa después? ¡Entra al santuario de Dios! Y allí, en la presencia de Dios y en Su comunión, se da cuenta de su equivocación; allí recibe las respuestas que estaba necesitando; allí puede confiar plenamente en Dios; allí logra descifrar el rompecabezas de lo que le está pasando.

Y esa revelación tiene que ver y se circunscribe con saber hallar a Dios, detrás de lo que está aconteciendo. Inmediatamente después de haber expresado lo anterior, el hombre que de pronto está pasando de las tinieblas a la luz, añade estas palabras:

*"Pero yo siempre estoy contigo, pues tú me sostienes
de la mano derecha. Me guías con tu consejo, y más
tarde me acogerás en gloria. ¿A quién tengo en el cielo
sino a ti? Si estoy contigo, ya nada quiero en la tierra.
Podrán desfallecer mi cuerpo y mi espíritu, pero Dios
fortalece mi corazón; Él es mi herencia eterna."
Salmos 73:23-26*

Cuando entendemos que la aflicción es escuela de madurez para nosotros

El quebranto, escuela de madurez. Dios tendría que ser un padre cruel e irresponsable con nosotros sus hijos, para dejarnos ignorantes y en abandono en lo que concierne a la madurez espiritual.

La Biblia afirma que solo al hijo bastardo e ilegítimo se le deja sin enseñanza, sin corrección y sin disciplina. Y que un padre de verdad, disciplina y enseña, al hijo que ama.

Es más, dice que después que el proceso de formación, aprendizaje y disciplina se ha llevado a cabo, produce frutos de justicia y paz en quienes han sido ejercitados en dicho proceso. (Hebreos 12:8-11).

La Carta de Santiago nos habla con voz precisa a este respecto.

"Hermanos míos, considérense muy dichosos cuando tengan que enfrentarse con diversas pruebas, pues ya saben que la prueba de su fe produce constancia. Y la constancia debe llevar a feliz término la obra, para que sean perfectos e íntegros, sin que les falte nada."
Santiago 1:2-4

Lo que aquí se describe, es el proceso de maduración en la escuela de Dios, cuyos cursos incluyen: "La escuela de la prueba para la madurez".

Lo primero que Santiago aconseja a quienes están pasando pruebas y tribulaciones, es a cambiar de actitud. Y que, en vez de ver la adversidad vivida como una tragedia, o como si algo malo está sucediendo, debe verse como privilegio y motivo de alegría.

Y es que, estar en la escuela de Dios, es tener quién nos enseñe, en dejar de ser un indigente espiritual, es aprender el idioma del discernimiento, la fe y el propósito divino. Por el contrario, no querer esa escuela de Dios, es estar en la más densa oscuridad y perdido en el más negro y profundo despropósito de vida!

Luego, Santiago procede a explicar el misterio de la adversidad. Y dice que no es tan mala como nosotros la suponemos. Dice que tiene buenos productos, tales como: la constancia, el perfeccionamiento, la integridad, hasta que nada falte en nuestra vida. ¡Sencillamente formidable y espectacular!

Entonces, a proceder a aceptar de buena gana este propósito de Dios. A matricularse en la escuela de la madurez, cuyos maestros son la prueba, la tribulación, la aflicción y la adversidad. Magníficos maestros y tutores que, aunque no resultan simpáticos al inicio, al final se convertirán en los maestros más queridos, los mejor apreciados y los siempre recordados.



www.ccipublicaciones.org

Correo-e: ccipublicaciones@ccihonduras.org

Teléfonos: (504) 2235-5968 y 2239-6915

Centro Cristiano Internacional

Residencial El Trapiche, Boulevard Suyapa
Tegucigalpa, Honduras, Centro América